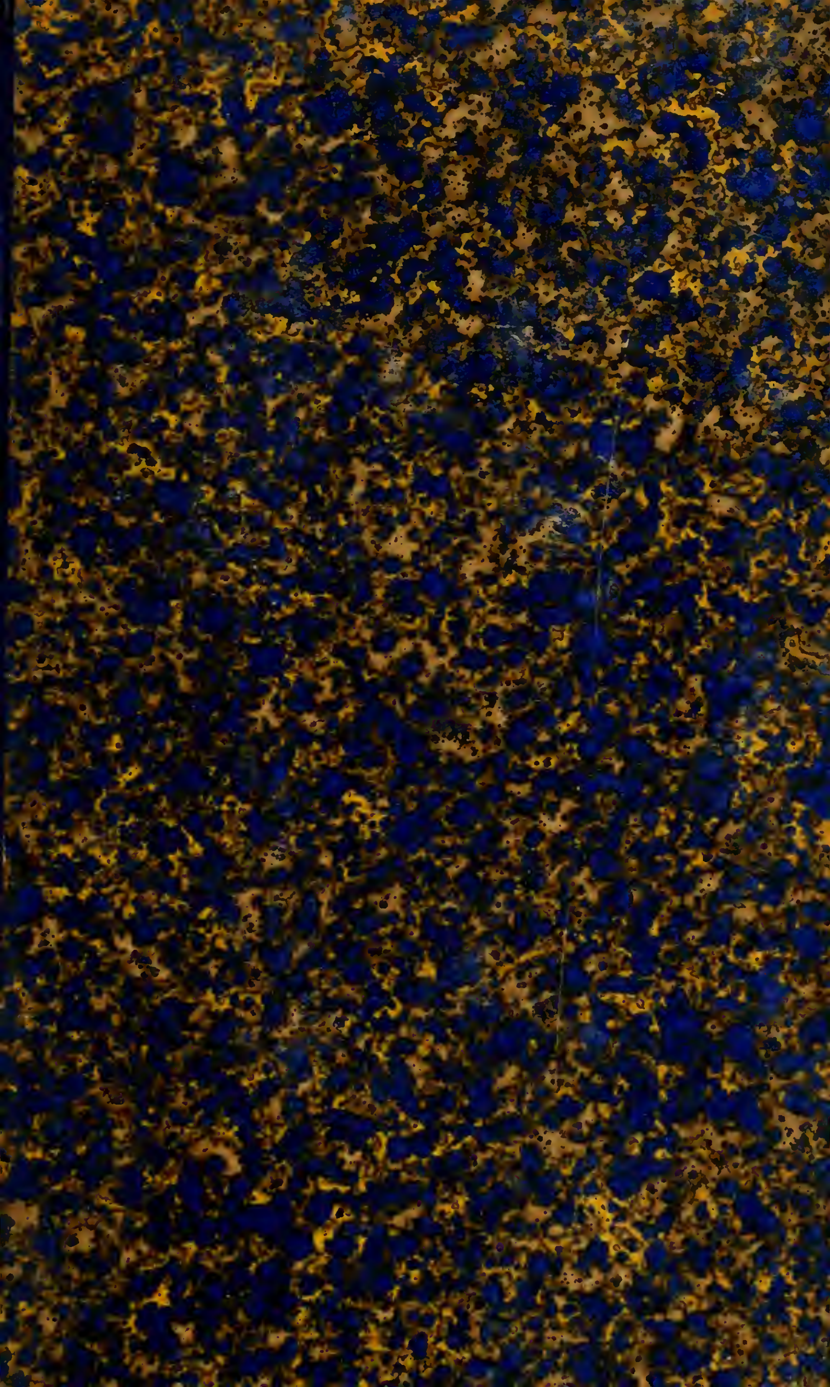
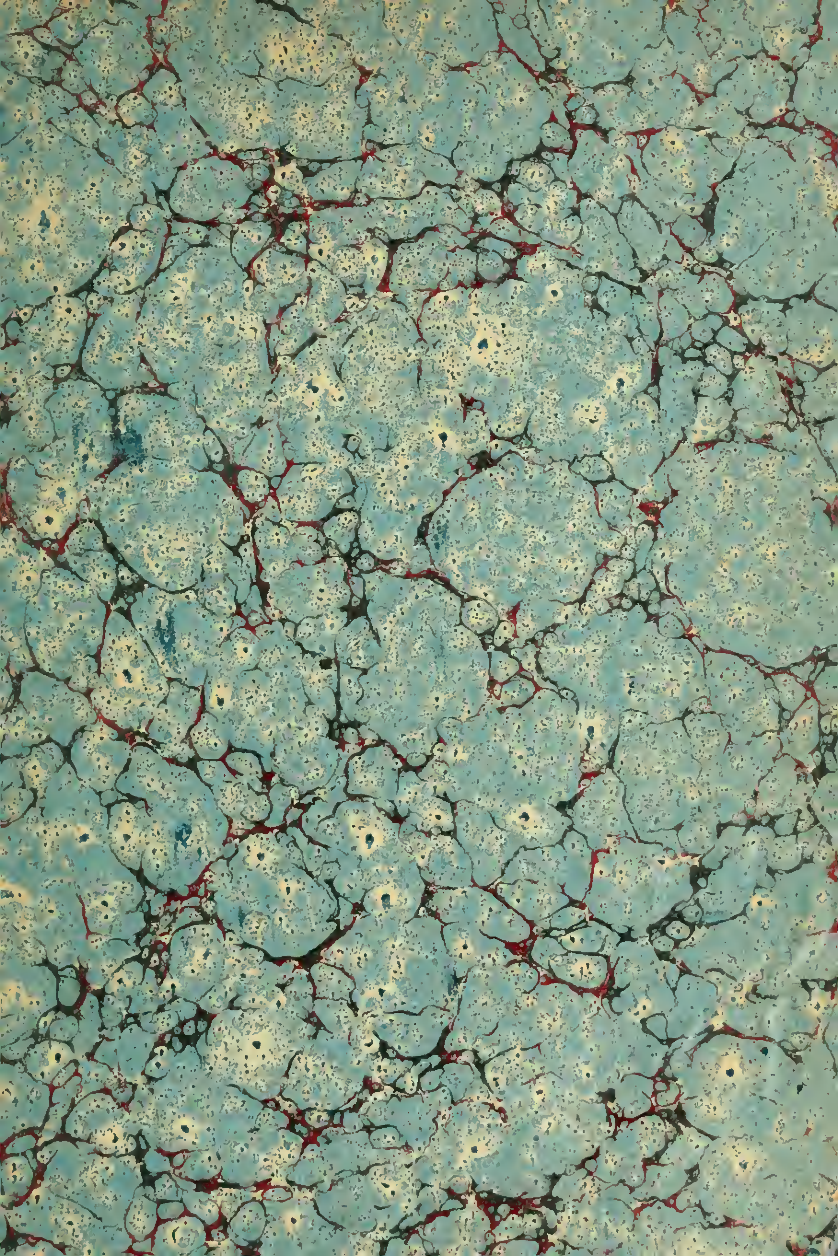






EL

REFRANERO GENERAL ESPAÑOL.

V

EL
REFRANERO GENERAL ESPAÑOL,

PARTE RECOPILADO, Y PARTE COMPUESTO

POR

JOSÉ MARIA SBARBI.



MADRID.
IMPRENTA DE A. GOMEZ FUENTENEBRO,
Bordadores, 10.

—

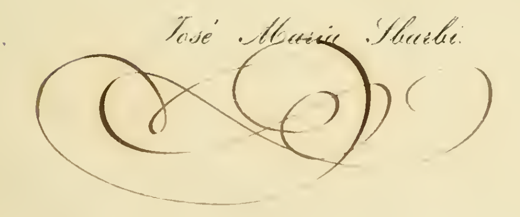
M.DCCC.LXXVI.

Tirada de 400 *ejemplares, firmados todos por el Recopilador, de los cuales se han impreso*

300 *en papel blanco;*
50 — *verde claro; y*
50 — *azulado.*

Madrid y Diciembre 7 *de* 1875.

A los Cervantófilos españoles y extranjeros, en prueba del más cordial compañerismo.



PRÓLOGO.

La *obra maestra de Cervántes ha sido fecunda no sólo en acontecimientos sociales de todo género, con ocasion de conseguir «poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías»* (1), *sino tambien á causa de las producciones literarias de más ó ménos mérito y extension á que diera márgen tanto en el suelo patrio cuanto en el extranjero, ya en la jurisdiccion de la crítica, ora en el terreno del comentario, bien en la esfera de la imitacion* (2).

Ajeno á nuestro propósito el formular aquí un catálogo, siquiera incompleto, de las únas y de las ótras, como asimismo el descender á explayar ahora las hondas consideraciones que á nuestra mente afluyen con motivo de la gran revolucion que llevára á cabo Cervántes

---

(1) Quijote, *p. II, hácia el fin.*

(2) *El* Apéndice I *que va al fin de este tomo, es una prueba, entre otras muchas, del gran aprecio en que tienen los extranjeros no sólo á Don Quijote, sino á cuanto á su personalidad pueda referirse, por aquello de que* Quien bien quiere á Beltran, bien quiere á su can.

en el terreno social y religioso por medio de su Quijote, vamos á dar á nuestros lectores cuenta correlativa y detallada del mérito y de las circunstancias que militan á favor de los tres opúsculos cervantólogos *que componen este tomo V de* El Refranero General Español, *el cual tengo la imponderable honra de dedicar* A los Cervantófilos españoles y extranjeros.

I.

Instrucciones económicas y políticas, dadas por el famoso Sancho Panza, gobernador de la Ínsula Barataria, á un hijo suyo, apoyándolas con refranes castellanos, en que le prescribe el método de gobernarse en todas las edades y empleos. Segunda impresion aumentada con otra Instruccion. Las da á luz D. A. A. P. y G. Con licencia. Madrid. En la Imprenta Real. MDCCXCI.

Tal es el título del primero de los folletos que hoy sale nuevamente á luz, el cual es tan raro, que no he logrado hasta de presente ver más ejemplar que el que poseo (8.°, 64 *págs.*), *no habiéndome sido posible traer á la vista la primera edicion, hecha probablemente en el año anterior, esto es, en el de* 1790. *Don Cayetano Alberto de la Barrera sólo da cuenta de la segunda en las reseñas bibliográficas que insertó en la «Crónica de los Cervantistas,» única que menciona igualmente Salvá en su Catálogo de Lóndres, bajo el número* 1094, *y al cual se refiere el gran paremiólogo de Francia, monsieur Duplessis, si bien incurriendo en inexactitudes propias de quien no llegó á ver el libro ni áun por el forro,*

tales como estampar la fecha con diez años de anticipacion, y figurarse que el autor de este opúsculo había recopilado bajo un órden metódico, y segun un plan determinado, los numerosos refranes puestos por Cervántes en boca de Sancho Panza: lo cual no es así, como de ello hablarémos á su debido tiempo (1).

Pero sí he logrado ver, y de él soy igualmente poseedor, un papel impreso sin título ni nombre de autor (8.°, 25 *págs.) en que es satiriza la* Instruccion *que salió á luz en la primera edicion, y que por lo raro y curioso, ya que nó por lo fundado y procedente de su contenido, se me permitirá que lo traslade al fin de este tomo, en obsequio de los* Cervantistas (2).

Y dejando á un lado el espíritu moral de estas Instrucciones, *de las cuales dice con bastante acierto el referido La Barrera que están « muy bien escritas, con excelente doctrina, y perfectamente ajustadas á los refranes, » etc., vengamos ahora á echar una ojeada por su índole filológica, deducida de la paremiología, objeto principal de mis aficiones literarias, y tema obligado naturalmente de* El Refranero General Español.

Ocúrreseme decir, ante todo, como muchos de los

---

(1) *Hé aquí las palabras de Duplessis en su* Bibliographie parémiologique, *pág.* 309:

« L' idée de recueillir dans un ordre méthodique, et d' après un plan déterminé, les nombreux Proverbes que Cervantès a mis dans la bouche de Sancho me paraît fort heureuse, et l 'ouvrage doit être agréable, si l' auteur a su mettre en œuvre avec talent les curieux matériaux qu ' il avait à sa disposition.»

(2) *Véase* Apéndice II.

refranes usados en estas Instrucciones *por Sancho Panza, los más, no se hallan en el Quijote: tambien es verdad (y dicho sea esto con el debido respeto y guardadas las proporciones requeridas) que al concluir S. Juan su Evangelio manifiesta terminantemente que no todo lo que hizo Jesus está escrito, lo cual puede autorizarnos en cierta manera á decir que no todo cuanto habló Sancho se ha conservado en la crónica de Cide Hamete Benengeli.*

Asimismo, al proponerse recopilar el autor anónimo de estas Instrucciones, *en un índice alfabético colocado al fin de su trabajo, los refranes esparcidos por el contexto de ellas, fué tan poco escrupuloso en su recuento, que omitió apuntar en dicho índice sobre unas setenta de dichas locuciones. Yo he creido de mi deber el salir al encuentro de semejante omision, haciendo un índice completamente nuevo, tanto en vista de aquella falta, cuanto porque reproduciéndose esta obrita segun la ortografía moderna, y hallándose dispuesto el agregado de estos refranes mediante el órden alfabético segun lo pide la letra inicial de cada refran, no puede conformarse siempre la colocacion actual con la primitiva, tratándose, v. g., de palabras que hoy se escriben con* C *y antiguamente con* Q, *como se verifica en el vocablo* Quando.

Apúntanse en esta obrita algunos refranes que, conferidos con la forma usual y constante en que suelen enarrarse, presentan variantes dignas de ser tenidas en consideracion por los hombres estudiosos de nuestra lengua. Sirvan de ejemplo:

El Abad de Vamba, de lo que canta yanta;

Para hombre pobre, paño fino y caldera de cobre; cepa moural y castaña de frial.

Del primero de estos refranes diré que lo comun es citarlo de esta manera:

El abad, de lo que canta yanta,

ó bien:

El abad, de donde canta yanta,

que son las dos fórmulas bajo las cuales lo escribió Cervántes, parte II, caps. 60 y 71 respectivamente. Que si el Abad de Vamba, así especificado, y nó en principio general, figura entre los refranes castellanos, es en aquél que dice:

El Abad de Bamba, lo que no puede comer dalo por su alma (1).

---

(1) *Asi se denomina y escribe hoy* (Bamba) *una villa situada á tres leguas de Valladolid, y es la antigua* Gérticos *segun la opinion más probable. El nombre actual lo debe al hecho siguiente: Habiendo pasado Recesvinto á convalecer de una enfermedad grave desde Toledo á* Gérticos, *pueblo de su patrimonio, y muerto al fin en aquella localidad, pusieron tódos la mira en Wamba, que se hallaba presente á la sazon. Mas como quiera que éste se resistiese á aceptar cargo tan espinoso, se aproximó á él un oficial que, amenazándole con la punta de su espada, le dijo: «Has de ser rey como te hemos elegido, ó, de lo contrario, morirás á mis manos.» Diez y nueve dias despues era ungido solemnemente Wamba en la Catedral de Toledo por Quirico, prelado á la sazon*

Tocante al segundo, me cumple manifestar que Hernan Núñez lo cita así:

Al hombre pobre, capa de pardo y casa de robre, taça de plata y olla de cobre;

y la Academia:

Escudero pobre, taza de plata y olla de cobre,

dándose á entender con su enunciacion, que: «la mejor economía consiste en tener alhajas de mayor duracion, aunque se gaste algo más al tiempo de comprarlas,» segun lo define aquel respetable Cuerpo, y pudiendo formularse dicha definicion, en vista de la curiosa variante presentada por el autor anónimo de estas Instruc-

---

de aquella diócesis. Resistencia tan marcada, y en todos tiempos tan inaudita, á aceptar la realeza, fué causa de trocar el nombre de Gérticos *por el de* Wamba, *que el comun de las gentes y de los geógrafos escribe y pronuncia* Bamba.

El cuerpo de Recesvinto fué sepultado en el monasterio que habia en aquella localidad, de Templarios probablemente, hoy parroquia, y desde allí fué trasladado á la basilica de Santa Leocadia de Toledo, por órden del rey D. Alonso el Sabio.

Volviendo al refran que promueve esta larga nota, diré, por lo que atañe á su origen: que aplicándose su significacion á reprender á aquéllos que dan lo que les es inútil, ó no les aprovecha, es de presumir que naciera de la conducta, espléndida en virtud de la necesidad, observada por algun abad del monasterio de Santa María de Wamba, y cuyo nombre tal vez pueda ser descubierto en su dia, hoy que la aficion á desentrañar los orígenes históricos va en auge, y cuando los medios para conseguirlo son tambien más expeditos de lo que eran antiguamente.

ciones, *de la siguiente manera: «la verdadera economía consiste en tener alhajas de mayor duracion, y en comprar los manjares de mejor calidad, aunque cueste algo más su adquisicion, tratándose especialmente de personas que no disfrutan de bienes de fortuna.» Y á la verdad, semejante circunstancia de* mejor calidad *que acabo de apuntar, sobre hallarse en armonía con la totalidad del adagio, parece estar bien marcada en las expresiones* cepa moura! *y* castaña de frial *(las cuales no encuentro por cierto en ningun diccionario), y que en mi concepto significan, aquélla, el* moscatel morisco *ó* fino; *y ésta, la castaña nacida en* terreno fresco, *cualidades respectivamente recomendables en los susodichos frutos.*

Y ya que acabo de mentar el pan nuestro de cada dia, *quiero decir, la carencia de vocablos en nuestros diccionarios, permítaseme citar, entre ótras, las voces* amular *y* madurecer, *autorizadas en los dos siguientes refranes que figuran en este opúsculo:*

Ni tan vieja que amule, ni tan moza que retoce. (*Página* 26.)

Con el tiempo madurecen las uvas. (*Pág.* 28.)

Pero mucho nos vamos deteniendo ya en el exámen de la primera de las obritas aquí reimpresas, y aún nos queda que andar. Digamos, por conclusion, que estas Ilustraciones *ó Cartas merecieron ser contestadas, de cuya contestacion, que insertamos á seguida en el presente volúmen, nos cumple dar cuenta al lector en el párrafo siguiente.*

II.

El verdadero autor de las Respuestas de Sanchico Panza (8.º, *port., XII—58) es Don Alejandro Ramírez, pues el nombre que figura en la portada de dicho opúsculo es completamente anagramático, con sola la duplicacion de las letras* n *y* r, *y la sustitucion, segun la ortografía moderna, de la* j *por la* x. *Lo modesto cuanto poco conocido de los antecedentes de dicho sujeto, junto con la rara circunstancia de haber escrito este ingenioso folleto á la tierna edad de quince años no cumplidos, son agentes poderosos que, á pesar de no reclamarlo la índole que he juzgado conveniente comunicar á mi obra, me estimulan á sentar aquí siquiera cuatro rasgos biográficos tributados á su buena memoria, y debidos á las indicaciones hechas á mí por su hijo el Excelentísimo Sr. D. Alejandro Ramírez de Villa-Urrutia, con cuya fina amistad me honro.*

Nació D. Alejandro Ramírez y Blanco de pobres, pero honrados labradores, en Alaéjos, villa de la provincia de Valladolid, á 25 de Febrero de 1777.

Su precoz inteligencia y amor al saber llamaron muy luégo vivamente la atencion de un ilustrado y benemérito convecino suyo, el presbítero D. Manuel Méndez, prebendado de la catedral de aquella ciudad, quien se lo llevó á su casa para que cultivára á su lado las buenas prendas que despuntaban en su claro entendimiento. Trece años contaba de edad, cuando habiéndose tardado involuntariamente una noche en regresar al domicilio bienhechor, y pasada la hora de la queda, *tropezó con una*

ronda que lo condujo á un cuerpo de guardia, donde se encontró con un malhechor tambien detenido, quien se ofreció á consolarle y hacerle enjugar sus lágrimas á trueque de perniciosos consejos que se lisonjeó fructificaríun, si nó en el corazon, por lo ménos en la mente inexperta y sencilla del jóven; pero la divina Providencia, que vela incesante sobre la inocencia desamparada, le arrancó á las garras feroces de aquel malvado, manteniéndole incólume en sus principios religiosos, si bien el empacho de presentarse ante su protector, le sugirió el designio, que llevó á cabo al ser puesto en libertad la mañana siguiente, de tomar el camino de Madrid, mediante la caridad que con él ejerciera un arriero conocido suyo. Llegado á la Córte, se apersonó con D. Pablo Arribas, del comercio de libros, el cual, noticioso de su buena forma de letra, le ofreció proporcionarle una colocacion de escribiente en casa de D. Jacobo de Villa-Urrutia, corregidor de Alcalá de Henares y sobrino del cardenal de Toledo, Sr. Lorenzana, como así se lo cumplió.

Una vez constituido allí, se condujo tan á satisfaccion de su nuevo padrino, que, habiendo sido luégo destinado éste á América, no tardó en llevárselo á su lado, llegando algunos años despues nuestro jóven á contraer matrimonio con la hija de aquél, doña Mercedes.

Los puestos que allí ocupára el sujeto que promueve esta justa conmemoracion, fueron de todo punto distinguidos, terminando sus dias á la edad de cuarenta y cuatro años, cuando desempeñaba el cargo de Superintendente general de la Real Hacienda en la isla de Cuba; su laboriosidad, como hombre de letras, fué incansable, mere-

ciendo en atencion á sus varios interesantes escritos sobre topografía, rentística, etc., que la Academia de la Historia le extendiera el diploma de socio correspondiente.

Es muy cierto que, á semejanza del Paralítico de Bethsaida, no hay hombre sin hombre; *pero tambien lo es que* á quien se ayuda Dios le ayuda. *Ramírez fué uno de esos hombres que deben su elevada posicion, en gran parte, á su estudio, desvelo, laboriosidad y comportamiento recto y justificado: posicion tanto más recomendable cuanto poco comun, y tanto más honorífica cuanto que no es heredada, como acontece con no pocos aristócratas de la sangre de sus abuelos, á cuya digna memoria tan mal suelen corresponder; ni improvisada, como se verifica en la mayoría de los aristócratas del dinero que en la infausta éra actual chupan la sangre de sus hermanos hasta conseguir dejarlos exhaustos completamente. . . . .*

El folleto que me ha dado pié para hacer esta breve reseña biográfica de su autor, no carece de mérito en cuanto á la esencia, ni de travesura en cuanto á la forma, estando, además, bien desempeñado y sostenido el carácter del hijo del gobernador de la Ínsula Barataria. Hállanse, á imitacion de las Instrucciones *que promueven estas* Respuestas, *colegidos alfabéticamente al fin los refranes dispersos por el contexto de ellas, algunos de los cuales, ó yo me engaño mucho, ó son forjados por la mente despejada y chispeante del jóven autor; y como quiera que haya incurrido éste, igualmente que su original, en la omision de algunos refranes al formular dicho* índice, *de ahí que me haya tomado yo la libertad de redactar otro nuevo con el objeto de llenar semejantes*

lagunas. Tocante á la rareza de este opúsculo, baste decir que sólo conozco dos ejemplares, á saber: el que posee el hijo del autor, y ótro que es de mi propiedad.

III.

No tan raro, ni con mucho, como los dos folletos de que acabo de hacer mencion, si bien no muy comun, el Teatro Español burlesco, *he creido conveniente dar cabida en el presente volúmen á esta linda y de pocos conocida produccioncita, obra póstuma de D. Cándido María Trigueros, la cual salió á luz por vez primera en un tomo en* 8.º *de XXIV*—160 *páginas.*

Tuvo por objeto su autor hacer una crítica burlesca, pero fundada, de nuestro teatro, así tocante á los poetas cuanto á los actores; y como quiera se valió del similia similibus *para* combatir *aquella afeccion literaria* (tratar, *que dirían nuestros actuales médicos, y lo digo en frances para que se me entienda mejor) al modo que intentára Cervántes dar al traste con la lectura de los libros de caballería por medio de una novela caballeresca, de ahí que estimó conveniente poner á su obra por segundo título el de* Quijote de los teatros.

La invencion de esta especie de novelita no carece de ingenio en materia tan reducida; su disposicion se halla bien manejada hasta el fin; los caractéres y costumbres de los personajes están bien descritos, y tanto, que se transparentan algunos de los individuos reales y verdaderos que se hallan disfrazados bajo aquellos nombres supuestos; el lenguaje es bastante castizo, como el que solía emplear su autor en todos sus escritos; y el estilo,

mezcla de humilde y templado, se halla sazonado con multitud de chistes y refranes, causa que justifica por una parte la insercion de esta obrita en el Refranero, *y por ótra, la extraccion de dichos* Refranes *colocados en índice aparte al final de ella en la presente reproduccion, por obtemperar yo á la conducta que siguieran los autores de los dos folletos que en este volúmen preceden al que nos ocupa en la actualidad. Ciento nueve son los refranes que, salvo yerro ú omision, he hallado diseminados por las páginas de este opúsculo, siguiendo su colocacion alfabética la misma forma que la de los otros dos, áun cuando nada metódica, pues no conceptúo yo método el colocar una serie de refranes por el órden que pide, segun el abecedario, la letra inicial de cada palabra: es muy cierto que así lo practicaron nuestros primitivos y más respetables y autorizados depositarios de las verdades que atesora el vulgo, bajo el dictado de* Refranes, Adagios *y* Proverbios, *en sus especiales colecciones, por cuya razon me parece que alguna indulgencia merecen sus imitadores. De todos modos, entre los refranes dispersos por el* Teatro Español burlesco *hállase alguno que otro no muy comun; circunstancia que, unida al buen desempeño de medios que convergen á un fin no ménos bueno, hacen sumamente recomendable esta obrita á los ojos de toda persona de gusto, y realizan uno de los propósitos de la presente coleccion, cual es, si el lector no lo ha echado en olvido,* unir lo útil con lo agradable.

IV.

Hemos llegado á los Apéndices.

Ya manifesté al principio de este Prólogo *como la obra inmortal de Cervántes había dado pié á diversidad de producciones literarias de más ó ménos mérito y extension, tanto en el suelo patrio cuanto en el extranjero, ora en la jurisdiccion de la crítica, ora en el terreno del comentario, ya en la esfera de la imitacion. Pues bien: la ciencia gnómica del escudero de Don Quijote, quien, como confiesa él mismo, no tenía más hacienda ni otro caudal alguno que refranes y más refranes; de aquel palurdo, pero* palurdo con muchisísima la gramática parda *(andalucismo se llama esta figura), á quien dijera su amo y señor en cierta ocasion: «toda esa gordura y esa personilla que tienes no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias.....» esa ciencia gnómica, repito, ha venido á ser bautizada por la posteridad con el nombre de* Filosofía de Sancho, *y en tal supuesto adjudicó semejante título Mr. Ferdinand Denis á un escrito que dió á luz en París el año de* 1834, *y que, traducido algo libremente por mí para darle cabida en* El Refranero, *figura como primer* Apéndice *al presente tomo* (1).

(1) Le Brahme voyageur, ou la Sagesse populaire de toutes les nations, *es el título de la obra escrita por M. Ferdinand Denis, y precedida del* Essai sur la philosophie de Sancho. *Ambos trabajos fueron perversamente traducidos al castellano y publicados en Valencia el año de* 1837 *en la imprenta de Cabrerizo* (1 *vol. en* 16.º

El segundo y último de dichos Apéndices *lo forma, como ya insinué arriba, un papel sin título ni nombre de autor, mejor dicho, sin nombre de autor, pero con el título á la cola, á guisa de esas mesas en que se sirve la fruta ántes de la sopa, verdadera protesta contra aquel proverbio del Lacio:*

Ab ovo usque ad mala (1).

Ahora bien, leido este papelejo, y leida la primera Instruccion *que es quien lo motiva, salta repentinamente á la vista la sinrazon del impugnador anónimo de dicho opúsculo, máxime tratándose de solos* ¡CUATRO CUARTOS! *que era todo el caudal empleado en la adquisicion de aquel folleto. ¿Sería, por ventura, el tal impugnador algun*

---

de 335 *páginas), con la siguiente portada:* Los Viajes de un Bracma, ó la Sabiduría popular de todas las naciones: precedida de un Ensayo sobre la filosofía de Sancho. *A esta obra alude, pues, el autor al hablar de los proverbios provenzales que habia introducido en ella (pág.* 173 *de esta reproduccion).*

Por lo que respecta á los datos bibliográficos, escasos cuanto erróneos, que apronta al final de dicha nota M. Denis, quien guste de verlos aumentados y rectificados consulte mi libro intitulado «Monografía *sobre los Refranes, Adagios y Proverbios castellanos, y las Obras ó Fragmentos que expresamente tratan de ellos en nuestra lengua,» el cual, suspenso algunos meses en su impresion por mis muchas ocupaciones, no tardará en salir al público, tan luégo como las mismas me lo permitan.*

(1) *Era costumbre entre los antiguos Romanos empezar sus cenas por huevos, y acabarlas por manzanas ú otro género de frutas: de ahí el proverbio arriba citado, para manifestar alguna accion no interrumpida* Desde el principio hasta el fin.

*enemigo embozado de D. A. A. P. y G.? ¿Sería.....
acaso, el mismo mismísimo D. A. A. P. y G.? Averígüelo Várgas. Entre tanto, ni yo sé quién escribió aquella sátira, ni, por más diligencias que al efecto he practicado, qué nombre se esconde bajo las iniciales que figuran en la portada del folleto que promoviera semejante infundada crítica, ya fuera hija de la inquina, ya debiera su nacimiento á la idea de ser un verdadero* buscapié *que produjese la más pronta y segura venta de dicha* Instruccion. *Sea de ello lo que quiera, el hecho es que no tardó en darse á la estampa una* Segunda impresion aumentada con otra Instruccion, *y es, como llevo manifestado, la que se reproduce en el presente tomo de* El Refranero.

Tocante á lo que en el papel del impugnador, sea verdadero ó fingido, se apunta en órden á que dentro de mil años verán los sabios que Sancho Panza no sólo no era ignorante, sino que hablaba en latin, digo, 1.°: *Que de erudito blasonaba el Sancho de Cervántes al decir (P. 1.ª, cap. XX) «que el principio que los antiguos dieron á sus consejas no fué así como quiera, que fué una sentencia de Caton Zonzorino romano;» y* 2.°: *Que todo el latin que habla el Sancho de estas* Instrucciones *se reduce á la siguiente frase:* per se, et per accidens, *á la manera que el Sancho primitivo dijera en otra ocasion (Id. cap. XXV), siquiera en latin macarrónico, que «quien ha infierno* nulla est retentio» (1). *Demás*

---

(1) *De todos modos, y áun cuando expresado por rústicos términos lo de* Censorino *y lo de* quia in inferno nulla est redemptio,

de que, todo esto podría probar en último resultado que, nunca han faltado gobernadores, ni generales, ni alcaldes, ni oradores, ni otras muchas individualidades ex omni tribu, et lingua, et populo, et natione, *que yo me sé y no hay para qué mostrar ahora con sus pelos y señales, verdaderas nombradías usurpadas que, no pudiendo hablar de propia cosecha, lo hicieran por boca de ganso. ¡Con cuánta razon decía un chusco á este propósito, que el dia del Juicio final se descubrirá, entre otros misterios, cuales son los verdaderos padres de ciertos hijos, y quiénes los verdaderos autores de ciertos libros!....*

Pero pongamos ya término á la presente prefacion.

Al tratarse de refranes, por fuerza tiene que resaltar la personalidad de Cervántes, que tan buen uso supo hacer de ellos en boca de sus múltiples personajes, y singularmente en la de Sancho, y áun en su Entremes de Refranes, *dado caso que esta produccion le pertenezca. Con tal motivo he creido de mi deber destinar el presente tomo de mi* REFRANERO *á servir de receptáculo á obras que se refieren al Príncipe de nuestros ingenios, dedicándolo*

A los Cervantófilos españoles y extranjeros;

por esta razon, tambien, he juzgado conveniente reservar el tomo VI de la presente coleccion paremiológica

---

me parece, dicho sea sin agraviar en lo más mínimo la buena memoria de Cervántes, que eran éstas demasiadas honduras ya para la capacidad de un pobre labriego como Sancho Panza, ayuno, además, de saber leer ni escribir.

para probar la Intraducibilidad del Quijote, *pensamiento ligeramente manifestado por mí en un artículo que publicó* La Ilustracion Española y Americana *en su número correspondiente al* 1.° *de Mayo de* 1872, *y pensamiento que, habiendo sido refutado mediante cierta argumentacion especiosa empleada por un literato sevillano, me empeña á desarrollarlo con la mayor extension, claridad y fijeza posibles.*

José María Sbarbi.

NOTA.

En la pág. 37, entre el refran 5.° y el 6.°, se omitió por distraccion incluir el siguiente:

No son maestros tódos los que son padres. 26.

INSTRUCCIONES
ECONÓMICAS Y POLÍTICAS,

DADAS

POR EL FAMOSO SANCHO PANZA,

GOBERNADOR DE LA ÍNSULA BARATARIA,

A UN HIJO SUYO,

APOYÁNDOLAS CON REFRANES CASTELLANOS, EN QUE LE PRESCRIBE EL MÉTODO DE GOBERNARSE EN TODAS LAS EDADES Y EMPLEOS.

SEGUNDA IMPRESION,
AUMENTADA CON OTRA INSTRUCCION.

LAS DA Á LUZ

D. A. A. P. Y G.

CON LICENCIA.

MADRID
EN LA IMPRENTA REAL.

MDCCXCI.

INSTRUCCION I.

Mi amado hijo: ya por la mediacion de mi amado Don Quijote me hallo gobernador de esta Insula Barataria, que no es poca recomendacion en el dia para un hijo tener á su padre gobernador, bien que para tí será honra sin provecho; porque yo pienso cumplir con mi obligacion y salvarme, y así no se verificará en tí respecto de mí, que: á padre apañador hijo despendedor. Sin embargo, no dejarás de ser feliz si eres hombre de bien, que: más vale á quien Dios ayuda, que á quien cedo madruga; y porque: lo bien ganado se lo lleva el diablo; y lo mal ganado, á ello y á su amo. Considerando, pues, las obligaciones de padre en que estoy constituido, y que nos manda Dios vivir como para morir en el dia; y que no se me ha olvidado lo que nos dijo el señor Cura á tu querida madre y á mí cuando nos casamos: que cuidásemos de dejar herederos no tanto de nuestros bienes, cuanto de nuestra fe, religion y virtud; y estando satisfecho de tu buena inclinacion y docilidad, y que te harás cargo de que: hijo eres, y padre serás, como hicieres así habrás; ya que no te puedo dejar riquezas ni conveniencias, aunque no he tenido la proporcion de pasearme por los campos de las ciencias, para tu gobierno y descargo de mi conciencia te

quiero dejar unas instrucciones, que, tales cuales, á mí me han servido en muchas ocasiones, y no hay cosa tan mala que para algo no sirva, porque: no está la carne en el garabato por falta de gato, y el que da lo que tiene no está obligado á más.

Te encargo el exacto cumplimiento de las obligaciones de buen cristiano, porque: padre no tuviste, madre no temiste, diablo te hiciste; y Dios no se queja, mas lo suyo no lo deja.

Con tus superiores no te familiarices, sino tratarlos con sumision y respeto, porque: ni en burlas ni en véras con tu amo no partas peras.

Con gentes instruidas no te pongas á hablar de lo que no entiendes, que: el bobo, si es callado, por sesudo es reputado.

Habla siempre con recato para excusarte de oir lo que acaso no quisieras, que: la niña perdió su honor donde habló mal y la respondieron peor.

No te metas en averiguar incautamente aquellas cosas que no te importan ni conducen, porque: muchas veces el que escarba, lo que no quiere halla.

En aquellas conversaciones en que se vulnere la fama del prójimo, ó se hablen palabras provocativas, procura no tomar cartas, haciéndote el desentendido, que: á palabras necias, orejas sordas.

Pon cuidado en andar aseado y decentemente vestido, porque: paños lucen en palacio, que nó hijosdalgo.

Jamás pongas tu corazon en el mundo ni en sus riquezas; porque: quien espera en la esfera muere en la rueda.

Aunque llegues á ser hombre acaudalado, procura siempre hacer buen uso de tus haberes, porque: de rico á soberbio no hay palmo entero.

Nunca te atribule la pérdida de lo accesorio cuando se salve lo principal, porque: no importa que se pierdan los anillos si quedaron los dedillos.

No te fies con facilidad de aquéllos que te lisonjean, porque éstos suelen ser los mayores murmuradores, y: reniega del amigo que cubre con las alas, y muerde con el pico.

En tus conversaciones procura meditar las palabras ántes de hablarlas, para que no se te escape alguna que no quisieras; y jamás te aferres en tu dictámen si no tienes mucho fundamento, porque: bobos van al mercado, cada cual con su asno.

Si posees algun bien cierto, jamás lo abandones con las esperanzas de conseguir ótro mejor, que: quien bien tiene, y mal escoge, del mal que le venga no se enoje: por el alabado dejé el conocido, y víme arrepentido: goza de tu poco miéntras busca más el loco; y: la planta muchas veces traspuesta, ni crece ni medra; y ¿dónde irá el buey que no are?

Sin que te conviden, y tengas satisfaccion, no te metas en funciones, especialmente donde se come y se bebe, porque: á boda ni bautizado no vayas sin ser llamado.

Huye siempre de los lugares sospechosos, aunque no vayas con mal fin, porque: el que va á la bodega, por vez se le cuenta, beba ó no beba; y: quien con lobos anda á aullar se enseña; y: la manzana podrida pierde á su compañera; y: poca hiel hace amarga mucha miel; y: muchas veces lleva el hombre á su casa con que llore.

Guarda siempre precaucion en el hablar, especialmente en parajes públicos, adonde concurren gentes desconocidas; porque: cuando fueres por camino no digas mal de tu vecino.

Las cosas reservadas, ni los defectos que tuvieres, no los confíes sino á persona de mucha satisfaccion; porque si llegan á disgustarse contigo, te los echarán en cara públicamente; que: cuando riñen las comadres se dicen las verdades; asno lerdo, tú dirás lo tuyo y lo ajeno; y: á la mujer y á la picaza, lo que vieres en la plaza.

Por leves reparos nunca dejes de lograr alguna fortuna, dejando pasar la ocasion; porque: cuando á tu hija le viniere su hado, no aguardes que venga su padre del mercado.

Procura siempre medir los gastos de tu casa con el caudal que tengas; que: es prudencia no extender la pierna más de lo que alcanza la manta.

Tu caudal no lo emplees en cosas que con facilidad se consumen; porque: ni tu pan en tortas, ni tu vino en botas.

En el gasto diario debes guardar tal economía, que las provisiones te duren todo el año; porque: hay más dias que longanizas; y: Agosto y vendimia no son cada dia.

Las cosas de tu casa y hacienda procura presenciarlas siempre que puedas; porque: donde no está su dueño, no está su duelo: hacienda, tu dueño te vea: manda y descuida, no se hará cosa ninguna: obreros á no ver, dineros á perder; y: holgar, gallinas, que el gallo está en vendimias.

Aprovéchate de las advertencias de aquéllos que son tus verdaderos amigos experimentados, porque: quien no cree en buena madre, creerá en mala madrastra.

Para el gasto de tu casa compra, siempre que puedas, aquellos géneros que sean de mejor calidad, aunque sean más caros; porque: quien se viste de

mal paño, dos veces se viste al año: y si quieres ser rico, calza de vaca y viste de fino; y: para hombre pobre, paño fino y caldera de cobre; cepa moural y castaña de frial.

Jamás busques dinero prestado, sin saber de qué lo has de sacar para satisfacerlo; porque: al matar de los cerdos, placeres y juegos; al comer de las morcillas, placeres y risas; y al pagar de los dineros, pesares y duelos; y: puerco fiado gruñe todo el año; y: quien de lo ajeno se viste, en la calle le desnudan.

Algunas veces conduce el que te prives el gastar alguna parte de lo necesario, para no empeñarte; porque: acuéstate sin cena, y amanecerás sin deuda; y: quien adelante no mira, atras se queda.

En la mesa de tu casa no consientas que se pongan diariamente manjares delicados, especialmente para gente del campo; porque: vino acedo, pan de centeno, y tocino añejo, mantienen la casa en peso; y: en año caro, harnero espeso y cedazo claro; y: tal el año, tal el jarro.

No desprecies ni desperdicies las ofertas de los mezquinos, aunque sean cortas; porque: del lobo un pelo, y ése de la frente; y: grano á grano hinche la gallina el papo; y: sobre un huevo pone la gallina.

Procura aprender algun arte ú oficio, que: el saber no ocupa lugar; y: quien tiene arte, va por toda parte; y: en casa del oficial asoma el hambre, mas no osa entrar.

Las cosas de tu casa gobiérnalas á tu modo, pero en la calle sujétate á las costumbres del pueblo; porque: comer á gusto, y vestir al uso; y: en la tierra donde vivieres, haz como vieres.

Las cosas que estuvieren á tu cargo, procura ha-

cerlas á su debido tiempo, y con cuidado, para no tener que hacerlas despues apresuradamente; porque: quien el sábado va á la aceña, el domingo tiene mala huelga; y: la que en Marzo veló, tarde acordó; y: quien echa agua en la garrafa de golpe, más derrama que ella coge.

Cuando emprendieres alguna pretension, procura tener sufrimiento y constancia; porque: el que está en la aceña muele, y nó el que va y viene.

Si tuvieres algun arbitrio, proteccion ó influjo, no te quedes cavando terrones; porque: tres cosas hacen al hombre medrar, ciencia, mar y casa real; y: el que no se aventura, no pasa la mar; y: afanar, afanar, y nunca medrar.

Huye siempre la holgazanería aplicándote á algun ejercicio, porque: el Abad de Vamba de lo que canta yanta; y: la ociosidad es madre de la mala ventura; y: á quien madruga Dios le ayuda; y el que se da á la briba está expuesto á un mal pensamiento; porque somos de mal barro, y, á bien librar: el amitad del año, con arte y engaño; y la otra parte, con engaño y arte: y: dáme donde me asiente, que yo haré donde me acueste.

En cualquiera asunto en que te metas, procura ántes premeditar las consecuencias que puedan resultar; porque: ántes que te cases, mira lo que haces; y: la gala del nadador es saber guardar la ropa.

Para no exponerte á ser engañado, no creas con facilidad todo lo que oigas, aunque tengas en buen concepto al que lo dice, porque: de tu mujer y de tu amigo experto no creas sino lo que fuere cierto.

Apártate siempre de las contiendas, especialmente con personas de genios inconsiderados y violentos; porque: al loco y al aire darle calle.

Para evitar quimeras y pleitos, procura prever todos los lances al principio de cualquier negocio; porque: quien destaja no baraja.

Jamás te pongas á seguir pleito si te puedes ajustar, aunque sea perdiendo de tu derecho; porque: más vale mal ajuste, que buena sentencia; y: necios y porfiados hacen ricos á los letrados; y: el vencido, vencido; y el vencedor, perdido.

Si tuvieres que poner paz en alguna pendencia, procura hacerlo con cautela y prudencia, para no salir descalabrado; porque: quien desparte lleva la peor parte.

No hagas caso de los acaecimientos pasados que no estuvieron á tu cuidado ni conducen al presente; porque: con agua pasada no muele el molino; y: lo que no fué en tu año, no fué en tu daño.

No censures los defectos de tu prójimo, que á tí te pueden suceder; porque: quien tuviere hijo varon no llame á ótro ladron.

No hables delante de ninguna persona aquellas cosas que le pueden por algun motivo disgustar; porque: en casa del ahorcado no se ha de mentar la soga.

No seas demasiado curioso en averiguar las cosas ajenas, que suele tener malas resultas; porque: quien las cosas mucho apura no tiene la vida segura; y: no te entremeter en lo que no te atañe hacer.

Para vencer cualesquiera dificultades ó peligros, toma con tiempo los medios necesarios; porque: ajo crudo y vino puro pasan el puerto seguro; y: al asno muerto, la cebada al rabo; y: quien no trae soga, de sed se ahoga.

No tomes á tu cuidado muchos negocios á un mismo tiempo, que es muy difícil manejarlos bien; por-

que: muchos ajos en un mortero, mal los maja un majadero; y: allá se lo haya Marta con sus pollos; y: si el niño llora, acállelo su madre; y si no le quiere acallar, déjelo llorar.

Procura siempre asistir al trabajo de tu obligacion; porque: á quien se halló en la tienda no le achaquen que se halló en la contienda.

Para conservar la vida usa siempre de las precauciones y prácticas de los viejos, aprendiendo de ellos lo que han elegido por su experiencia; porque: si quieres vivir sano, hazte viejo temprano; y: quien quisiere ser mucho tiempo viejo, comiéncelo présto.

No comas sin apetencia, y entónces bebe sin escasez; porque: si quieres cedo engordar, come con hambre y bebe con vagar.

Sobre aquellos manjares que son malos de digerir no bebas agua, sino vino, y que sea puro; porque: el arroz, el pez y el pepino nacen en agua, y mueren en vino; y: la vez de la ensalada, ni la pierdas ni sea aguada.

El beber, que sea con moderacion y templanza; porque: do entra beber, sale saber; y: el vino, como rey; y el agua, como buey; y: despues de beber, cada úno dice su parecer.

No te metas en dar consejos á los que tienen más experiencia que tú; porque: á buey viejo, no le cates majada, que él se la cata.

Aunque sea á costa de algun interes, procura siempre tener amigos; porque: quien solo se come su gallo, solo ensilla su caballo.

Con aquéllos que, habiéndose apartado de la amistad, se han vuelto á reconciliar, procura siempre vivir con cautela; porque: amigo reconciliado, enemigo doblado.

Si te pidiesen algun favor, y no pudieses hacerlo, discúlpate con buenas palabras, sin exasperar al que te lo pide; porque: miel en la boca, y guarde la bolsa.

El bien que hicieres nunca lo publiques; porque: haz buena harina, y no toques bucina.

En iguales circunstancias procura siempre atender con preferencia á tus parientes; porque: más cerca está de la carne la camisa, que el jubon.

No molestes á los que te favorecen, de modo que se lleguen á enfadar; porque: á casa de tia, mas nó cada dia; y: de lo ajeno, lo que quisiere el dueño.

Para no incurrir en la nota de ingrato, está siempre agradecido á los que te hayan hecho algun favor; porque: ama, sois ama miéntras el niño mama: y desque no mama, ni ama ni nada.

Aquellos cargos ó empleos que tienen más de gravámen que de provecho, no los apetezcas; y si puedes, exímete de ellos; porque: alcalde de aldea, el que lo apetece ése lo sea.

Si alguna vez por servir á tu patria tuvieres que ejercer algun ministerio de justicia, procura portarte con prudencia, rectitud y desinteres, para no perjudicar al público; que: beba la picota de lo puro, que el tabernero medirá seguro: y á olla que hierve, ninguna mosca se atreve; y: en meando claro, dos higas para el médico; y: dueña culpada, mal castiga mallada.

Huye del trato demasiadamente familiar con personas de diverso sexo; porque: el hombre es fuego, y la mujer estopa, llega el diablo y sopla.

Si tomares estado de matrimonio, examina la conducta de la novia tratándola personalmente, porque los informes suelen ser equivocados; y: el que léjos va á casar, va engañado, ó va á engañar.

Procura coartarle las facultades al principio, no suceda que luégo mande la casa con desprecio tuyo; porque: triste está la casa donde la gallina canta y el gallo calla.

No te ciegues del amor sin cuidar de los intereses necesarios para mantener el estado; porque: hombre enamorado, nunca casa con sobrado; y: el dia que te casas, ó te matas ó te sanas.

Procura tomar el dote en bienes raíces más presto que en gracias y habilidades; porque: cabello y cantar no es buen ajuar.

Que no sea demasiadamente acaudalada; porque: en casa de mujer rica, ella manda, y ella grita.

Que no sea habladora ni charlatana; porque: la mujer y la pera la que calla es buena; y: ni de las flores de Marzo, ni de la mujer sin empacho.

Que sea hacendosa y económica; porque: la mujer y la sardina, de rostros en la cocina.

Que sea honesta y recogida; porque: la mujer y la gallina, hasta la casa de la vecina; y: la mujer honrada, la pierna quebrada, y en casa.

Que sea lampiña; porque: la mujer barbuda, de léjos la saluda; sin embargo: el melon y el casamiento ha de ser acertamiento; y: la mujer y la viña, el hombre la hace garrida; y: á la mujer brava, darle la soga larga.

Si llegares á tener hijos, procura criarlos con temor y respeto, y no fiarlos al cuidado de su madre; porque: tanto quiso el diablo á su hijo, que le sacó un ojo.

Vístelos y aliméntalos con moderacion y sobriedad; porque: comida, cama y capote que sustente y abrigue al niño, y no le sobre.

Procura no disimularles ningun defecto, para evi-

tar que en adelante hagan costumbre; porque: no me pesa que mi hijo enfermó, sino de la mala maña que le quedó.

No te contentes con corregirlos blandamente cuando obran mal; porque: ceño y enseño, de mal hijo hacen bueno.

Muchas veces, en donde no basta la fuerza del castigo suele bastar la prudencia; porque: huerto y tuerto, mozo y potro, y mujer que mira mal, quiérense saber tratar.

Procura que el maestro que les pongas sea instruido y de buena crianza; porque: costumbres de mal maestro sacan al hijo siniestro; y: costumbres y dineros hacen á los hijos caballeros.

Si el maestro los castiga, no se lo impidas. como muchos imprudentes; porque: coz de yegua no hace daño al potro.

Si alguno voluntariamente se inclináre al estado del sacerdocio, ayúdale cuanto puedas, que los sacerdotes son el amparo de sus casas y familias: porque: do no hay cabeza raída no hay cosa cumplida.

Procura enseñarlos cuando niños; porque cuando grandes, ya está duro el alcacel para zampoñas.

Si á título de tontos quisieren salir con lo que se les antoje, castígalos con rigor; porque: al asno lerdo, arriero loco; y: no en los años están todos los engaños.

Trátalos con ceño y sujecion; porque la demasiada familiaridad suele dar motivo á libertades y llanezas; y: bien sabe el asno en cuya casa rebuzna; y: burláos con el asno, y daros ha en la boca con el rabo.

No consientas que tu familia se ande en romerías, que muchas veces con pretexto de devocion se van á

las diversiones, tal vez con detrimento del alma; porque: romería de cerca, mucho vino y poca cera: y: quien muchas romerías anda, tarde ó nunca se santifica.

Con tus hijas tendrás siempre gran cuidado; porque: olla cabe tizones ha menester cobertera; y la moza do hay garzones, la madre sobre ella.

Aunque las sufras algunos defectos, procura que sean recogidas; porque: sufriré hija golosa y albendera, mas nó ventanera; y: la doncella y el azor, las espaldas hácia el sol.

Procura casarlas con hombres de juicio, aunque de edad; porque: ántes barba blanca para tu hija, que muchacho de crencha partida.

Con perjuicio de tu alma y salud no te afanes en atesorar riquezas; porque: apaña, suegro, para quien te herede, manto de luto, y corazon alegre; nos por lo ajeno, y el diablo por lo nuestro; y: el avariento rico no tiene pariente ni amigo; y: muchas veces, do cazar pensamos, cazados quedamos.

Estos refranes apréndelos de memoria, y aprovéchate de su doctrina; pero no los repitas con frecuencia en todas partes, porque te notarán de pícaro y beliaco. Mi primer pensamiento fué escribírtelos pelados, pero se empeñó el Secretario en enviártelos mascados, y me conformé con su dictámen, haciéndome cargo que más ven cuatro ojos que dos, y que muchas veces es menester no disgustar á los súbditos, porque son testigos de nuestras flaquezas; y, á quien has de acallar, no le hagas llorar; y porque es muy hombre de bien, que ha servido de paje en la Córte, y primero perderá la vida que revelar un secreto; pero como, ni alabes ni desalabes hasta siete navidades, vivo con cautela; porque, el golpe de la

sarten, aunque no duele, tizna; y, quien calla, piedras apaña. Sin embargo que era más benemérito para Secretario del secreto, que para Secretario del gobierno, lo he recibido, porque me lo ha recomendado un amigo; que: cuando Dios da, para tódos da; y: el amigo que no presta, y el cuchillo que no corta, que se pierda poco importa. Te los envio mascados, como dice el Secretario; pero bastante tendrás que digerir en ellos; léelos en la escuela despues del Catecismo; porque: despues de Dios, la olla; y: lo que se aprende con la leche en los labios, no se olvida con los años. Siento que mis ocupaciones no me den lugar para escribirte ótros muchos que á cada instante se me acuerdan; pero: en una hora no se tomó Zamora; y: quien mucho abarca, poco aprieta: léelos para entenderlos, y no andes gastando malamente el tiempo en examinar si les falta aquello que llama el vulgo literato órden, método, crítica, colocacion, propiedad, buen gusto, estilo elegante, y otras carretillas que aprenden de memoria en las tertulias, diciendo lo que saben, sin saber lo que se dicen, y haciendo como las avispas, que sacan el cerote de las mismas flores que sacan la miel las abejas: lo primero, porque contra un padre no hay razon; lo segundo, porque en aprendiéndolos puedes colocarlos, explicarlos y apropiarlos como á tí se te antoje, que: cada úno de su capa puede hacer un sayo.

Yo estoy bienquisto en esta Insula, y en bonanza de la Córte; Dios hace la costa dando el frio conforme la ropa; diga el vulgo lo que quiera, cumplo con mi obligacion, y aunque la alabanza en boca propia desmerece muchas veces, el que á sí no se alaba, de ruin se muere; estoy contento con mi suerte, y ya no pretendo otro ascenso; porque, será nadar, nadar,

y morir á la orilla; y: más quiero asno que me lleve, que caballo que me derrueque; y: muchas veces da Dios alas á la hormiga, para que muera más aína. Lo que hace que desterré de esta Insula al médico Pedro Recio, disfruto perfecta salud, y si alguna vez tengo alguna destemplanza, me la sé curar lindamente con medicinas caseras; que en teniendo yo los piés calientes, la cabeza seca, y el culo corriente, con perdon para ustedes, no necesito al Protomedicato.

Son mis enemigos el Médico y el Boticario, *per se*, & *per accidens*. Dios me lo perdone, y no quiero hablar mal de ellos, porque al cabo son prójimos; y, en la boca del discreto, lo público es secreto: no les manifiestes mi oposicion, que si llegan á saberla, son capaces de encarecer el papel: porque, el que mal pleito tiene á barato lo mete: y: natural y figura, hasta la sepultura; y yo sólo hablo de los malos, que muchas veces úno come la fruta aceda, y ótro tiene la dentera.

Recibe mi bendicion, y, si me alcanzares en dias, encomiéndame á Dios, haciendo sufragios por mi alma, sin gastar en lutos ni en otras funciones, que más sirven de diversion á los vivos, que de alivio los difuntos; porque, camisa y toca negra no sacan al ánima de pena.

Soy tu padre que te quiere; que amor de padre, y lo demás es aire.

SANCHO.

INSTRUCCION II.

Mi estimado Sanchico: dias pasados te escribí una carta dándote algunas instrucciones para tu gobierno, aunque nó tódas las que yo quisiera, por impedírmelo las multiplicadas ocupaciones de este empleo; pues aunque vale más ser cabeza de raton que cola de leon, cada dia experimento mejor la falsedad de aquel refran que dice (para dar á entender que úno lo pasa bien), que tiene una vida como un gobernador, y mucho más falso sería si dijera, como un buen gobernador. No dudo que algúnos lo pasarán bien, pero será echando la carga atras: no he de ser yo de ésos con la ayuda de Dios, aunque al contrario lo entendieron estos Insulanos, que ya les haré ver como no me tuvieron el pié al herrar; me tuvieron por bobo y simple, pero no advirtieron que con los estados se mudan las costumbres; dicen que los gobernadores han de ser de familia ilustre, de cuerpo gentil, de bella disposicion, y de rostro agradable: á mí no me favorecen mucho estas cosas, pero creo que las buenas costumbres son mejor hermosura para atraer las voluntades, y áun me atrevo á asegurarlo, porque en un gobernador más se necesita la suficiencia, la rectitud, la justicia y desinteres, que todo lo demás; estas cosas en mí, obras son amores. En cuanto á la nobleza mia, aunque no entiendo mucho de noblezas, sé que de ninguno de mis abuelos hay en casa

papeles ejecutoriales, sino las fes de bautismo; pero tambien he oido que en ningun archivo hay procesos contra ellos: somos cristianos viejos y honrados; lo demás lo tengo por bambolla, porque tódos somos hijos de Adan y de Eva, y cada úno lo es de sus obras. Ahora al principio entraré tentando, nó mandando con imperio, sino amonestando como amigo; no echaré mano del rigor primero que del halago; reconoceré el campo, y aguardaré tiempo oportuno para la enmienda ó para el castigo; porque muchas veces conviene disimular el delito hasta la ocasion del castigo: no daré oidos á chismes, porque si nó será mayor el número de los que por congraciarse conmigo se metan á delatores, que el de los delincuentes, bien que en castigando con igual pena á los que se les justifique haber calumniado, se remediará esta iniquidad; tendré el corazon dócil para distinguir lo bueno de lo malo, sin fiarme de aquéllos que me están mirando al semblante para tenerme contento por sus fines particulares, y ancho para no turbarme en las cosas arduas y difíciles; y tendré dos orejas para oir las quejas fingidas de únos, y las verdaderas de ótros, pues á ningúno se le debe condenar sin conocer á fondo su causa; cerraré los ojos para no ver ni conocer á los litigantes, y abriré las orejas para hacerme cargo bien de la causa, y juzgar sin aceptacion de personas; templaré la severidad con la mansedumbre; tendré piedad sin blandura, rigor sin aspereza, y zelo con discrecion; rumiaré y repasaré las razones de ambas partes, porque lo que se ha de hacer sola una vez, debe premeditarse con mucha reflexion; curaré y corregiré de diverso modo al pusilánime que al temerario, al pródigo que al avariento, al cruel que al compasivo, al soberbio que al

humilde, reconociendo á cada úno su genio, y procurando aplicar la triaca adonde estuviere el veneno, condescendiendo algunas veces con el deseo del pueblo, con tal que no sea en cosas absolutamente prohibidas: seré grave en las palabras, mesurado en el semblante; miraré bajo, andaré sosegado, seré parco en la comida y honesto en el vestido. En cuanto á querer remediar todos los abusos y desórdenes, es cuasi imposible á las fuerzas humanas; mas yo tomaré las cosas con tiempo, y así como otros gobernadores hacen poner la ene de palo, esto es, la horca, para castigar los delitos, yo la haré poner tambien para precaverlos, aunque en todo obraré con prudencia y discrecion, y me iré con piés de plomo, porque mi empleo es de señorío, y no se me oculta que serán protegidos los culpados, y me harán costar la torta un pan, porque en tierra de señorío, almendro y guindo; y en tierra real, moral y nogal: salga lo que saliere, he de hacer lo que me dicte mi conciencia tomando consejo de hombres doctos y virtuosos cuando sea necesario: no se ha de decir de mí que pregono vino y vendo vinagre, ni ménos que tengo la fama y ótros cardan la lana; ya verán que no es caballero el que nace, sino el que sabe serlo, y que no gusto el que me exahúmen con incienso los oidos, ni que me alumbren con luces de oro, ni con prendas de gallego que valen dinero, porque conozco muy bien cuán perjudiciales son estas cosas á los sujetos de autoridad: todo esto es contra el torrente comun, pero aunque sea locura no disfrutar la fortuna, como el sol en invierno, miéntras dura, no quiero dar oidos á los que me dicen, viva la gallina con su pepita, que quien al cielo escupe, á la cara se le vuelve, que no es cordura llevar las cosas por rigor, que es mejor

lamiendo, que mordiendo; que becerrilla mansa todas las vacas mama, y que muchas veces la sardina por saltar de la sarten da en las brasas; pero yo como no obro por capricho, sino por cumplir con la obligacion de mi empleo, ya que no puede ser más negro el cuervo que las alas, ni puede quitar más la fortuna que lo que ha dado, digo que de mala viene el conejo, y que se lleve el diablo el pellejo; no quiero que me llamen Marta la piadosa, que mascaba el vino á los dolientes, porque al principio se hacen los panes tuertos, y el pequeño yerro al principio se hace grande al fin; no ha de haber en mi gobierno un tribunal delante de cada escribano y alguacil, porque los únos no son tódos como debieran, unos hombres en quienes está depositada la fe pública, de las primeras familias, y la vara de los ótros es de un junco tan débil, que al menor impulso se dobla; los que necesiten la justicia, vendrán á mi varapalo de encina, que más presto ha de romper que doblar. Luégo que tenga bien arreglado el gobierno político de esta Insula, pasaré al gobierno económico; esto es, examinaré la calidad de sus tierras, veré cuáles son á propósito para trigo, cuáles para los demas granos y semillas, cuáles para vino, lino, cáñamo etc., cuáles para prados de secano ó regadío, cuáles para moreras, árboles frutales ó silvestres, el modo de cultivarlas, el género de simientes etc., la especie de ganados que se pueden criar, las fábricas y manufacturas que se pueden establecer, y todo cuanto pueda conducir para la prosperidad de estos habitantes, haciéndoles ver á fuerza de experiencias lo que les conviene hacer; y en donde no alcanzaren mis conocimientos, haré venir facultativos inteligentes miéntras tenga con qué pagarles, sin dormir ni descansar hasta ver

á esta Insula floreciente, y á sus habitantes convencidos de su error y caidos de su borrico, y á sus casas llenas de riquezas, que será el mejor desengaño. Ha de quedar memoria de mí en los siglos venideros, tanto que algúnos dudarán (aunque este pronóstico sea como el de los termómetros que señalan la lluvia cuando cae) si soy yo aquel Sancho Panza manchego tenido por simple é ignorante, sin hacerse cargo que de donde ménos se piensa salta la liebre, y que debajo de una mala capa hay un buen bebedor, que ninguna vela alumbra hasta que la ponen en el candelero y la encienden, y que ningúno tiene más honra que la que le quieren dar. Te dirán que no eres hijo de tal padre, pero no se lo disputes; mira que cuando úno no quiere dos no barajan, no hagas como los perros de Zurita, que, cuando no tienen á quién, únos á ótros se muerden; no andes con ellos á mátame la yegua, y matarte he el potro; no quieras por sacarles á ellos un ojo sacarte á tí los dos, que podía ser lloverte en casa y caerte á cuestas; deja á cada loco con su tema, aunque lo veas de letra de molde, que á buen seguro perdieron el tiempo y el dinero de la impresion, porque yo soy y seré Sancho Panza, el que puede poner una cátedra de refranes, que es la mejor herencia de mis mayores, porque ningun rey ni roque me la puede quitar ni poner demanda á ella; pero porque siempre gallina en el puchero amarga el caldo, ya para que no te fastidies, y ya para que no desesperen los que pretenden excluirme de la herencia consabida, te diré algunas cosas útiles para tu instruccion, omitiendo los refranes.

Procura huir de reirte á carcajadas, y de hablar con voz alta y descompasada, porque lo primero es de fatuos; y lo segundo, de locos.

Sé modesto, reverente, justo y continente, porque en estas cuatro cosas se comprende todo lo que debe observar un jóven.

Guárdate de hacer cosas afrentosas, especialmente con la esperanza de que puedan estar siempre ocultas, porque áun cuando lo estén á los demás, en tu corazon estarán manifiestas dia y noche.

No des motivo á que te culpen de algun delito, porque aunque sea falso, el vulgo ignora la verdad, y sigue la opinion comun; y para infamar á úno basta cualquier rumorcillo.

Cualquier cosa que hagas ocultamente, hazla de modo que no se te dé cuidado aunque se manifieste, porque nada hay tan oculto que no llegue á publicarse.

Procura no hacer aquellas cosas que acostumbras reprender á los demás cuando las hacen.

Trata con afabilidad y buen modo á tódos; pero acompáñate siempre de los buenos, y así serás querido y estimado de éstos, y no serás aborrecido de los malos.

Si vieres á tu prójimo cometer algun delito, no te escandalices, ni le desprecies sin caridad, sino pórtate con él como quisieras que se portase contigo en iguales circunstancias, acordándote siempre de que eres hombre.

Para entablar amistad con algúno, examina primero cómo se portó con ótros: y ten por cierto que si tuvo malas correspondencias con ellos, tambien las tendrá contigo.

Los secretos de tu corazon no los confies á ningúno, á ménos que sean de igual importancia á tí y á aquél á quien los manifiestas.

No te fíes de ningun amigo sin que le tengas ex-

perimentado, y la experiencia no la hagas con daño tuyo ó de tercero, sino cuéntale como secreto lo que en realidad no lo sea; y si guardáre fidelidad, podrás en adelante fiarte de él, y si no la guardáre, no te hace daño alguno, y le conoces.

A los amigos experiméntalos en las calamidades, porque así como se prueba el oro en el fuego, se deben probar los amigos en los infortunios.

Estima á los amigos que se compadecen de tus males, y mucho más á los que no envidian tus bienes, porque más se debe úno guardar de la envidia de los fingidos amigos, que de las asechanzas de los enemigos.

Si vieres á algúno en necesidad, socórresela, si puedes, ántes que te la manifieste; porque el verbo *pedir* es muy oneroso, y harto tarde da el que aguarda que le pidan.

Busca solamente aquellas riquezas que puedas usar y poseer, porque el dinero, si sabes usar de él, es un criado que te sirve; pero si nó, es un señor que te manda.

Estima el dinero solamente por dos cosas: la úna, para librarte de alguna grande incomodidad; y la ótra, para socorrer las necesidades de tus prójimos; y en las demás, como si no lo tuvieras.

Procura hacer siempre bien á los buenos; porque esto es dar dinero á ganancias.

A ningúno le eches en cara sus miserias; porque la fortuna es comun, y no sabes lo que te sucederá.

Aborrece á los aduladores sin faltar á la caridad; porque son unos falsos engañadores semejantes al cazador que para atraer la caza á sus redes toca dulcemente el reclamo.

Así como el lobo es semejante al perro, del mismo

modo los aduladores son semejantes á los amigos, por lo cual debes guardarte de admitir en tu compañía á estos lobos perniciosos en lugar de perros leales.

Aprecia más á aquél que á cara descubierta te advierte tus yerros, que á aquél que con adulacion te los encubre y apoya tu modo de proceder; porque más vale ser corregido de los buenos, que alabado por la adulacion de los malos.

A tus súbditos no los castigues ni reprendas cuando estén encolerizados, sino aguárdales que se sosieguen, porque entónces aprovecha el remedio.

No te muestres serio cuando se traten asuntos de risa y de diversion, ni risueño cuando se traten asuntos serios; porque todo lo que es fuera de tiempo fastidia.

Si quisieres comunicar con algúno alguna cosa tuya, y tuvieres vergüenza en decirla, cuéntasela como ajena, y así verás su dictámen sin descubrirte á tí mismo; pero mira primero cómo maneja sus negocios, porque si no tiene buen consejo para sí, mal lo tendrá para tí.

Examina primero en el entendimiento las palabras que has de hablar, no hagas como múchos que primero hablan y despues meditan.

A tus inferiores trátalos siempre del mismo modo que quisieras que á tí te tratasen tus superiores.

Tus bienes disfrútalos como temporales, pero cuida de ellos como si fueran eternos.

Ya habrás oido que quien malas mañas ha en la cuna, ó las pierde tarde ó nunca; te lo digo porque ya no me acomodo á escribirte sin refranes: había hecho cuasi propósito de no escribirte más, pero del sabio es mudar parecer, y no hay quien yerre sino el que su parecer quiere, esto es hablando de otras co-

sas; porque entre padres é hijos no se ha de andar reparando en pelilios, sino ir siempre á lo más provechoso y conducente; y así, amado hijo, ya has llegado á la edad de la juventud, y es necesario que pienses en elegir estado sin dilatarlo mucho, porque el tiempo es la cosa más preciosa del mundo, y si lo gastas bobamente llegarás á viejo y te dirán:

De las bajas no cuidé;
las altas de mí, tampoco:
con estas venas de loco
toda mi vida gasté.

No te quiero ni debo hacer fuerza para que elijas éste ó el ótro: elige aquél á que más te inclines, consultándolo con tu conciencia y confesor. Si quieres ser de la Iglesia, haré cuanto esté de mi parte, ménos pretender para tí una buena renta simple para que la comas tal vez sin ser sacerdote, porque no quiero que en toda mi generacion haya semejantes zánganos, ó á lo ménos no quiero tener parte en ello, pues las Iglesias deben estar adornadas con sacerdotes, y nó adornados con Iglesias los semiclérigos; y si llego á ser emperador ó rey, como me lo tienen ofrecido, los he de extinguir y exterminar de mis dominios como inútiles á la Iglesia, al Estado y á la República, sirviendo solamente para comer á dos carrillos á título de simplistas; sobre esto mucho tenía que decir, pero harto digo con callar. Si quieres tomar estado de matrimonio, sé tambien la obligacion que tengo; cuenta siempre conmigo: la eleccion de persona ha de ser á tu gusto y voluntad, pero que no sea demasiado fea, ni demasiado hermosa; porque ni tan fea que espante, ni tan hermosa que mate; que no sea

demasiado vieja ni demasiado moza; porque ni tan vieja que amule, ni tan moza que retoce: no te prendes solamente de la hermosura; porque de lo feo á lo hermoso déme Dios lo provechoso; no le confies los negocios reservados, y mucho ménos si es mala: porque de la buena te guarda, y de la mala no fies nada; y últimamente, para casarte debes tener presente lo que te tengo dicho en mi primera carta, y tomar todas las precauciones de prudencia, porque la mujer es la salud y la calamidad de la casa, y casar y mal dia todo en un dia; y casar, casar, suena bien y sabe mal.

A los legistas, canonistas, escribanos y médicos ámalos como prójimos, pero guárdate cuanto puedas de haberlos menester; porque Dios te libre de párrafo de legista, de infra de canonista, de récipe de médico, y de etcétera de escribano: no te digo absolutamente que en las graves enfermedades no te valgas de los médicos; pero mira que quien á médicos no cata, ó escapa ó Dios le mata; y quien á ellos se ha entregado, un verdugo, y bien pagado.

No faltará quien te diga que estas cartas son falsas, ó parto de otro vientre; pero que digan, que de Dios dijeron; ningúno puede poner puertas al campo, ni atar las lenguas á las gentes, *unusquisque suo sensu abundet*, nada ménos valen, y áun cuando fuera cierto, no habría hecho yo uso nuevo en el mundo, porque no son maestros todos los que son padres.

No puedo ser más largo, porque son las nueve de la noche, y es hora de salir á caza de maldivertidos; manda á tu padre Sancho; pero si á tí ó á tu madre os viniese el pensamiento de enviarme á pedir dinero, desechadlo como una tentacion, pues no os falta lo

preciso; hacéos cargo que para dar y tener seso ha de haber; que dos amigos de una bolsa, el úno canta y el ótro llora; y que entre toma el gallo y daca el gallo, se quedan las plumas en la mano, cuanto más que no lo tengo; si me pusiera á buscarlo no faltaría quien me lo prestára, y áun quien me lo regalára, porque segun me lo dieron á entender algúnos (caciques de esta Insula si no me engaño) cuando vinieron á la ceremonia de bienvenida, podía yo buscar en el momento algunos miles ó millones, pero no me cogerán con este anzuelo mis amigos, porque el que recibe regalos vende la libertad: dádivas quebrantan peñas; cada cabello hace su sombra; y muchas veces curada la llaga queda la cicatriz; á éstos no quiero deberles favor alguno, porque con este pretexto y con el embozo de hombres de bien y de honor, que no pueden engañar, me harán condescender con sus peticiones, abandonar la justicia, hacer el baston de cera, y cometer los mayores absurdos, como suele suceder; porque el dia siguiente es discípulo del pasado, y se necesita con éstos mucha precaucion; porque á múchos debe temer aquél á quien múchos temen, y á muchos gobernadores les hacen dar de hocicos con capa de caridad; pero yo digo que mala es la causa cuando necesita de misericordia; que el docto escarmienta en cabeza ajena, y que el que perdona á los malos perjudica á los buenos. Reflexionad estas cosas, y que los males de la cabeza se extienden á todo el cuerpo; y que ningúno vive tan pobre como nació; que el pobre que quiere imitar al rico, perece; que la fortuna humilde es más segura que la elevada; que el avariento siempre padece necesidades; que el que muere pobre no muere ántes de tiempo, y miéntras vive no tiene aquellos afanes que tie-

ne el rico estando en continua agitacion, y que está libre de ladrones y de envidiosos: teneis pan que comer y casa en que vivir, y estais libres de las demas bataholas del mundo; ninguna otra cosa debeis apetecer si teneis entendimiento, y lo dicho contra esto por no dicho: sé la obligacion que tengo con vosotros, y no la tengo olvidada; con el tiempo madurecen las uvas, y entónces verémos lo que conviene; consoláos con que al pobre le alivia la esperanza; al avariento, las riquezas; y al miserable, la muerte; y que el puerto de las miserias es la paciencia: muchas veces son útiles las necesidades, porque hacen dispertar al ingenio; y si á tí, Sanchico, te sucediere, te libertarás de estar toda tu vida á tutela, porque de lo contrario tengo resuelto mandar en el testamento que en ningun tiempo se te entregue cosa alguna sino por mano de curador, pues si á los chicos se les pone tutor por la Justicia hasta cierta edad, yo no encuentro diferencia entre el chico de poca edad y el grande majadero; y, sobre todo, en mi voluntad nadie manda en este mundo. A Dios, y cuenta con ella.

ÍNDICE.

El melon y el casamiento ha de ser acertamiento. Página 12.
El pequeño yerro al principio, se hace grande al fin. 20.
El pobre que quiere imitar al rico, perece. 27.
El puerto de las miserias es la paciencia. 28.
El que á sí no se alaba, de ruin se muere. 15.
El que da lo que tiene no está obligado á más. 4.
El que está en la aceña muele, y nó el que va y viene. 8.
El que léjos va á casar, va engañado, ó va á engañar. 11.
El que mal pleito tiene á barato lo mete. 16.
El que muere pobre no muere ántes de tiempo. 27.
El que no se aventura no pasa la mar. 8.
El que perdona á los malos, perjudica á los buenos. 27.
El que recibe regalos vende la libertad. 27.
El que va á la bodega, por vez se le cuenta, beba ó no beba. 5.
El saber no ocupa lugar. 7.
El tiempo es la cosa más preciosa del mundo. 25.
El vencido, vencido; y el vencedor, perdido. 9.
El vino, como rey; y el agua, como buey. 10.
En año caro, harnero espeso y cedazo claro. 7.
En casa de mujer rica, ella manda y ella grita. 12.
En casa del ahorcado no se ha de mentar la soga. 9.
En casa del oficial asoma el hambre, mas no osa entrar. 7.
En la boca del discreto lo público es secreto. 16.
En la tierra donde vivieres, haz como vieres. 7.
En meando claro, dos higas para el médico. 11.
En teniendo yo los piés calientes, la cabeza seca, y el culo corriente, no necesito del Protomedicato. 16.

La niña perdió su honor donde habló mal y la respondieron peor. Pág. 4.

La ociosidad es madre de la mala ventura. 8.

La planta muchas veces traspuesta, ni crece ni medra. 5.

La que en Marzo veló, tarde acordó. 8.

La sardina por saltar de la sarten da en las brasas. 20.

La vez de la ensalada, ni la pierdas ni sea aguada. 10.

Lo bien ganado se lo lleva el diablo; y lo mal ganado, á ello y á su amo. 5.

Lo que no fué en tu año, no fué en tu daño. 9.

Lo que se aprende con la leche en los labios, no se olvida con los años. 15.

Lo que se ha de hacer sola una vez, debe premeditarse con mucha reflexion. 18.

Los males de la cabeza se extienden á todo el cuerpo. 27.

Los perros de Zurita, cuando no tienen á quién, únos á ótros se muerden. 21.

Llover en casa, y caer á cuestas. 21.

Mala es la causa cuando necesita de misericordia. 27.

Manda y descuida; no se hará cosa ninguna. 6.

Marta la piadosa, que mascaba el vino á los dolientes. 20.

Más cerca está de la carne la camisa, que el jubon. 11.

Más quiero asno que me lleve, que caballo que me derrueque. 16.

Más vale á quien Dios ayuda, que á quien cedo madruga. 5.

Más vale mal ajuste, que buena sentencia. 9.

Más vale ser cabeza de raton que cola de leon. 17.

Más ven cuatro ojos que dos. 14.

Mejor es lamiendo, que mordiendo. 20.

Miel en la boca, y guarde la bolsa. Pág. 11.
Muchas veces curada la llaga queda la cicatriz. 27.
Muchas veces, do cazar pensamos, cazados quedamos. 14.
Muchas veces el que escarba lo que no quiere halla. 4.
Muchas veces lleva el hombre á su casa con que llore. 5.
Muchos ajos en un mortero, mal los maja un majadero. 10.
Nadar, nadar, y morir á la orilla. 16.
Natural y figura, hasta la sepultura. 16.
Necios y porfiados hacen ricos á los letrados. 9.
Ni alabes ni desalabes hasta siete navidades. 14.
Ni de las flores de Marzo, ni de la mujer sin empacho. 12.
Ni en burlas ni en véras con tu amo no partas peras. 4.
Ni rey ni roque. 21.
Ni tan fea que espante, ni tan hermosa que mate. 25.
Ni tan vieja que amule, ni tan moza que retoce. 26.
Ni tu pan en tortas, ni tu vino en botas. 6.
Ninguna vela alumbra hasta que la ponen en el candelero y la encienden. 21.
Ningúno puede poner puertas al campo. 26.
Ningúno tiene más honra que la que le quieren dar. 21.
Ningúno vive tan pobre como nació. 27.
No en los años están todos los engaños. 13.
No es caballero el que nace, sino el que sabe serlo. 19.
No es cordura llevar las cosas por rigor. 20.
No está la carne en el garabato por falta de gato. 4.
No haber hecho uso nuevo en el mundo. 26.
No hay cosa tan mala que para algo no sirva. 4.
No hay quien yerre sino el que su parecer quiere. 24.

Quien con lobos anda, á aullar se enseña. Pág. 5.
Quien de lo ajeno se viste, en la calle le desnudan. 7.
Quien desparte lleva la peor parte. 9.
Quien destaja no baraja. 9.
Quien echa agua en la garrafa de golpe, más derrama que ella coge. 8.
Quien el sábado va á la aceña, el domingo tiene mala huelga. 8.
Quien espera en la esfera muere en la rueda. 4.
Quien las cosas mucho apura no tiene la vida segura. 9.
Quien malas mañas ha en la cuna, ó las pierde tarde ó nunca. 24.
Quien muchas romerías anda, tarde ó nunca se santifica. 14.
Quien mucho abarca, poco aprieta. 15.
Quien no cree en buena madre, creerá en mala madrastra. 6.
Quien no trae soga, de sed se ahoga. 9.
Quien quisiere ser mucho tiempo viejo, comiéncelo presto. 10.
Quien se viste de mal paño, dos veces se viste al año. 7.
Quien solo se come su gallo, solo ensilla su caballo. 10.
Quien tiene arte va por toda parte. 7.
Quien tuviere hijo varon no llame á ótro ladron. 9.
Reniega del amigo que cubre con las alas, y muerde con el pico. 5.
Romería de cerca, mucho vino y poca cera. 14.
Sacarse un ojo por sacar á ótro los dos. 21.
Si el niño llora, acállelo su madre; y si no le quiere acallar, déjelo llorar. 10.

RESPUESTAS

DE SANCHICO PANZA,

Á DOS CARTAS

QUE LE REMITIÓ SU PADRE DESDE LA ÍNSULA BARATARIA; QUE CONSTA POR TRADICION SE CUSTODIARON EN EL ARCHIVO DE LA ACADEMIA ARGAMASILLESCA.

PRIMERA QUE PUBLICA

EN HONOR DE LA VERDAD, Y DE LA FAMA, Y FAMILIA DE LOS PANZAS

RAMON ALEXO DE ZIDRA.

ALCALÁ.
EN LA OFICINA DE D. ISIDRO LOPEZ.

AÑO DE 1791.

Se hallará en Madrid en la librería de Arribas, Carrera de San Gerónimo.

MANDIL DE LA CARTA PRIMERA

CON ÍNFULAS DE PRÓLOGO; Y ADEMÁS MONÓLOGO, SIN ASUNTO ESPECIAL, POR LO COMUN QUE ES ENTRE LITERATOS, AUNQUE LE CRITIQUEN DE INVEROSÍMIL.

El diablo son los sastres, que en cuanto se les trasluce una nueva moda han de procurar seguirla, dejar la otra invencion, y abrazar la descubierta, porque así conviene para que cunda su oficio. ¿Pues qué diré de los sastres literatos? Me diera de calabazadas, porque no quisiera descubrir que lo soy por lo que vale el Pipiripao..... Pero alto aquí, por vida de mi miedo, que cada hijo de vecino tiene sus hechos por padrino, y el sastre es tan honrado como cualquier magistrado, y tan bueno un tonto escritor como el más sabio doctor, y el vulgo no repara en quien es majadero, sino en quien tiene dinero, conque para le ganar forzoso es trabajar, y quien quiera sacar beneficio, acomódese con su oficio, y no busque en los ajénos los que son malos y parecen buenos, que el que bien quiera vivir su inclinacion ha de seguir..... Pero ¿qué he dicho hasta ahora? Nada á lo que entiendo..... ¡Sobre que se me ha trabucado el juicio! Voy á recobrarle.

Y ¿por qué estoy tan loco? Ahí es el diablo, si yo, pobre de mí, sastre literato, no acabase de ver un papel de moda, cuya invencion he de seguir con precision, pena de dejar el oficio por no poder cultivarle. Y bien, paciencia, apechugar con la moda, y vamos á ello.....

Mas pongámonos en la razon, y no gastemos la pólvora en salvas. ¿Cómo he de imitar esta nueva moda que tanto me ha sacado de mis casillas? ¿Cómo? Muy fácilmente. Veamos qué es ello. *Instrucciones económicas y políticas*, etc. ¡Jesus! ¡A propósito, fray Jarro! Vive la erudicion, que soy el hombre más feliz de la tierra. Pues ¿no viene como de perillas el papel que hace dos años me remitió el tio cura de la Mancha, y que yo me guardé con más devocion que reliquia de mártir? ¡Cabalitamente! Vea V. lo que son las cosas: bien dicen que, guarda, aunque mohoso, todo lo que pueda ser provechoso; y lo que sea bueno métele en tu seno, y aunque sea mediano recíbelo en tu mano, que algun dia no te será vano. Voy corriendo á sacarle más contento que titiritero en víspera de pascua.....

Pero ¡válgame San Cosme! señor lector: ¿habrá usted tenido paciencia para leer tanto desatino? ¿Cómo es posible? Y lo malo es que, por lo dicho hasta ahora, ¿inferirá V. que es supuesta é inventada por mí la Carta de Sanchico? Pues nó, señor. Hablemos claros. Este prólogo le había escrito para otro papel de moda, y para usar del privilegio de sastre he querido

aprovecharle aquí sin venir á pelo. Así que délo usted por no leido, y para cerciorarse de la verdad pase la vista á la siguiente

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

Hace dos años, poco más ó ménos, que cierto clérigo mi pariente, vecino de un lugar de la Mancha, informado de la suma complacencia con que yo leía la vida y hechos del Ingenioso Hidalgo su paisano, me prometió inquirir el paradero de algunos manuscritos antiguos que acerca de esta verdadera historia se conservaban en aquella provincia. Y en efecto, á pocos dias siguientes, cumpliendo con su oferta, me remitió por el correo úno viejo bastante maltratado, con una esquela cuyo contenido es este:

«Como vine á esta villa con el encargo de buscar»te algunos papeles concernientes á la verdadera his»toria del Quijote, de que tenía noticia, he hecho vi»vas diligencias para indagar qué sujetos les conser»vaban, y solicitar me les confiasen. He conseguido »á costa de muy poco favor hacerme con el adjunto »manuscrito; y creo que su contenido te gustará, no »ménos que á todos los aficionados á dicha historia, »aunque no tengas el antecedente, porque el que te »acompaño es respuesta de Sanchico Panza á su pa-

»dre. que parece le escribió desde la Ínsula, dándole »algunos consejos. Varias personas aseguran por »tradicion que este papel se halló en poder de Sancho »despues de muerto su amo; que se colocó entre las »memorias del archivo de la celebrada Academia de »la Argamasilla, y que con motivo de su extincion, »unos papeles se repartieron á sujetos curiosos é in»teresados, ótros se perdieron, y cada cual tuvo di»verso destino. Ningun documento auténtico he visto »que lo confirme; pero debo dar crédito al dicho de »tantos hombres distinguidos que me han asegurado »la extincion de la Academia, mediante la cual es »muy verosímil el extravío de papeles; y que los per»tenecientes al Quijote se hallaron en aquélla, se de»duce de su misma historia. No omitiré diligencia en »busca de la Carta de Sancho, y si la encuentro, in»continenti te haré dueño de ella, etc.»

Indecible fué mi gozo, señor lector, al verme poseedor de tal prenda, é inexplicable al mismo tiempo mi desconsuelo cuando advertí que podría serme inútil, no teniendo la Carta de Sancho, tan precisa para la inteligencia de su respuesta. Insté á mi pariente repetidas veces para que indagase el paradero de sus conocidos; pero no habiendo dado en el de aquélla, me contenté con otra respuesta del mismo Sanchico á segunda carta que debió escribirle su padre consecutivamente. Estaba privado de poder dar á luz úna ni ótra, aunque conocía en ambas alguna moralidad y el estilo sencillo que las hace más vero-

símiles, por faltarme las principales; y lo que hice fué custodiarlas con el mayor cuidado.

Casualmente vino á mis manos, poco tiempo hace, un papel impreso con el título de *Instrucciones de Sancho Panza á su hijo, en dos cartas que le dirigió desde la Ínsula.* Leílas, y noté en ellas algunos defectos que hacen dudar de su legitimidad, porque ni Sancho supo latin, ni desterró al Dr. Pedro Recio, como supone, ni tuvo noticia del pronóstico de los termómetros, ni supo qué es pasearse por el campo de las ciencias, qué es vulgo literato, ni qué es método, crítica, colocacion, etc., con otras impropiedades que al ménos instruido del carácter de Sancho no pueden ocultarse. Pero no por eso desprecié absolutamente el papel por apócrifo, mediante á que pudo muy bien el Secretario, como fué paje en la Corte, añadir estas retahilas, ó el editor que le publica (prescindiendo de su certeza) inventarle á su modo, si acaso tuvo noticia de que Sancho escribió efectivamente á su hijo las dos Cartas, que en esto no hay que dudar.

De cualquier modo que sea, señor lector, pues usted tiene noticia de las Cartas de Sancho, ciertas ó supuestas, yo cumplo con ofrecerle gustoso las respuestas de su hijo, copiadas fielmente del original, á excepcion de una hoja que echará V. ménos, y se ha extraviado, con algunas palabras que no habiéndose podido entender por estar borradas y manchadas, he aumentado yo para componer una oracion perfecta,

y distingo con letra bastardilla. Con esto creo no dudará V. de su certeza, porque para desvanecer el reparo que pueda presentar la corta edad de Sanchico, es bastante la historia por donde consta tenía quince años al tiempo de la tercera salida de D. Quijote: y el editor que la da á luz aún no los ha cumplido, y puede manifestar escritos suyos de otra naturaleza para clarificar la verosimilitud de éste.

Padre y señor mio de mi alma: Me alegraré que estas cuatro letras mal formadas le hallen á su merced con la cabal salud que yo para mí deseo; que siendo asin no tendrá V. penas, y sin penas, todas las cosas son buenas; porque los cuidados que no son propios no deben ser llorados; y los del vecino, sentirlos con taza de vino, porque no se diga que del mal del asno se queja la hormiga. Digo esto, porque no se afane usted tanto con su gobierno que se deslome, ni tome á pechos las cosas de sus insulanos, y allá ellos se las campaneen, no sea que despues que reciban el beneficio paguen con un maleficio; porque á cordero extraño no agasajes en tu rebaño, y de hombre que no has tratado no jures que es honrado, que al mejor tiempo te puede dejar colgado. Todo esto bien lo sabe usted ya, y de más á más se lo envía á decir mi madre, para que mire V. por sí, que aunque sea gobernador, no por eso ha de fatigarse tanto que se mate; porque el trabajar y el comer, su medio ha de tener; y el juez prudente, en cuidarse ha de ser diligente; que si se muere, en un mes luégo irán las cosas al reves; y si lo que hoy se hace mañana se deshace, ningun beneficio nace. Quiero decir, que si tal gobierna usted ahora que dentro de un mes se tenga que morir por afanoso, y entra otro alcalde, como en este lugar sucede cada año, que descompone lo que V. compuso, nada adelantará V. con todo (1) *su desvelo;* que si-

(1) Aquí entran algunas letras borradas.

quiera fuera V. gobernador hasta el fin del mundo, y no se hubiese de morir y dejarlo para ótro, ya estaba bien que V. trabajase: pero, nó señor, que en este mundo loco únos duran mucho, y ótros, poco: y tarde que temprano, enfermo ó sano, hemos de caer en invierno ó en verano. Conque así váyase V. despacito y con tiento, y hará dos cosas á un tiempo; porque si gobernando ha de vivir V. un año, y cavando ó guardando cabras, otros tres más, más valiera que V. cavase que nó gobernase; porque al fin la vida, de tódos es apetecida, y mejor es vivir entre mantas, que nó morir entre holanda. Todo esto lo dice mi madre, que no lo digo yo; y dice tambien que no se dé V. en tener muchos amigos: porque con pretexto de amistad múchos hacen falsedad; y hasta que úno se muere no se conoce quién bien le quiere: y más á un gobernador, nó que algun alcalde de monterilla, que si á éstos quieren tan mal las gentes del lugar que ya sabe usted lo que hicieron en tiempo de márras con el tio Farruco cuando tuvo la vara, ¿qué será V. que cualque gobernador ó ínsulo mandará más que un emperrador (1), y irá á concejo más serio que espantajo de melonar, y con una vara más alta que de picar bueyes?

El que sea V. gobernador, ya sabe mi madre que lo debe al buen corazon del Sr. D. Quijote, que Dios le dé tanta gloria como merece, y ya le encomendamos á Dios en nuestras cortas oraciones; porque sepa V. que no somos como aquéllos que en cuanto reciben el galardon no se acuerdan de lo que fue-

---

(1) Con dos *rr* está escrito, señor lector. No lo extrañe V., que sería otra ortografía en aquel tiempo.

ron por lo que son; y ya sabemos que el agradecimiento trae segundo merecimiento, y que el que es agradecido demuestra ser bien nacido, y el que no agradece, tarde ó temprano perece por no tener grato al que le favorece: además, que así olvidarémos al Sr. D. Quijote como al Padre nuestro de cada dia, y más yo que tengo entre dientes que he de ser gobernador como V. de otra insulilla por ahí, sirviéndole ántes de escudero, si mi tio el abad no me hace de la iglesia, como ya sabe V. que lo ha ofrecido.

Padre: sabrá V. que estaba mi madre á la puerta de la calle, sentada en conversacion con la tia Patagorda y la tia *Esculapia* (1), cuando dijon que venía una carta de mí para V. (2), porque quiero que sepa su merced, que así lo dice mi madre, que desque tuvo la otra carta de mi señora la Duquesa, en que supo lo del gobierno de V., no ha querido volver á tomar la rueca, á pesar de todo el barrio, porque dice, y dice bien, que la mujer del que gobierna no ha de hacer más que tender la pierna, porque ó no ha de ser gobernadora, ó hase de llamar señora, que para eso lo ha ganado V. por sus puños, y lo que se adquiere con el sudor razon es que luzca, porque de nada sirve lo ganado si no está bien empleado; y más dice su merced, que está aguardando por momentos el coche que la ofreció en la carta que la trujon con el vestido verde, porque no se olvida de que V. la dijo

(1) Aunque este término está medio borrado, se conoce que podía decir así.

(2) Esta es una errata, señor lector, sin duda del amanuense, porque venir al lugar una carta de Sanchico que estaba en él, para Sancho Panza que estaba en la ínsula, parece que no pudo ser, ó juzgue V. lo que quiera.

que todo lo demás es andar á gatas; y yo digo más, que tambien me quiero ir con su merced, ó no me he de llamar Sanchico Panza el hijo del muy noble gobernador D. Sancho Panza, como dice el bachiller Sanson Carrasco que se llama su merced; porque si mi padre es rico, yo no he de callar mi pico; que bien sé que en el mundo se respeta sólo al que tiene pesetas, conque teniéndolas V. las tengo yo, ó no será cierto el refran que dice: ¿de quién es tu hacienda, sino del hijo que te hereda? Y, si á tus hijos no das, ¿para mí qué guardarás? Aunque no se me olvida el ótro que dice: el padre bueno á sus hijos pondrá freno.

Pues ha de saber V. que incontinente que trujo la carta el sacristan, todas las vecinas se quedaron lelas, creyendo que vendría dentro otra sarta de corales como los de márras, ó alguna ungarina ó sayo verde para mí, que no parece sino que yo no soy hijo de Dios en traerme cosas, que para madre, corales, para hermana, vestido, y para mí, ni un mal andrajo: pues á fe que tan bueno soy yo para que se me *prefiera* (1); y en esto de á hijos dar, en quién es bueno ó malo no se ha de reparar; ni quien buen padre quiera ser, á úno más que á ótro ha de querer; que el padre que ha de hacerse respetar, á ningun hijo ha de mimar; porque si á úno halaga y á ótro deja, la envidia tira de la oreja; y yo veo que es verdad, porque hago saber á V. que cuando mi madre desgobernaba el vestido para la Mari-Sancha, me vinieron tentaciones de quitárgele de las manos y ponérmele yo, que soy tan hijo de gobernador como ella, y tan-

(1) Es regular que diga *prefiera*, porque cae bien; si nó, tenga usted esta expresion por una de las añadidas.

to mejor puedo yo ser conde que ella condesa; conque asin vea V. cómo me viste de seda y me engalana lo mejor que pueda, porque si nó le protiesto (1) á usted que venga en mengua y deshonor suyo, porque las gentes preguntarán precisamente: ¿quién es aquél de los botines y las alpargatas? Responderán: el hijo del gobernador tal; y dirán: ¿será buen gobernador quien tiene á su hijo cavador? porque por el traje se conoce el personaje, y segun la ropa, tal es el que la viste, porque los pobres se distinguen de los ricos, y los nobles, de los plebeyos, en la ropa y el escudo abierto; conque es claro que de no parecer yo hijo de quien soy, á V. le tendrán por ménos de lo que es, y estas gentes no creerán en jamás lo del gobierno, que así lo han creido hasta ahora como poner un dedo en las nubes.

En fin, como llevo dicho, vino el Sacristan con la carta, porque tambien quiero que sepa su merced que desque es gobernador, el señor Cura y maese Nicolas el barbero, el Sacristan y el Bachiller no dejan de venir á cada paso á saber noticias de V.; porque cuando estés empleado tendrán por tí cuidado, y preguntarán si estás bien hallado; pero nó en tu casa pobre, porque los cuidados sólo van al cobre, y ahora que puedo ser provechoso, el mundo me es obsequioso; y cuando puedo dar, tódos se emplean en me obsequiar, que no hay más que estar en puesto subido para tener á úno por bien nacido y de linaje esclarecido; nó sino sé toda tu vida un destripaterrones, y siempre lle-

---

(1) Aunque aquí sobra una *i*, no he querido omitirla, porque soy escrupuloso, y quiero que en todo concuerde este traslado con el original.

varás rotos los calzones, y aunque te caigas muerto, naide se acordará de tí más que si no fueras hijo de Adan y Eva. Todo esto lo digo para que sepa V. que estamos contentos, y damos gracias á Dios por su gobierno, que desgobernados tenga yo los huesos si no pensase en ser más que otro tanto, y ya me voy enfadando hasta con el vestido que traigo á cuestas.

En resumidas cuentas, se abrió la carta, y ella tanto abultaba, que me dió espina de que sería para mí el collar de granates, pero no suele el hombre acertar en lo que le puede aprovechar, ni nunca que se piensa algo bueno sale cumplido el deseo; porque de que asomó un papelon más largo que la cuaresma, sin más que papeles y hojas y más hojas, se me cayeron las telas del corazon, y ya no atinaba qué fuese aquello que tanta bulla metía, aunque luégo se me vino á la memoria que será costumbre de gobernadores regalar á sus hijos papelotes, consejos y más consejos, y refranes y más refranes, que no parece sino que ha tenido V. un costal á la mano y ha ido sacando, como si con los consejos llenára úno la barriga: pues, nó señor, que nada sirve que yo me aproveche de los refranes si V. no me viste mejor que cura; porque ya he dicho que por el vestido se saca quién es bien nacido; y aunque seas señor, si no lo pareces, lo mismo que si no lo fueses; y son buenas las lecciones para despues de tener doblones; qué hombre pobre, aunque bien aconsejado, siempre vive mal tratado; porque el oro hace parecer cristiano al moro; al zapatero, caballero; al labrador, señor (1); *al pícaro, hombre de bien; al necio, discreto*, con

(1) Aquí entra lo roto, y sigue *con otras cosas.*

otras cosas que tengo en el pico de la lengua y no se me olvidarán aunque viviera más años que Matusalen.

Así que dice mi madre que vea V. lo que resuelve en cuanto á lo de ir su merced á la Córte, y yo digo tambien en cuanto á lo de ir á su ínsula; y entre tanto le remite á V. mi madre otra cáfila de refranes en lugar de los que á mí me envía, para que se porte bien en su gobierno.

Dice: que no se sofoque V. por cobrar cohechos ni derechos, ni por hacerse rico en un periquete, que dias y ollas lo harán, porque el que recibe cohecho no goza libertad, y el codicioso no puede tener reposo, y el acaudalado nunca vive sosegado.

Que ande V. á derechas con su vara y mida la justicia por partes iguales, dando al pobre lo que es suyo, y quitando al rico lo que tenga *usurpado* (1) al pobre, despreciando al que quiera comprar á fuerza de dinero la razon, porque no administrará justicia quien por interes se envicia, ni el juez apasionado puede ser justificado.

Que no esté V. muy seguro con su suerte, ni tenga confianza de que ha de ser siempre gobernador, que tal vez puede que tenga que volver á tomar la azada; porque no hay casa con tan buen cimiento, que no esté expuesta á hundimiento; y en esta vida desdichada nadie tiene la felicidad asegurada, porque en el mundo nada es duradero, y múchos desde alto caen al despeñadero; conque, por si acaso, no viva usted seguro, que si llega á suceder, no hay más pesado dolor que venir á ser pobre despues de señor;

(1) Esta palabra, señor lector, salió por mi boca, y nó por la de Sanchico.

además que la fortuna es una señora que tan pronto viene como se va, y tan pronto ayuda á úno como le deja; con que es cierto el refran que dice: la fortuna buena es úna; y la mala, sin cuento.

Que nunca reciba V. ningun regalo de ningun pleiteante, ni por ceremonia, que ya se sabe por qué lo hace: y de todos modos, cuesta caro que el juez reciba ningun dón, porque al juez que es regalado llámasele apasionado, y si es sabido, nunca queda lucido; además que ninguna cosa es buena si con pecar se granjea.

Que nunca hable V. confiado de que tódos le quieren y respetan, que nadie sabe lo que tendrán escondido; porque hay hombres tales, que son traidores y parecen leales; y no es nada prudente quien habla confiado de su adherente; y el desconfiar quiere tambien su arreglo, porque no ha de ser no fiarse de nadie, que tambien hay hombres honrados así como los hay malvados, pero de éstos son más los hallados.

Que vea V. cómo es igual siempre en el medir de la justicia, porque nunca se tuerza á un lado ni á ótro, ni nunca se mengüe, que con eso sacará usted mentiroso el refran que dice: que no hay balanza tan recta que algun tiempo no se tuerza; y, sobre todo, hacer justicia y derecho en todo tiempo es bien hecho; y el tener un pueblo bien gobernado, más que nada debe ser alabado.

Que no sea V. tirano para con los pobres, y que les dé todas las limosnas que pueda; pues ya sabe usted que no hay de qué más paga cobres que de dar limosna á pobres, y que no hay cosa más aceta á los ojos de Dios que todo lo está mirando; y quien hoy no socorre, mañana no será socorrido; y las obras de caridad dicen quién es hombre de bondad.

Que no se enfade V. por cosas que las lleva el viento; y si le hacen algun entuerto, no sea soberbio para vengarse, porque es obra de misericordia perdonar las injurias, como V. me decía á mí; y como ningúno que hoy bien goza se acuerda de su antigua pobre choza, presumiendo que usó siempre carroza, cree que V. no se acordará de lo de antaño, y por lo mismo se lo dice mi madre, que el que de la ira se deja vencer se expone á perder.

Que si castiga V. á algúno, no sea por odio ni por venganza, sino porque sea justo para escarmentarle; porque el que hace justicia ha de perder toda malicia, y el resentimiento no trae ningun contento; y el que se venga ninguna seguridad tenga, que si yo te dí y tú me das, á la tercera te acordarás; y la prudencia es madre de la ciencia; y el hombre sufrido libre está de verse perdido.

Que para que tódos vivan bien, viva V. bien; porque los piés han de ir donde la cabeza, y si ésta va mal, los piés irán peor; además, que si V. reprende el vicio que V. tiene, hallará poca enmienda; y no corrijas á tu vecino el mal que por tí le vino; ni quieras reprender lo que en tí echan de ver; porque si el alcalde no es ejemplar, ¿quién le ha de respetar?

Que ántes de hacer una cosa la considere V. bien, para no echarla á perder; porque lo bien reflexionado nunca sale errado; y despues de hecha la cosa mal, por más que se enmiende, siempre será *defectuosa* (1); y que se aconseje V. ántes de hacerla muy á su sabor, porque el juez que mal se informa, nunca

---

(1) Un terminillo añadido.

bien pronuncia; y el que una vez llegó á errar creen que no volverá á acertar.

NOTA.

Aquí, señor lector, falta, segun los fólios, una hoja de este curioso papel, y se conoce que alguna mano cruel la arrancó hace poco tiempo con toda inhumanidad. Disimúleme V., señor lector, que no le explique el sentimiento y dolor acerbo que me causó esta falta, porque no hallaré palabras con qué encarecerle. Yo emplearé todo mi esmero en ver si la encuentro; que puede ser verosímil, aunque sea ocupada por tapon de redoma de boticario, que como yo la pueda echar el ojo, nada se me da que se haya empleado en la limpiedumbre de las asentaderas del más bellaco, que del lugar más inmundo la sacaré yo, á pesar y despecho de los malandrines que tuvieron la osadía de rasgarla. Entre tanto, señor lector, reciba V. lo restante, que, copiado con toda fidelidad, dice así, ni más ni ménos:

No trate V. (1) con despego á sus insulanos, mostrándose grave ni serio, ántes al contrario, que siempre les mire V. con la cara alegre y risueña; porque el juez de trato suave digno es de que se le alabe; que hasta el castigar quiere prudencia; y alcalde cruel, nadie dice bien de él; que el juez tanto necesita ser marcial como el dar justicia á cada cual; que así se granjean las voluntades y el amor, y siempre será usted bienquisto.

---

(1) La hoja siguiente á la extraida principia: *con despego.* Vea el señor lector si está bien añadido: *No trate V.*

No quiere mi madre cansarle á V. más por ahora; que si quisiera darle más consejos, tela había urdida para un año. Pero, nó señor, que dice su merced que el mucho aconsejar tampoco suele agradar; y las cosas agradan en buen medio, y fastidian con exceso.

Sabrá V. que tengo que enviar á decir las noticias que ocurren; porque el ausente siempre quiere que le cuenten. Pues ha de saber V. que se ha muerto la tia Blasa, la mujer de Tomé Cecial, nuestro compadre, aquél que tiempos atras diz que se encontró con usted corriendo las aventuras con el bachiller Sanson Carrasco, y habló con V. cosas más que buenas, que se reían las gentes cuando las contaba; y el tio Tomé, si viera V., lloraba como un niño, porque no hay mayor pena que perder una mujer buena; y vinieron al entierro el tio Peranzules, la tia Miaja con el tio Gallego, y la tia Dormilona que traía á su hija la Frazquita de la mano, y detras iba el tio Geromo con su mujer la tia Gaitera, que estuvo casada con el tio Tamborilero de este lugar, y hacía aquellos arrumacos en la boda del mal Pintor con la Berrueca; y tambien venía el tio Pastor con la Mayorala, y el tio Silvestre, el de las alpargatas, aquél que cuando corrieron la vaca enmaromada se cayó un zarpazo, y la vaca le estuvo oliendo, que le decían las gentes que le decía al oido alguna cosa ó cualquier recado para que no la matára el cortador aquella tarde; y otras tantas gentes, múchas que no se me pudieron quedar en la chola, y los hombres iban con sombreros, y el pelo por peinar; y las mujeres mojigatas tódas con manto negro, llorando á lágrima viva, decían: la buena Blasa, Dios la tenga en el cielo, era una santa, una bendita mujer, cual quieran capuchinos, la humildad del mundo; vaya que dicen bien, que lo

bueno Dios lo lleva, y lo malo acá se queda: con otras cosas que harían llorar á los guijarros, cuanto más á mí que necesito poco para dejarlo caer. Pues ha de saber V. que parece que Satanas lo dispuso de la manera que dempues que se enterró á la buena tia Blasa, y la magullaron los sesos á patadas, yo creí que estuviesen llorando sin cesar de llorar todo el dia, cuando á cosa de las doce, cátate que el entierro se volvió bodorrio, cuasi cuasi, segun las trazas, porque una comida, que ni cuando se casó la Gorita con el Maragato la hubo mejor; y los convidados ya al tio Tomé le hacían comer por fuerza, haciéndole reir; y ya, por último, dijo que no sentía la muerte de la tia Blasa, sino que ésta era buena, y que dónde encontraría ótra. . . . .

Pero es lo malo, señor lector, que la hambre canina de los tiempos tal se ha comido los cuatro renglones que siguen, que no les conocerá la madre que les parió, y sólo se entiende el siguiente final:

Reciba V. sus encomiendas del Cura, del Barbero, del Sacristan, de la tia Olalla, de la Pocha, de la Paca, de la Margarita, y de todos los demás que bien quiere y desea; y muchos recados de mi madre y mios á medida de su deseo. Y mande V. á su hijo, que cuidado con lo de la ida á la ínsula y lo del vestido guapo.

SANCHICO PANZA,
hijo del gobernador
DON SANCHO PANZA.

ÍNDICE

DE LOS REFRANES QUE CONTIENE ESTE VERDADERO PAPEL, Y QUE HA QUERIDO ENTRESACAR SU EDITOR, POR NO TENERSE POR MÉNOS QUE EL DEL ÓTRO DE CUYA CERTEZA SE DUDA.

TEATRO ESPAÑOL

BURLESCO.

TEATRO ESPAÑOL

BURLESCO,

Ó

QUIJOTE DE LOS TEATROS,

POR EL MAESTRO

CRISPIN CARAMILLO.

CUM NOTIS VARIORUM.

¿Risum teneatis, amici?
HORAT. POET.

MADRID.
IMPRENTA DE VILLALPANDO.
1802.

Á LA EXCMA. SRA. D.ª MARÍA JOSEFA ALFONSO PIMENTEL,

TELLEZ GIRON, DIEGO LOPEZ DE ZÚÑIGA, SOTOMAYOR, BORJA, PONCE DE LEON, CARROZ Y CENTELLEZ, BENAVIDES, MENDOZA, FERNANDEZ DE VELASCO, HERRERA, ENRIQUEZ DE GUZMAN, VIGIL DE QUIÑONES, ENRIQUEZ DE CABRERA, CLAROS, PEREZ DE GUZMAN EL BUENO, MAZA LADRON DE LIZANA CARROZ Y ARBOREA; CONDESA-DUQUESA DE BENAVENTE; DUQUESA DE BÉJAR, DE GANDÍA, DE ARCOS, DE PLASENCIA, DE MONTEAGUDO, Y DE MANDAS; CONDESA DE MAYORGA, DE BELALCÁZAR, DE OLIVA, DE BAILÉN, DE CASARES, DE OSILO, Y DE COGUINAS; MARQUESA DE LOMBAY, DE JAVALQUINTO, DE ZAHARA, DE MARGUINI, Y DE TERRANOVA, PRINCESA DE ESQUILACE Y DE ANGLONA; SEÑORA DE LAS VILLAS Y ESTADOS DE LA PUEBLA DE ALCOCER, GIBRALEON, BURGUILLOS, CAPILLA, CURIEL Y BAÑARES, CON LAS DEMAS DE SUS PARTIDOS; DE LA CASA Y VILLA DE VILLAGARCÍA; DE LAS DE MARCHENA, ROTA Y CHIPIONA; DE LAS CUATRO DE LA SERRANÍA DE VILLALUENGA; Y DE LAS ENCONTRADAS DE CURADORIA SIHURGUS, BARBARGIA OLOLAI, BARBARGIA SEHULO, Y VILLA DE SICCI EN EL REINO DE CERDEÑA; PRIMERA VOZ DEL ESTAMENTO Ó BRAZO MILITAR EN EL MISMO; DUEÑO POR JURO DE HEREDAD DE LOS OFICIOS DE JUSTICIA MAYOR DE CASTILLA; ALCALDE MAYOR DE LA CIUDAD DE SEVILLA, ALCAIDE PERPETUO DE LA REAL FORTALEZA DE SORIA; Y REGIDOR PREEMINENTE PERPETUO DE LA VILLA DE LINARES; GRANDE DE ESPAÑA DE PRIMERA CLASE; DAMA NOBLE DE LA REAL ÓRDEN DE LA REINA MARÍA LUISA, ETC.

SEÑORA:

Como V. E. se ha propuesto seguir las gloriosas huellas de sus mayores, que al paso que con sus armas y consejo han sido siempre el más firme apoyo de la monarquía, se han declarado en todos tiempos por Mecenas generosos de los sabios de nuestra nacion, no dudo se dignará admitir bajo su alta proteccion la presente obra

póstuma de uno de los sabios que en estos últimos tiempos han trabajado con más esmero en la ilustracion de la patria. El teatro, como cosa que tanto influye en la ilustracion y costumbres del pueblo, fué uno de los objetos que merecieron la mayor atencion á Trigueros; y no contento con los varios dramas originales, y ótros corregidos de Lope de Vega, con que intentó su reforma, escribió la adjunta obra con el título de Teatro Español burlesco, ó Quijote de los Teatros, *en la que, por medio del ridículo, se rectifican las erradas opiniones del vulgo acerca de la dramática. Esta es la obra que me tomo la libertad de ofrecer á los piés de V. E., esperando la admita con su acostumbrada benignidad, con lo que logrará este escrito un nuevo esplendor, y yo la honra de dar un testimonio público de mi más profundo respeto.*

EXCMA. SEÑORA.

B. L. P. de V. E.

Su mayor apasionado

Manuel Salcedo.

DEDICATORIA

Á LOS COMEDIANTES DE UNO Y OTRO SEXO,

Y SUS FAUTORES Y APASIONADOS, ETC. ETC.

Mi buena fortuna, la ignorancia del *Maestro Crispin*, y mi esmero en que no le lean esta dedicatoria, me proporcionan la mejor ocasion de hacer á ustedes una súplica, que no podría quizá hacer en otras circunstancias.

Ustedes son á quien principalmente debemos los españoles la opinion que en toda Europa tenemos de ser cuasi bárbaros en la erudicion dramática: son ustedes las firmes columnas sobre que se sostiene la vulgaridad, y quizá los únicos que la componen. ¿Quién sino ustedes posee aquella poderosa magia que hace que los malos dramas parezcan excelentes á la multitud, y que los buenos y arreglados parezcan frios y desagradables? Poderosos dispensadores del aplauso público, dominan ustedes sobre nuestros ingenios con no menor ignorancia que los déspotas del Oriente sobre sus esclavos. Los Lopes, los Miradescuas, los Calderones, los Moretos, los Rójas y tantos otros talentos divinos como ha producido y produce incesantemente nuestro fertilísimo climá, á ustedes y nó á ótros han debido el haber hecho unas obras que, siendo la más extraña mezcla de maldad

y bondad, se parecen á únos y á ótros. ¿Quién sino ustedes hizo que las hermosas flores de sus expresiones y el precioso oro de sus pensamientos sublimes solamente se encuentre revuelto con la broza de los despropósitos y el inmundo estercolero de los vicios? Ustedes, en una palabra, tienen el alto honor de ser los corruptores de la misma multitud nacional, que estan destinados á ilustrar: vician el lenguaje, desordenan el estilo, enriquecen los ignorantes, oscurecen los grandes talentos, perturban la esencia de las obras, corrompen las comedias, y tienen, por fin, el arte de hacer que los que no reflexionan, atribuyan á la Nacion los vicios y las ignorancias que, ó nadie sino ustedes tiene, ó en ustedes solos toman su vigor y su fomento.

Unas prendas tan admirables como poco dignas de envidia cesarían de repente, y se convertirían en las contrarias, si pudiese llegar el feliz dia que se corriesen ustedes y tuviesen vergüenza de haber dado motivos continuados por dos siglos, para que hoy se les digan en público estas claridades. Procurarían ustedes instruirse; conocerían que miéntras no se instruyan, nada saben sino algunas gracias que sería mejor que las ignoráran; se desnudarían de ese fatuo orgullo que los entromete á decidir del mérito de unas obras en que sólo pueden entender si les dan ó nó lugar para sus extravagantes manoteos, ó si pueden ó nó agradar al populacho que de antemano tienen corrompido; serían dóciles á los consejos de la gente instruida y bien intencionada; dejarían de resistir indirectamente y por rodeos á los saludables deseos de

la superioridad; se esforzarían á conocer lo bueno, y se empeñarían en hacer que lo conociesen los demás. Todos éstos y muchos otros bienes resultarían de que ustedes se corriesen de haber sido y ser como son: mutacion que tódos debemos desear, y ustedes sobre tódos.

Hoy se presenta la oportuna ocasion de que ustedes se corran, si sus almas no son de vaqueta. El *Maestro Crispin Caramillo* que, ó es uno de ustedes, ó una de las muchas víctimas de su ignorante dominacion, publica una obra extravagante y correspondiente al espíritu de necedad que la costumbre y ustedes infunden en millares de *Crispines;* pero por fortuna nuestra esta misma obra, mirada con otros ojos, es el azote de esa costumbre. En ella se presentan ridiculizados de bulto esos mismos dramas que ustedes y sus prosélitos elevan hasta las nubes, y se ve con más claridad que la del sol cuán ridículas son esas extravagancias, que se compusieron por dar á ustedes gusto, y se celebran por efecto de la costumbre que ustedes han formado.

En la historia puntual de esta edicion, que el mismo *Maestro Crispin* ha escrito, podrán ustedes ver, si no estuviesen como él, hasta cuán bajo estado es capaz de degradar la razon una ignorancia convertida en costumbre. Quizá se verán ustedes á sí mismos en el *Maestro Crispin*, y es posible que no se gloríen mucho de la semejanza.

En estas circunstancias me aprovecho del encargo de escribir esta dedicatoria, para suplicarles rendidamente que por el amor de su patria se corran y se

avergüencen de haber hecho que se corrompa el teatro, sostenido y fomentado el mal gusto del vulgo, y puesto incesantemente nuevos obstáculos á la reforma que necesita este precioso ramo de nuestra literatura. Si ustedes se corren y se enmiendan, conoceré y publicaré que son racionales, útiles y sanos; pero si no se avergüenzan, quedarán ustedes condenados á ser perpetuos Crispines, cosa que no quiera Dios ni permita.

Queda rogándoselo así

El Abate de la Imprenta.

NOTA.

El presente escrito es de D. Cándido María Trigueros, bien conocido entre los literatos; pero como este sabio, por efecto de su humildad, no codiciaba los elogios, de que no se juzgaba merecedor, dejó éste y ótros muchos como destinados á perpetuo olvido: la íntima amistad que profesé con él, le estimuló á darme muchas de sus obras para que las leyese, y de algúnas me permitió sacase copia, por cuya razon me hallo con éste y otros escritos suyos; y pareciéndome no ser justo que escritos que hacen honor á la Nacion y á su autor estén oscurecidos, me he resuelto á dar á luz este pequeño libro, para que sirva á únos de instruccion, y á ótros de diversion.

D. M. A. S.

HISTORIA VERDADERA
Y PUNTUAL
DE LA PRESENTE OBRA
ESCRITA
POR SU MISMO COLECTOR.

CAPÍTULO PRIMERO.

INTRODUCCION, PRINCIPIOS Y PROGRESOS DE MI AFICION Á LAS COSAS DEL TEATRO.

A la vejez viruelas, como dijo el ótro, y date prisa, Pepa, que si nó te entierran. Dígolo, porque despues de haber estado toda mi vida callado entre suelas y cordobanes, ya con cerca de ochenta años, quiero meterme á escritor público, y emprendo el grandísimo trabajo de hacer reimprimir con aseo unas cuantas comedias que me gustan, impresas ya cien veces, y en cuya composicion no tengo parte alguna; pero más vale tarde que nunca; que vayas al Alhambra, y vayas cuando vayas; y por fin, véame allá yo, siquiera sí, siquiera nó.

Estoy ya cansado de ver por las esquinas, á las puertas de las librerías y de los teatros, y hasta en la misma *Gaceta*, donde se ponen todas las cosas grandes, los nombres de muchos amigos que conozco como

los dedos de mis manos, como las uvas de mi majuelo, y cuasi cuasi tan bien como la madre que los parió; los cuales, en Dios y en mi conciencia, que ni son más sabios, ni más útiles á sus paisanos, ni más ingeniosos autores que yo, que, gracias á Dios y á las muchas comedias que en mi vida he visto representar, no tengo de qué quejarme, porque no me ha hecho falta ninguna el no saber leer ni escribir, para hallarme en estado de ser úno de los principales escritores de mi nacion: y salvo sea el lugar, en buena hora lo diga, si hubiera muchos maestros tan sabios y tan agudos como yo, mejor andarían las cosas; pues nó porque yo lo diga, pero esta es gracia que Dios me ha hecho, y no hay cosa ninguna en que yo no sepa hablar y entender, como el más pintado; y sé tambien murmurar de cuanto se escribe, y clávenme en la frente la sentencia que erráre y el juicio que no fuere derecho.

Desde la edad de doce años, que ya sabía yo hacer zapatos de niño, comencé á frecuentar el teatro; y muchas gracias le sean dadas al que me llevó la primera vez, pues de allí me vino mi fortuna. Aún no entendía yo de limpiarme los mocos, cuando terciaba ya en cualquiera conversacion como muy hombre, y acostumbraba llevar mi espada arrastrando como un Gerineldos; y sabía tambien enamorar mejor que ahora, que ya soy un pobre viejo, y no encuentro las razones y pláticas agradables como en aquel tiempo, que las tenía abundantes y tan prontas como si me las encontrase en el bolsillo.

No tardé muchos años en tener algunos estrechos lances de comedia, porque dijo muy bien el que dijo: la salud no se pega, que lo demás olisquea. La prudencia y sabiduría que en tan pocos años había ad-

quirido con la asistencia á las comedias, contribuyó principalmente al venturoso desenredo de aquellos lances, que acabaron por hallarme casado en edad bien tierna con mi Felipa, la cual, por fin, como mayor que yo, tenía más experiencia y entendía mejor las obligaciones matrimoniales.

Mucho me pesó entónces de no saber escribir, porque á no ser por eso, hubiera escrito de mi historia una comedia que debía llamarse *El aprendiz casado*; y á fe, á fe que fuera algo mejor que múchas que despues se han vitoreado, y áun se han impreso: el ser hombre de pocos años le priva á úno de muchos lucimientos; en verdad que no me sucederá así ahora, que ya sé por experiencia que para escribir comedias y ser autor de otras muchas obras que no se dejan de vender, no es menester saber leer ni escribir.

Como los gustos de este mundo no pueden ser completos, tuve la desazon de que mi Felipa no se agradaba de comedias; y por más que yo la exhortaba, todo fué predicar en desierto; de manera que se quedó como un tronco sin acepillar, y no supo jamás otra cosa que cuidar de su casa como una palurda. No fueron así mis hijos; porque tanto Pepa como Juanillo, y con ellos mi sobrina Antonia, tódos tomaron tan puntualmente mis prudentes lecciones, que cada dia necesitaba yo más dinero para el corral, que para el panadero; pero tales salieron ellos, en buena hora lo diga: no ví jamás muchachos más despiertos y más capaces para cualquiera cosa.

La asistencia diaria á los corrales, y el esmero de no faltar á ninguna comedia particular de que tuve noticia, me proporcionaron tal conocimiento práctico de nuestro teatro, que no había comedia que no supiese yo cómo se debía repartir, quiénes habían he-

cho otras veces los papeles, y cuál debía ó no debía dar cuchillada; en fin, de la cual no dijese muchos pedazos tan de memoria, que ojalá supiera tan perfectamente el Catecismo.

Encantábanme los lances, enredos y confusiones que admiraba, la destreza de las criadas, la valentía de los galanes, los argumentos delicados de las damas, que no se pondrían más hermosos en las escuelas; y, sobre todo, aquella modestia y limpieza pura que observaba en todos los amores, aunque se viesen en los lances más arriesgados; porque, yo confieso mi flaqueza: si en muchos de ellos me viera yo, no sé lo que sucedería, áun con todas las lecciones que había aprendido de las comedias.

CAPÍTULO II.

CONJURACION QUE SE LEVANTÓ CONTRA NUESTRAS COMEDIAS, Y ACUSACIONES FRÍVOLAS QUE CONTRA ELLAS SE HACEN.

Comenzó, algunos años hace, cierto runrun, que me desazonó mucho, y perturbó á mis amadas comedias en la antigua y pacífica posesion de su buena fama. Hubo malas almas que, por salir á lucir con novedades, comenzaron á esparcir la voz de que nuestras comedias no valían cosa, y que eran por lo comun un atajo de despropósitos. Echaban ménos en ellas yo no sé qué unidades de mis pecados, como si el teatro fuera escuela de cuentas. Dále con la verisimilitud, vuelve con el estilo, torna con la afectacion: aquí hallaban expresiones hinchadas; allá, frias, y acullá, que no venían al caso.

Si en una comedia nos presentaban todas las hazañas del Cid ó del Gran Capitan, les desagradaba, y hasta les parecía mal si nos repetían la vida, milagros y canonizacion de algun gran santo. El pobre del gracioso, que siempre ha sido mi hechizo, era el objeto de las iras; querían arrojarle del lado de los reyes y señores, como si los señores no hablasen con

sus criados, y como si los reyes verdaderos no hubiesen tenido sus Velasquillos.

Pero ¿qué no charlaron, qué no escribieron para desacreditar nuestras comedias? Si su estilo era hermoso y escogido, apartado por lo mismo del trivial modo de expresarse, y dificultoso de entender para estas gentes limitadas, que no entienden de otra cosa que llamar al pan, pan, y al vino, vino, decían que era estilo gongorino y afectado; bien sabe Dios que jamás he podido entender lo que con esto querían decir; pero no debían de decirlo por bien, porque lo decían con mofa y como un gran baldon, siendo así que yo estaba embelesado y atónito con todos aquellos misteriosos versos que por menosprecio llamaban gongorinos. Por el contrario, si el estilo era llano y tan claro que tódos pudiésemos entenderlo, clamaban que era bajo y rastrero, y qué sé yo qué otros improperios semejantes; pues déme V., que aunque el tal estilo fuese claro, y que le pudiera entender Dios y todo el mundo, estuviese como tachonado de agudezas ó equívocos y conceptos, ó de aquellas disputas que las damas suelen sostener, tales y tan buenas que no hay más que pedir, y que no los enderezaría mejor un padre maestro; al momento aquellos señores descontentadizos y cejijuntos hacían mil ascos, y decían mil palabras que yo no he podido entender, como que era estilo epigramático, pedantesco, escolástico, gótico, caballeresco y qué sé yo qué otras picardías.

Con nada se contentaban estos mis señores; y no puedo hablar de tales asuntos sin que se renueven muchas veces los malos ratos que con sus habladurías me hicieron pasar; mas ellos estuvieron siempre erre que erre, dále que le das, y aprieta Martin, de

forma y manera que no dejaron piedra por mover. Si la comedia contenía muchas cosas, decían que estaba recargada y tenía muchas acciones; pero si contenía pocas, clamaban que era insulsa, y los insulsos eran ellos que no se sabían contentar; si había hazañas sangrientas, eran crueles; si tiernas y amorosas, las tenían por empalagosas; si representaban ciertos amores como se ven por el mundo, y como los recuerdan las historias, exclamaban, ¡qué indecencia!; si enamoraban con los agudos dímes y dirétes y aquellas hermosas ponderaciones con que se explica un ardor desinteresado, cátelos V. que gritan: este hombre no tenía corazon, la imaginacion le servía de voluntad; gradúan las tales pasiones de caballerescas, provenzalas, héticas y asmáticas; y, lo que es peor, llamaban á los tales amoríos platónicos, y hasta metafísicos; y lléveme Dios, si jamás he podido saber lo que con estas palabras quieren significar.

Pero todo esto, aunque tan duro y tan contra toda verdad y razon, pudiera yo llevarlo en paciencia, si no pasasen más adelante las murmuraciones. Aún ha parecido poco á estos declarados enemigos de nuestra diversion, el decir que nuestras comedias son inverisímiles, desordenadas, extravagantes, desarregladas, monstruosas y tantas otras cosas, que es necesaria la paciencia de un Job para tolerarlas; mas como si esto fuera muy poca carga cerrada para desacreditarlas, se emperraban y encarnizaban aún más; y, cárgale Pedro hasta que vaya al suelo; añadían á todo, que eran tambien perjudiciales y áun escandalosas: que sembraban doctrinas capaces de pervertir la juventud, é inspiraban costumbres opuestas al buen órden de la república y hasta contrarias á las mismas máximas del Evangelio: de donde decían que resultaba

el perderse los muchachos, y el no estar muy ganadas las mozuelas.

Aquí mi temor y mi enojo contra estos hombres crueles, que, á mi parecer, son unos calumniadores: mi temor, porque yo no las tengo tódas conmigo, cuando advierto el teson y confianza con que perseveran clamando siempre una misma cosa; no puedo dejar de persuadirme que algo tiene el agua cuando la bendicen, y que al fin, cuando el rio suena, agua ó piedra lleva. Pero aún mayor fué mi enojo; porque no habiendo yo visto en tantos años que ningúno se haya echado en un pozo, ni se haya quebrado ningun brazo por haber visto muchas comedias, no podía acabar de persuadirme á que estuviesen bien asegurados los que así clamaban.

Ya se ve que un pobre zapatero no puede meterse á dar su parecer sobre estas honduras que ningúno debería tratar sin mucho respeto, porque paréceme á mí que por cualquiera de los dos lados que se dijeran ó disparates ó mentiras, sería muy malamente dicho lo que quiera se dijese; pero á mi corto entender no tienen mucha razon los que tal cosa dicen de las comedias; y si no la tienen en esto, se acrecienta más mi enojo, porque echan por un camino que le hacen á un hombre callar la boca; y no riñen con armas iguales, porque ellos deben de ser algunos teólogos ó cosa semejante, y esto dicen que no puede serlo quien no sabe leer ni escribir, ni lo pueden enseñar las repeticiones de ir á los corrales; pues si así pudiera ello ser, ya fuera yo más teólogo que los que lo inventaron.

———

CAPÍTULO III.

JUSTOS MOTIVOS QUE ME OBLIGAN Á NO HACER CASO DE ESTAS POSTRERAS ACUSACIONES.

EMPERO, y no embargante todo esto, aún quedan ciertos recursos que, áun cuando yo lo diga, son muy mios y muy como mios, por los cuales no puedo salir de mis trece; pues no metiéndome con lo principal, porque al buen callar llaman Sancho; y, allá se las avenga Marta con sus pollos; mas las razones que estos señores mios alegan para sus cansadas canciones, lléveme Dios si tienen fuerza ni valor que merezca pararse en ello. Dicen que tódas estas hermosas comedias van fundadas sobre el pundonor que excita los desafíos y las pendencias, y se opone con una idea falsa del honór á la santa máxima de perdonar al enemigo; dicen que todas las graciosas ó criadas son otras tantas terceras de sus señoras, y que las facilitan el modo de verse á solas con sus galanes todas las veces que quieren; dicen que todas las amas se valen de ellas para introducirlos, como en efecto los introducen, en sus casas y áun en sus alcobas, y que tódas siguen sus amores con atrevimiento y desver-

güenza, mal que les pese á sus padres ó á sus mayores; dicen que todo esto se propone premiado con salirse con la suya, aunque hayan tenido por empleo poco ménos que un imposible; dicen que todos los graciosos son unos glotones, borrachos y deshonestos en sus acciones y en sus dichos, tales, que no parece pueden hacer reir, si no desemballestan treinta desvergüenzas; dicen que, amén de esto que es general á todas las comedias, hay muchísimas de ellas que presentan picardías groseras, ejemplos de desobediencia, de trapacerías, de particular orgullo, de amor á la ociosidad y de todas cuantas malas cosas se quiera V. pensar; todas las cuales no se presentan de un modo que, ó se ridiculicen, ó se hagan manifiestamente detestables, mas como recursos regulares, y quedan por fin premiadas con salirse con lo que deseaban los que para aquello mismo las emplearon; lo cual añaden que es grabarlas en los corazones jóvenes como unos medios buenos, lícitos y eficaces para los casos que les puedan en adelante acontecer; dicen..... pero sería nunca acabar, si quisiera yo apurar todo lo que por este término dicen estos bocas de hacha, que persiguen á las pobrecitas comedias; basta añadir que últimamente dicen que de aquí resulta el pervertirse las costumbres de los mozos y las doncellas que asisten á las representaciones, y áun múchos y múchas que ni son doncellas ni mozos.

Pero valga la verdad siquiera una vez, ya que tantas veces se lleva las esquinas la calumnia. ¿Qué importa que todo lo que estos señores dicen sea en algun modo verdad, si son falsas las consecuencias que de ello se quieren sacar? Es verdad que en las comedias reina el desafío y el espíritu de pendencia; pero tambien es verdad que si se matan únos á ótros

como chinches, tambien se perdonan como buenos cristianos; que una cosa es la saña, y ótra, la urbanidad de la campaña; y ésos mismos que andarán á estocadas con el lucero del alba por quítame allá esas pajas, tódos, si no se mueren ántes, se hacen amigos en la última jornada, y en el resto son muy amistosos, caballeros y cortesanos, hasta hacer bien á sus mismos contrarios, y darles, si es posible, la vida, para tener proporcion de quitársela; todo lo cual es algo diverso de lo que nos cuentan.

¿Y qué importa que las criadas sean terceras, si saben que sus amas son la pureza misma? ¿Ni que éstas admitan á sus galanes á deshora, si están muy aseguradas de que ellos son hombres muy mirados y pundonorosos, incapaces de alborotar ni meter ruido, ni propasarse más allá de los límites de la decencia? ¿No se ve que tódos y tódas se explican en estos términos? ¿Por qué hemos de sospechar lo que no se nos dice? Eso sería hacer un juicio temerario, y principalmente cuando por lo comun todas las damas de comedia, en tocando á ciertos puntos, son unas harpías más duras que una peña y más crueles que tigres africanos, segun continuamente se explican los mismos galanes, que son los únicos que pueden saber lo que les pasa á sólas. Mas sucediendo las cosas de este modo, ¿qué más tiene que se hablen en la alcoba ó en la calle, en la reja ó en la caballeriza? Aún es mucho mejor que los metan dentro de casa, bajo las protestas y seguridades cómicas de uso y costumbre; porque las malas lenguas, que nunca faltan, podrían murmurar; y como tódo lo suelen echar por donde el diablo quiere, pensarían lo que se les antojase, y sería un escándalo lo que, segun dicen, es una cosa tan decente; amén de esto, dentro están más cómo-

dos y con ménos riesgos de ruidos y pendencias. Mas siendo todo esto bien hecho, como parece, es mucha razon que se premie, y que los pobrecitos, despues de tantos sustos y fatigas, sean galardonados consiguiendo sus intentos. Ya se ve que el gracioso es siempre como le pintan los que dicen mal de él; pero ¿han de pagarle ellos lo que se coma ó lo que se beba? ¿Qué importa que diga éste ó el otro dicho, si tódos saben que es el gracioso, y que al gracioso se le permite tódo? ¿Cómo sería gracioso, si no fuese así? De mí sé yo decir, que con sólo verle salir, no sé contener la risa con pensar lo que podrá decir: y cada pobre que allí va, para eso paga su dinero, que para estarse serio y sin gusto, no es menester ir al corral de comedias.

CAPÍTULO IV.

PROSIGUE LA MATERIA DEL CAPÍTULO ANTERIOR, Y EXCELENTE INFLUJO DEL TEATRO EN TODA MI FAMILIA.

Con razones tan sólidas como éstas se puede responder á los demas defectos de costumbres, que en las comedias de los más celebrados autores piensan encontrar los maldicientes que los calumnian tan sin justicia como queda visto; pero ¿qué dirémos de la consecuencia que de allí quieren sacar sus mercedes? Esta consecuencia es tan verdadera como sus antecedentes; que, díme con quién andas, te diré quién eres, como dice el refran. Que se pierden y se pervierten las costumbres de los muchachos y las doncellas, y que se graban en su corazon aquellas cosas como medios lícitos y eficaces para conseguir sus deseos: ¿quién pudiera esperar semejante calumnia? Yo me quedo bobo cuando tales cosas oigo decir á unos hombres que quisieran gobernar á tódos. Allí se dicen las cosas que pasan en el mundo; y los primeros que pusieron aquello en las comedias, no lo tomaron ni lo aprendieron de ellas, sino de lo que entre los hombres vieron en otras doncellas y en otros muchachos, ó ni

muchachos ni doncellas. Mas los primeros que de tales medios se valieron, ¿habíanlo por ventura aprendido de las comedias? ¡Es bueno esto á fe de Crispin! Como si hoy dia ni las doncellas, ni los muchachos, ni los que no son úno ni ótro necesitasen de calabazas para nadar; nó, señor, ni yo quiero confesar tal gravadura, ni tal perversion de costumbres por las comedias: yo no he reparado en ningúno que se haya perdido por ellas; muy al contrario, los muchachos y las doncellas que frecuentan mucho el teatro, se hacen más listos, más expertos y más hábiles en todas materias, de manera que al fin no ignoran nada.

De úno y de ótro soy yo muy buen ejemplo, y no lo es ménos toda mi familia, que á excepcion de la sosa de mi Felipa, tódos, gracias á Dios, han sido muy asistentes al teatro. Llevo dicho ya lo que á mí me sucedió cuando mozuelo; y como me casé, y en buena hora lo diga, no me ha sucedido por ello ningun mal notable; pues aunque haya perdido muchas horas de trabajo en una semana por ir á los corrales, no por eso me ha faltado con qué pagar las entradas en la siguiente, que primero faltaría para la camisa.

Mi sobrina Antonia estuvo sirviendo con una señorita, que tambien era aficionada como ella: y á fe, á fe que, sin embargo de que su ama era una pava, la supo sacar con garbo de todos los lances de comedias que se le ofrecieron en la ventana, en la calle, en el zaguan y áun en lo más interior de la casa: y en verdad que muy bien salió su ama casada con un cadete, cuando ménos se pensaba, y su padre gruñó, regañó y atronó el mundo, pero muy bien se alegró cuando dentro de pocos meses se vió con un nieto en los brazos: cierto es que á mi sobrina la echaron de la casa, y que los vecinos murmuraron cuanto qui-

sieron, no sólo del ama y la criada y del señor cadete, mas hasta del soldado que le acompañaba; pero lo seguro es que volvió á mi casa bien vestida y hermosota, que daba envidia verla, no ménos gorda y rolliza que su misma señorita, y ambas sin haberse quebrado ningunas costillas, tan sanas, tan robustas y tan enteras como la madre que las parió. Mas ¿de dónde le vino el haber salido tan á gusto y placer de los más apretados lances? Ella misma lo confesaba: la aficion y asistencia á las comedias la habían abierto los sentidos, y la habían despertado bien temprano; de manera que á no ser por aquella útil escuela, ó no se hubieran atrevido jamás á emprender muchas travesuras que maquinaron, ó si las hubieran emprendido, las hubieran cogido en el garlito, y se hubiera todo descompuesto ántes y con tiempo.

Ni más ni ménos sucedió con mi hija Pepa, y á fe que ésta no necesitó de criada para sus entruchadas: salió tan diestra y tan hábil la muchacha, que ántes de cumplir quince años nadie podía darla dado falso. No me admiro yo de que pudiese burlarse de su madre, que al fin era una para nada, que no entendía sino de sus obligaciones y sus haciendas; pero lo que me pasma es la sutileza con que me deslumbraba á mí mismo, no obstante mi sabiduría, prudencia y conocimiento de todos los lances cómicos; pero ayudábala de cuando en cuando su hermanito, que en nada tenía mayor contentamiento que en que le tuviese su hermana. Lo cierto fué que, ya con el favor de mi Juan, ya sin él, puso en práctica esas mismas máquinas que esos señores quisieran persuadirnos que corrompen á las doncellas, y que se ven tan á menudo en las comedias; y ¿perdió por eso nada? Nó, señor, que ántes se puso tal, que en su vida ha esta-

do ella más bonita; se casó con el aprendiz, y aún sin haber cumplido diez y siete años, ya me había dado tres nietos como tres pimpollos; bien es verdad que ningúno fué de tiempo, y se murieron muy breve por la maña que le quedó de gastar cotilla en los preñados; pero quitósele esta maña, y nada perdió ni en su salud, ni en su honradez, ni en su habilidad. Así que á úna y á ótra las hizo muchos bienes la continuacion de la comedia, y más á mi hija que, siéndolo de un pobre, si no fuera por su habilidad, no se hubiera casado tan presto.

Pues ¿y el Juanillo? El Juanillo salió un muchacho que daba las todas. Es verdad que yo me esmeré en darle la mejor educacion que pude, y aprendió á leer, y cuasi á escribir, y áun á sumar; pero principalmente se adiestró á jugar la espada, y aún mejor á los trucos, á repicar una guitarra, y á bailar un fandango zapateado y un baile inglés, que no tenía quien se le pusiese delante: si montaba á caballo, le chillaban todas las vecinas del barrio; y si se ponía delante de un toro y no le cogía, como solía suceder, salía con el mayor garbo del mundo; no hay cosa de que no hable como si la hubiera estudiado, y para hacer un galan ó decir una relacion, con guantes y manifatura, no tiene compañero. ¡Qué muchacho aquél! Siempre he estado temiendo que me le hagan mal de ojo. ¿Pues sus costumbres? Ahí es ello. Verdad es que rara vez contenta á los parroquianos con los zapatos; pero eso no consiste en él, sino que ellos los quieren cortos cuando los ha hecho largos; ó largos, cuando los ha hecho cortos; y en culpa de ellos está si no se acomodan con los que hace. Este muchacho es como yo: no sólo no pierde comedia pública, pero además de andar á caza de todas las caseras, em-

plea todos los lúnes, y tres ó cuatro horas de cada mañana, en leer y releer comedias: y ¿hale sucedido algo por esto, que no sea propio de hombres, y de hombres que tienen sangre en el ojo? Ni por imaginacion. Por ver, digan que se le arrime algúno con chuladas ó baladronadas; ya tendrá que ir con él á toda prisa á los altillos de S. Blas, al soto de Luzon ó á Migascalientes (1); y ¿qué ha salido de aquí? Que aunque dos ó tres veces ha tenido que curarse de secreto algunas mojadas, y aunque no ha podido excusarse de hacer dos veces el viaje de La Carraca, y de embarcarse ótra para Melilla; pero nunca ha sido por ninguna picardía, sino que, como dicen, son percances del oficio; y tantas veces va el cantarillo á la fuente, que al fin se quiebra; pero todo el barrio le tenía respeto, y en sonando Juan Caramillo, no había alentado que se atreviese á decirle: buenos ojos tienes. Hoy, que muchos años hace está machucho y quieto, es el temeron de tódos; y él mismo confiesa que tódo se lo debe á las comedias, y que ellas fueron las que le infundieron el valor con que pudo emprender y acabar tan gloriosas expediciones.

---

(1) Tres parajes de Madrid, á propósito, por lo excéntricos, para servir de punto de cita á los pendencieros y matachines dispuestos á esgrimir sus armas.

El alto ó cerro de *San Blas* se halla situado próximo al ex-convento de Nuestra Señora de Atocha. El soto de *Luzon* y el de *Migascalientes* son unos antiguos y deliciosos sitios de recreacion popular en la *Vega*, de los cuales, bien así como de otras posesiones adyacentes, apénas se conserva edificio alguno, y si tan sólo los huertos, aunque con distintos dueños y denominaciones.

(Nota del Recopilador.)

CAPÍTULO V.

DETERMÍNOME Á ESCRIBIR UNA DEFENSA DEL TEATRO, CON LO DEMÁS QUE SE VERÁ.

De todo lo dicho hasta aquí sacaba yo claramente, que cuanto clamorean contra las comedias, es por tirria y mala voluntad que contra ellas tienen estas bocas maldicientes. Qué sé yo qué tramoyas nos encajan de griegos y romanos, y nos quieren meter en las cabezas sus modas; y que queramos, que no queramos, se empeñan en que hemos de pasar por que nuestras comedias son y serán malísimas, miéntras no se presenten compuestas á la *grec.*

Fastidiado yo de estas manías, y viendo lo poco que convencía todo lo que se decía ó se escribía á favor de las comedias que han dado en llamar *piezas*, como si no tuvieran su nombre bueno y sano, sin necesidad de mendigar ótro, determiné, por fin, dejar el estéril ócio, y hacer una defensa del teatro, tal y tan buena, que no volviesen á atreverse contra él sus malévolos impugnadores.

En este tiempo se presentó un sabio ya conocido y justamente elogiado por otros escritos y por su conocimiento teatral, y emprendió publicar una colec-

cion de comedias de varios géneros, que por sí solas fuesen capaces de mostrar á todos los descontentadizos y mal intencionados, que tenemos un buen número de ellas muy capaces de hombrear con las mejor afeitadas que nos puedan oponer las otras naciones. Sumo fué mi gozo cuando supe este pensamiento, y no fué menor cuando ví su ejecucion y buen despacho, lo cual me detuvo en mi empresa, conociendo que ninguna respuesta puede ser más sólida y maciza para el que dice que carecemos de una cosa, que ponérsela delante con prontitud y con abundancia; así que yo quedé completamente satisfecho con esta especie de empresa, y lo quedaron conmigo muchos ótros, que no son como yo.

Pero, como digo lo úno, he de decir tambien lo ótro. Nunca perdonaré yo al tal autor el haber confesado que tenemos muchas comedias llenas de impropiedades, y por lo mismo muy malas; y que áun las que reimprimía, no pretendía que del todo se creyesen escuetas y libres de faltas, contentándose sólo con decir que si algúnas tenían, eran más sus buenas prendas, que sus defectos, y que de éstos no se hallan exentas ni áun las más celebradas de los extranjeros. Bien conozco que en esto era de la misma opinion que aquellos ótros muchos que acabo de decir; pero yo no me contento con eso: quería que hubiese dicho que las comedias son absolutamente las mejores del mundo, y que ningúnas son buenas sino ellas; y nó solamente algúnas, sino tódas, tódas, sin admitir excepcion alguna, porque á mí tódas me hacen reir, ó me pasman, ó por lo ménos me entretienen; pero de cualquiera forma, quedé más pacífico con este buen género de defensa, y me determiné á creer que no era necesaria la ótra que yo iba á emprender.

Híceme leer desde la cruz á la fecha toda la obra, y no fué ménos mi gusto en el último libro que en el primero: renovábaseme el placer con cada comedia, y muchas veces iba yo, sin saber leer, leyendo ántes del que me las leía, porque las sabía cuasi de memoria: no puedo explicar con mis toscas palabras el contentamiento que mi ánima sentía cuando, ántes de oirlo, iba mi indigna boca diciendo, sin perder un verso, las mismas mismísimas razones que en tan bonitos libros se contenían; bien empleadas horas, decía entre mí, bien empleado dinero el que he gastado en ver comedias toda mi vida, bien empleado todo, pues por ello y con ello he merecido y conseguido tener dentro de mi cabeza la verdadera y única defensa que parece que tienen los agudos ingenios de mi patria, los incomparables autores de las comedias; estas mismas comedias por cuya composicion, que llaman viciosa, los culpan, los baldonan y los vituperan tantos aprendices de sabios frios, insulsos y tan sin ingenio ni talento ni instruccion, como todas las naciones antiguas y modernas que presumen de cultas y se han hecho del ojo para esta pícara y perversa conjuracion; bien haya, amén, quien tan bien ha empleado su dinero como yo, y bien haya, igualmente, quien ha puesto tan bonitas y bien encuadernadas estas comedias, que él se contenta con creerlas ingeniosas, bien versificadas y muy agradables, y yo las tengo por divinas, inimitables y sin pero; véanlas ahora que están bien afeitadas y aseadas por impresor, y digan qué les parecen aquéllos mismos que tantos males decían de ellas porque las veían indecorosamente ataviadas en papel de estraza, y llenas de mentiras; á fe, á fe que no han de decir ahora lo mismo que dijeron ántes.

CAPÍTULO VI.

PROSIGUE EL ASUNTO ANTERIOR, Y CÓMO QUISIERA YO QUE SE DEFENDIESEN LAS COMEDIAS.

Con igual complacencia escuchaba y estaba como embobado, embelesado y atónito, cuando veía leer la carga cerrada que, contra tanto perseguidor malévolo de las glorias cómicas, sacudía el defensor á un lado y á otro; y me parecía un primer galan que salía de las cortinas encendido de justa cólera contra los implacables opresores de la primera dama, Condesa de Asiria ó Marquesa de Troya, y que con cuatro tajos y cuatro reveses dejaba el tablado desierto y libre de enemigos y charlatanes.

Sin embargo, no puedo disimular que me pareció que sacudía poco, y esto no me agradó tanto. Yo quisiera que á todos aquellos señores mios, que por toda Europa pasan por muy hombres de provecho, les hubiera espetado cuatro desvergüenzas bien dichas, como las merecían, por haber dicho de las comedias lo mismo que dicen todos sus semejantes; pero el autor, ó es más fresco ó más prudente que yo, y estuvo más comedido que yo quisiera y que yo hubiera

estado en su lugar. Todo cuanto les dice á estos hombres afamados, no pasa más allá de llamarlos ignorantes, envidiosos y hombres sin talento y sin instruccion: cosillas todas que con mucho ménos motivo se le dicen á cualquiera; mas yo quisiera cosas que los dejáran derrengados de plano.

¿Dicen que las comedias son desordenadas? A ellos, sin dejarlos respirar, y hacerles confesar que por eso son buenas, y que si estuvieran ordenadas, no lo serían. ¿Dicen que son monstruosas? Duro con ellos, y confiesa, perro, que por eso son más hermosas. ¿Que no siguen las reglas de los antiguos y modernos, ni las que prescribe la misma razon? Santiago, y á ellos, y apretarlos hasta que saquen tanto palmo de lengua, y no se atrevan á negar que si guardáran aquellas reglas, no podrían ser buenas y agradables como son, porque las quebrantan: y así de esta manera, sin conceder cuartel ni un átomo de razon á los enemigos, y entre razon y razon, santiguarlos con una buena letanía de desabrimientos.

De este modo estaría la respuesta más completa y á mi gusto; porque, á la verdad, pudieran las comedias ser muy malas, aunque aquellos extranjeros tuvieran poco talento é instruccion, y mucha ignorancia y envidia; y camino va de dar la razon quien parte de ella concede; y pudieran estos ignorantes decir: si entre cinco ó seis mil comedias sólo son tres docenas ó tres y media las que se distinguen por buenas, muy pobre está el teatro de España; y si se confiesa que áun esas tienen defectos, aunque ménos notables, dirán estos socarrones ignorantes: ¿qué tales serán las que restan, porque no merecen anteponerse á éstas? El señor defensor no ha querido ser duro, y yo no estoy muy contento con esta blandura; por-

que aunque es verdad que alguna vez llama á todos nuestros contrarios *helenistas y transpirenáicos*, con lo cual estaba yo muy contento al principio, porque imaginaba que sería tanto como decirles por lo ménos, ménos, herejes ó cismáticos; pero despues me he quedado descuajado, habiéndome dicho que lo primero es decirles que siguen las reglas que prescribieron no sé qué griegos, lombardos ó godos, lo cual ellos mismos lo dicen y se glorían de ello; y que lo segundo es decirles que piensan como tódos los que se instruyen al otro lado de los Pirineos; y esto, además de que tambien lo dicen ellos, es como convenir que nadie piensa lo contrario, sino algúnos pocos aquende de los tales montes, porque allende de ellos todo el mundo es de otro parecer: y esto más traza tiene de una pulla que de una defensa. No quisiera yo que fuésemos por lana y volviésemos trasquilados; que adonde las dan las toman; y tanto podemos conceder, que nos pese luégo de no haberlo negado todo.

Mas al fin me hago cargo de que mi genio es muy súbito, y que cuando este señor lo ha hecho así, no hay duda que convendría de este modo: que si él hubiera encontrado comedias que no tuviesen pero, no hubiera dejado de ponerlas delante de tódas; y si éstas que ha puesto no fueran las que tienen ménos desarreglo, no las hubiera escogido; y tampoco hubiera confesado que tienen aún ésas algunas impropiedades, si en efecto no las tuvieran. Siempre conviene dejar hacer á quien sabe, y no meternos acá nosotros en camisa de once varas. Lo cierto es que yo le estoy muy agradecido, y deben estárselo tódos los que sean amantes de éste que llaman los charlatanes mal gusto, por haber hecho esta preciosa recoleccion de comedias, ó llámenlas mejores ó ménos malas, con la

cual ha comenzado á dar un principio de buen olor al modo de juzgar antiguo, que ya se tiene como rancio y apestado, y no se halla sino en los comediantes y en sus aparceros y apasionados. Déle Dios tan buena venta de su obra como bien nos ha hecho, y no digo más, porque tengo muchas otras cosas que decir.

CAPÍTULO VII.

EXCELENCIA DE LAS COMEDIAS BURLESCAS, Y CÓMO ME DETERMINÉ Á IMPRIMIR LA PRESENTE OBRA.

ACABARON de leerme toda la obra, y entónces reparé que, habiendo dividido en varias clases las comedias, se le había quedado en el tintero la mejor de tódas, y no había propuesto ejemplo ninguno de la tal clase. Esta clase de comedias, que es la privilegiada en mi estimacion, y que debe serlo en la de tódos, es la de las *comedias burlescas*. Es la más eficaz de tódas para mover la risa; la que siempre interesa; la que jamás cansa; y, sobre todo, esta clase de comedias es la que debe agradar á todo el mundo, como á mí me gusta: á los que se rien de las reglas, porque sin ellas los divierte más que á tódas, y á los que se desazonan cuando las reglas se quebrantan, porque para esta clase de comedias no hay reglas que seguir ni quebrantar. De manera que estas comedias no sólo son buenas, pero no tienen riesgo de parecer á ningúno malas.

No sé yo por qué se omitiría esta preciosa clase en el *Teatro Español*, donde tan buen papel hubiera hecho; pero sus buenas razones tendría el autor para omitirlas; mas yo que tengo tambien las mias para apreciarlas sobre tódas, no pude llevar en paciencia

que cuando las ótras salen á lucir de gala, se quedasen éstas rebozadas en su vestido viejo; y al instante me determiné á publicar una muestra de ellas tales y tan buenas como son, pero mejor ataviadas de letra y papel que hasta aquí han parecido. Bien quisiera yo publicartas tódas, ó á lo ménos una buena porcion de las más sobresalientes que tengo en mi casa; pero hanme aconsejado que no dé más que un saborete para engolosinar á los aficionados, y con facilidad me he reducido á este parecer, porque como en esta clase tódas son excelentes, si hubiera de imprimir todas las buenas, era menester vender hasta las hormas.

Elegí, pues, unas pocas, é hice que me las copiáran de buena letra, omitiendo algunos versos que había visto quitar en algunas representaciones, nó porque fuesen acaso ménos buenos, sino porque las obras quedasen ménos largas; pues, como dijo el ótro, dámelo luengo, y dótelo molesto; lo que dura, dura, las miéntes apura; y, longaniza corta sabrá más que longa.

Hechas estas diligencias, estaba ya haciéndoseme la boca agua con la futura gloria y contentamiento que aguardaba recibir, cuando viese el nombre de *Crispin Caramillo* puesto de letras gordas por las esquinas, en papel colorado ó azafranado, ó siquiera blanco ó azul. Púsele su título, para el cual consulté toda mi familia, y despues de varias disputas y altercaciones que se repitieron por espacio de ocho dias, quedó de comun acuerdo determinado que se llamase *Teatro Español burlesco*, y que buscase úno que me vendiese una cita que poner á la frente, para no salir de la presente costumbre de poner los títulos mochos, y debajo alguna sentencia ó expresion de otro autor, ó siquiera del mismo cuya es la obra.

CAPÍTULO VIII.

BUSQUÉ ÚNO QUE ME VENDIERA UN TEXTO, Y AVENTURA QUE ME SUCEDIÓ CON DON SEVERO: ESTE CAPÍTULO ES MUY ESENCIAL.

Determinadas así las cosas y puesto todo á la vela, sin detenerme un momento fuí á buscar á un conocido que dice que sabe mucho y gana su vida de escribir contra cuanto se publica con alguna aceptacion, y no cesa de esparcir satirillas, porque no hay cosa ajena que no le parezca mala, en cambio de lo cual todas las suyas le parecen excelentes. No iba yo con muy sana intencion, ni pensaba darle de balde mi dinero; mas iba por atun y ver al Duque, á pedirle la consabida cita, y pagarle de modo su trabajo, que le quitase la gana de escribir algun medio pliego de desvergüenzas ó ironías que me descompusiese el crédito de la obra.

Prevenido de dos buenos pares de zapatos de cordoban de lustre, y otros dos de becerrillo, no ménos que de dos pesos de á veinte, nuevecitos, flamantes, me fuí á la casa de mi D. Severo, que tal era el nombre del tal satirero. Halléle contando las veces que en un papel nuevo estaba la palabra *muy*, y no sé qué

ótras, porque no encontrando por dónde entrarle el diente, había determinado zaherirle por este lado. No me pareció esto muy bien, y desde luégo me persuadí que los que en tales cosas se paran, serán, si quisieren, muy sabios, mas no podrán pasar de sabios palabreros; pero sea como se fuere, llegué y le dije sumisamente mi súplica, aunque nó como cosa mia. sino como encargo de un amigo. Respondióme algo desabrido, porque venía á interrumpirle, y que le había perturbado de modo que ya no se acordaba si eran quince ó diez y siete los *muis*, y nueve ó trece los diminutivos que llevaba contados en cinco llanas; y que al fin toda la perturbacion venía á parar en una bagatela. No obstante, y sin ver más que el título, escribió debajo las tres palabras que van impresas, diciéndome:—Por esta vez, maestro. ya va V. servido; mas para ótra suplico á V. que, ántes de entrar en mi estudio, se informe, y no me interrumpa cuando esté ocupado en trabajos tan útiles y serios como ahora estaba.—Pésame en mi conciencia. señor licenciado, de haber hecho á V. perder estos pocos momentos; que tiempo ido, tiempo perdido; y lo que pasó no sirvió: y con agua pasada no muele molino: mas con todo, me atrevo á suplicar á V. que no tenga á mal el perder medio minuto en guardar estos cuatro pares de zapatos y estas dos caras de S. M., que le regala el que me mandó acá; háganle á usted muy buena pró ellos y ellas, y quédese con Dios, que no quiero privarle de su precioso tiempo.—¡Oh mi amigo y señor maestro!—dijo levantándose de repente; y entónces reparé que estaba, como suelen decir, lisiado de la mano de Dios; y dije entre mí: en la frente me claven lo bueno que tú hagas.

Mas él prosiguió:—V. no tome las cosas tan á la

letra, que eso sería una monstruosa absurdidad; llévese V. sus zapatos y sus duros, y siéntese un poquito, que es necesario que hablemos sobre el asunto.—Nó, señor, dados están, y aunque pobre zapatero, tengo, gracias á Dios, punto en el ojo, y pesaríame que usted no los aceptase.—No es posible, amigo mio, y quedaría yo corrido y avergonzado si V. no me concediese el gusto de llevarse su dinero y sus artefactos, haciéndome la justicia de confesar que en esto no hay misteriosidad alguna, sino que con toda naturalidad soy enemigo de tales expresiones.—No se canse usted, (dije yo viendo que, no obstante tales protestas, no alargaba ni duros ni zapatos). No se canse usted, que aunque pobre zapatero, estoy harto de ver toda mi vida comedias, y sé, aunque yo lo diga, de modos, porque en el teatro se aprenden todas estas cosas; y no volveré á parecer delante de gentes si me desaira V. de esa manera.—Paciencia, que es contra justicia desairar á cualquiera; V. viva mil años, y veamos cuál es el asunto de esa nueva obra. Es tanto lo que se habla de teatros y dramas, y tan poco lo que se adelanta.....—Nó, señor, siga V. su obra que sería sin duda de más grave importancia.—Era, en efecto, importante, porque yo no tomo la pluma para ninguna frivolidad; la sátira, que es el mejor correctivo de los abusos, es mi delicia, y nada creo que hay en el mundo más importante que hacer la sátira de todo, sin pararse á buscar razones para satirizarlo, principalmente cuando se trata de poesía; porque en esto está nuestra nacion perdida, y no hay úno que sepa siquiera parecerse á nuestros escritores del siglo pasado, sin embargo de ser desarregladas sus composiciones; no tenemos, señor maestro, no tenemos en España, á lo ménos yo no conozco arriba de

dos ingenios que puedan pasar por medianos. Tódos estamos ciegos de amor propio, y no me exceptuo yo de esto, porque le confieso á V. que mis composiciones son á mis ojos las mejores del mundo. Pero ¿qué he de hacer, si en mirando á las obras de los demás, no veo sino absurdidades? Dígolas para que se enmienden, y me complazco en las mias que no necesitan de tal correccion; á tódos ofrezco mi parcialidad y cortesanía, á tódos ofrezco razones; pero ¿qué razones he de dar, si á mis ojos no las merecen? Ni ¿qué cortesanía he de usar, cuando yo no sé por cual especie de fatalidad sucede, que siendo los literatos los que enseñan las leyes del decoro, son los que las suelen observar ménos? Añádase á esto que, segun yo creo, aunque no me he metido en probarlo como ninguna de mis sátiras, jamás ha habido mayor número de poetas, y jamás se han escrito peores poemas; porque créame usted, amigo, si nó yo, tódos son unos ignorantes, unos.....—Escandalizábame yo de oirle rajar así contra todo el mundo, y no dejando que prosiguiese, le dije: Bástame á mí de media vez que V. lo diga, señor licenciado; y perdone V. que le ataje la buena palabra: mas las obras que yo aquí llevo, no son hechas ahora, sino que se van á reimprimir ahora con el aseo que merecen.—Veamos, veamos esas obras que merecen reimprimirse y con aseo.....—Y arrebatóme de las manos los papeles.

CAPÍTULO IX.

CONCLUSION DE LA AVENTURA DE DON SEVERO.

QUEDÉME atónito miéntras les daba una ligera ojeada, y más atónito me puse cuando dentro de muy poco me dijo: —¿Es posible, señor maestro, que piense usted en gastar su dinero en pervertir el buen gusto que aún no tenemos? ¡Que quiera V. publicar este agregado absurdo de despropósitos inconexos! ¿No basta que tantos charlatanes insulsos, embriagados con el sabor del estilo frances, vengan á millares á oponerse á los progresos que promovemos unos pocos á favor del estilo poético español? ¿No basta que ótros, pensando seguir los buenos originales, sólo nos presenten máquinas monstruosas é imaginaciones estrafalarias, sino que ahora quiere V. promover los desatinos?—Pues, señor, ¿qué inconveniente puede tener esto? En Dios y en mi conciencia, que cuando los despropósitos se dan como tales, no veo yo qué mal puedan hacer á persona ninguna.—¡Oh señor maestro! ¿para qué escribió Aristóteles su poética, para qué le siguió Horacio, para qué el sabio obispo Vida, para qué Boileau? ¿Fueron sus reglas para que

se publiquen reimpresas comedias burlescas, ó para que se admire y se imite á Homero, á Virgilio, á Aristófanes, á Menandro, á Terencio? ¡Ah!....—Admírese enhorabuena á quien V. quisiere, que yo no conozco á ninguno de esos caballeros; pero todos ellos serán sin duda muy admirables. Mas ¿qué tienen que ver todos ellos y sus reglas con mi obra: ellos que todos juntos no serán capaces de hacer reir tanto como la menor hoja de esas comedias?—Aun por eso les viene bien el texto que les he puesto, porque ¿quién no se reirá de escuchar semejantes monstruosidades y desatinos?—Pero señor, aquí de Dios y del Rey; todo esto estará muy bien, mas déme V. alguna razon maciza y pesada, que me convenza de que usted la tiene.—No acostumbro yo dar razones de mis decisiones, y mucho ménos razones sólidas y macizas; insinuarlo basta; mi buen gusto, mi instruccion, mi oficio de satírico es quien decide; sería nunca acabar si hubiese de pararme á dar razones de lo que satirizo sin cesar, sin embargo de inconvenientes..... Espere V. un breve rato, y llevará V. todo cuanto puede sacar de mí.

Cuando en una comedia sucede alguno de aquellos pocos lances que tienen á tódos sin chistar, ni áun escupir ni toser, no estoy yo con un silencio tan profundo y semejante á la misma muerte, como en aquel breve rato que mi D. Severo entretuvo en hojear mis papeles, y poner donde le parecía, sin leer nada, pocas palabras de una letra muy mal formada, á mi parecer, porque ya entendía yo ser malo y maligno cuanto era suyo. Pero no puedo yo explicar lo que entre tanto pasaba por mi ánima y áun por mi cuerpo; un sudor y una idea se venían tras otra idea y otro sudor. Dolíame de mis amadas comedias, y decía

á mis adentros: en poder de muchachos te veas, malaventurada obra; espantábame de mí mismo, á quien tanto agradaban unas cosas que, á los ojos de este señor satirero que, segun dice, debe de ser muy sabio, y á la de todos aquellos que él nombró, debían de ser detestables; recelaba si todos aquellos nombres serían de otros tantos mal intencionados hechiceros y perseguidores de nuestra diversion, y no sabía, por fin, á qué carta quedarme, deseando con las más vivas ansias que me dejase libre y en estado de poderlo contar, éste que me parecía ya el más pernicioso maldiciente de cuantos había en mi vida visto ú oido nombrar. Poco más de un cuarto de hora duró esta interior contienda; al cabo despachó D. Severo su obra, despidióme, y yo salí pensando sin saber á qué atenerme, que este hombre ó era muy docto, ó muy vano, ó muy taimado, ó muy extravagante, ó todo junto, ó quizá nada de ello por fin; en cuanto llegué á verme fuera de la puerta, dije con gran ahinco: líbreme Dios de tus intenciones, severísimo D. Severo, que de tus razones el ménos sabio se puede librar, y yo me libraré como cualquiera pobre, que para eso, gracias le sean dadas, me ha dado Dios tan gran entendimiento y sabiduría.

Con tal murria llegué á mi casa, y con tal enfado de que consienta la policía unos hombres tan dañinos y perjudiciales, que dije que no quería comer; mas animáronme de tan buena manera, que comí más que tódos, y me supo mejor que ningun dia; fuíme á la cama; y pasé una buena siesta, sin embargo de haber tenido una pesadilla, y soñado que veía á mi escolar afanándose por desacreditar á todo el mundo, sin más motivo que no poder tolerar que parezca bien lo que no es suyo, y sin más razon que sus dichos es-

cuetos morondos y lirondos, envueltos en tal cual expresion misteriosa, alguna desvergüenza y cuatro bufonadas ó dichetes. Santigüéme cuando disperté, como si hubiera soñado que veía al malo, y quedéme despues con mucho sosiego. Leyéronme lo que en mis papeles había escrito, y viendo que nada había sino decir muchísimos males de las comedias burlescas, exclamé lleno de júbilo: tate, que á las manos se me ha venido la ocasion de vengarme del tal rato que me ha dado el Sr. D. Severo. ¿Qué obra más oportuna para ridiculizarle que su misma obra? En viendo tódos cuantas picardías ha escrito de tan preciosas obras, y que de todas ellas no da una razon que tal se pueda llamar; que levanta testimonios falsos á porrillo, y que funda sobre ellos sus murmuraciones, tódos le conocerán por lo que vale, y se reirán con indignacion de unas obras en que no se ve rastro de razon bien fundada, ni más que unos fútiles esfuerzos para desacreditar los escritos de sus paisanos: alto, pues, he de imprimir sus notas tales y como él las hizo, para que la obra que es destinada á la risa pública, tenga eso más de que tódos se rian: tan á gusto de toda mi familia fué este parecer, que tódos le aprobaron sin detenerse.

———————

CAPÍTULO X.

DE OTRA GRANDE AVENTURA QUE DESDE LÉJOS TUVE CON D. SINCERO VERAZ, Y CARTA QUE ÉSTE ME RESPONDIÓ.

Empero yo, que deseaba tener una buena aprobacion de mi empresa, y para solicitarla con mejor éxito, hice sacar otra copia de las comedias elegidas, sin incluir las malditas notas, que no me parecía conveniente presentar ante quien desearía yo que me elogiase la obra; dió la desgracia que el sujeto que me indicaron no estaba á la sazon en la Córte, y era menester entenderse por cartas; pero de tal manera me informaron de D. Sincero Veraz (esta era su gracia). que no dudé más, y no me detuve en escribirle luégo que estuvo hecha la copia.

Era mi D. Sincero, segun los informes, un hombre á medio traer, como suele decirse, ni bien viejo, ni bien mozo, de genio, aunque retirado, muy complaciente, y en extremo trabajador y aplicado á las letras; que en cuanto á si es ó no es instruido, él se lo sabrá allá, ó lo sabrán los que hayan visto sus obras, que yo no entiendo de eso, y no sé hacer juicios de las cosas ocultas. Pero lo que más me llamaba la atencion es el saber que ha sido aficionado y promovedor de las cosas teatrales, y quizá la persona que, entre

los que viven, ha compuesto mayor número de ellas; aunque he de confesar que no me agradó mucho el saber que ha quemado á dos y á tres docenas los originales de muchas comedias suyas, y entre ellas algúnas que yo mismo había visto representar con aplauso y con gusto: mas estas cosas consisten en opiniones, y no es cosa de que nos paremos en esto, que las opiniones y pareceres son como los vestidos, y cada cual puede hacer de su capa un sayo.

Temblando estaba yo que no hubiese hecho giras el mio y reprobado enteramente mi intencion y mi proyecto, aunque de todos modos estaba resuelto á seguir adelante con mi empresa, que aunque mi grande prudencia me estimule á tomar consejo, pero mi gran sabiduría me ha puesto en estado de no hacer caso, cuando el consejo es contrario á lo que mi experiencia y notable talento conoce ser lo mejor; pero cuando me hallaba en este estado medio entre el temor y la determinacion, apénas habían pasado unos doce ó trece dias, me hallé con la carta siguiente:

«Muy señor mio: No eran necesarias todas las »protestas con que V. me honra, para que yo me tu»viese por muy favorecido con la suya: siempre lo es »cualquiera á quien consultan; la confianza que se »muestra tener en él, recompensa sobradamente toda »molestia, si algúna se le pudiera ocasionar. Mas áun »esto no se verifica en mí; porque léjos de molestar»me, tengo especial complacencia en servir á quien »confía en mi parecer, y mayor es esta complacencia »cuando se trata de materias de mi gusto, como todas »las literarias, de cuya clase son tambien las teatra»les; pero mucho mayor, cuando veo un proyecto »que de cualquier modo puede contribuir á una re»forma deseada y necesaria. Tal es la reimpresion que

»usted proyecta, y por tanto no puedo yo dejar de »aprobarla de todo corazon.

»En ninguna materia soy ni he sido jamás cóm»plice de los injustos detractores de la España de »nuestros padres y abuelos, ni de la España de nues»tros dias. Amo y he amado siempre este grato nom»bre, áun en las cosas que suelen pensarse que lo »merecen ménos: y una de éstas es el teatro. Guár»deme Dios de disminuir ó disimular el verdadero mé»rito de los excelentes ingenios que se han empleado »en el nuestro, y de creer que sus producciones, aun»que defectuosas, ó no tienen muchas excelentes »prendas, ó son incapaces de presentarse ante el tri»bunal del buen gusto, con sólo pasar de antemano »por una ligera pero juiciosa correccion: muy al con»trario, creo firmemente, y lo creo despues de muy »prolijo exámen, que son tantas las obras teatrales »que tenemos, capaces de parecer excelentes á los »ojos de tódos, áun de los más rígidos extranjeros, »como pasen ántes por una prudente correccion; que »no dudo que si se aplicasen á ésta algunos de nues»tros sabios, podríamos tener, dentro de poco tiem»po, una coleccion de dramas igual á lo ménos en »bondad, y muy superior en número á los teatros »más celebrados y bien provistos de Europa. Aún »paso á más, y no tengo duda en que esta deseada »coleccion de obras dramáticas de nuestros mayores, »libres ya de los grandes y principales defectos que »nos echan en cara, no está léjos de presentarse al »público, y quizá mirará á su obra de V. como á su »precursora. Pero no obstante todo esto, conozco y »no se puede negar, sin cerrar los ojos y los oidos á la »razon, que todas las obras de nuestros grandes in»genios, llenas de poesía, de imaginacion y de mu-

»chas otras gracias, lo están tambien de monstruosi-»dades y defectos no ménos grandes; y lo están en »tanto grado, que creo poder asegurar sin riesgo, »que no me señalarán úna siquiera que no tenga al-»gúnos. Mas no es esto lo peor, respecto de que, como »acabo de decir, no sólo son capaces de correccion »muchas de ellas, pero se espera verlas presto corre-»gidas: lo peor y lo más díficultoso de enmendar no »está en ellas mismas. Aquel depravado gusto del »vulgacho que, complaciéndose de cosas estrafala-»rias, no aplaude sino las extravagancias, fué sin »duda el que hizo que nuestros grandes talentos se »prostituyesen al interes de la vanagloria presente, »contra su propia conciencia y conocimiento, hasta »lisonjear la necia ignorancia del vulgo: ellos mis-»mos lo confiesan así, y la verdad de su confesion no »necesitaba su testimonio para conocerse el vulgo de »toda clase. Fortificado con no ver otra cosa, y con »una larga costumbre y pasion de aplaudir lo más vi-»tuperable, atrajo á su modo de pensar múchos que »no son individuos del populacho: la ignorancia y el »provecho de los comediantes; el interes de cuantos le »tienen en el teatro: el de los que, por otra parte, son »partidarios de algunos de éstos; y la manía de va-»rios que piensan que es defender á su nacion ó á sus »autores el patrocinar y alabar sus defectos; todos es-»tos motivos juntos han hecho que haya siempre y »subsista aún un gran número de gentes tan tenaz-»mente preocupadas, que no son capaces de ver ni »conocer la extravagancia de las cosas que aplauden. »Mas ¿cómo se curará esta grave y antigua enferme-»dad que es necesario desarraigar? Dar las reglas, »clamar, criticar, hacer patentes las extravagan-»cias: todo esto y mucho más se ha hecho, y ha sido

»en vano; su obra de V. me parece que puede con-»seguirlo.

»Esas comedias burlescas son, en efecto, una cla-»ra burla de los despropósitos de que están tejidas las »más de las comedias; los escondites, las escapadas, »los dichos, los lances, las inoportunas introduccio-»nes de los graciosos, y no más oportunas mezclas de »personas altas y bajas, el pundonor quijotesco, los »desafíos, el recibimiento que las damas hacen á los »galanes, todo está en estas comedias imitado de las »comedias vulgares, y éstas ridiculizadas con la »imitacion.

»No ha faltado sabio que se ha persuadido que Cer-»vántes, el inmortal Cervántes, escribió con este fin »una porcion de comedias llenas de los mismos desa-»tinos que las demás. Si acaso las compuso aquel »hombre inimitable con este fin, y no fué su obra »efecto de flaqueza más bien que de reflexion, podrá »decirse que no logró el fin, porque el intento estaba »demasiado paliado; mas en las comedias burlescas »no puede estar más manifiesto; y siendo así ¿qué »cosa más á propósito para convencer sin réplica que »un lance que se celebra es un despropósito, que »presentar otro tal, que siendo en todo como aquél, »no puede ningúno dejar de confesar que es extrava-»gante y ridículo? ¿Quién negará que son tambien »ridículas y extravagantes tales ó tales expresiones »de una comedia vulgar, si ve que no puede oir otras »semejantes en úna burlesca sin reirse á carcajadas? »Es, pues, excelente su pensamiento de V.

»A la manera que en el D. Quijote procuró y con-»siguió Cervántes purgar la Nacion de las historias »caballerescas que amaba, con una historia caba-»lleresca, así V. va á purgar el teatro y la Nacion de

»los dramas desatinados que ama, con otros dramas »desatinados: se prepara así el camino para que, »viendo despues aquellos mismos dramas con todo lo »que sus autores inventaron bueno, despues de ha»ber apartado lo que para dar gusto al vulgo introdu»jeron malo, se acostumbren las gentes que con tan»ta razon veneran sus nombres, á no venerar tam»bien sus defectos, á dirigir su amor á sólo lo que tie»nen bueno, y á desear, por amor á los mismos auto»res, que se aparte de los ojos del público todo lo que »puede contribuir á desacreditarlos. Este es el medio »de que nuestro teatro ascienda á toda la altura á que »puede subir: todo me gusta en su proyecto de V. »*¡Teatro Español burlesco!* ¿Qué título pudiera bus»carse más á propósito para hacer ver, desde la pri»mera palabra, que se publica una obra dirigida »para burlarse de los defectos del teatro? *Risum te»neatis, amici:* ¿Que tema más oportuno para el pro»pio fin? Como quien dice: ¿Es posible que veais sin »reiros una cosa tan monstruosa como las más de »nuestras vulgares comedias? Conoced su ridiculez: »en esta obra la teneis de bulto. En fin, ¿para qué »cansar más á V.? Su obra me gusta en todas sus »partes, y le ruego que la publique al instante; y si »acaso fuere por suscricion, cuente V. con mi parte »y las de mis amigos.

»Por efecto de mi complacencia hice algunas ob»servaciones ligeras, y pocas sobre algunos pasajes »de estas comedias burlescas, que más notoriamente »ridiculizan á las ótras, y me he tomado la licencia »de apuntarlas en sus lugares como notas. Ruego á »usted que lo tenga á bien, y que no deje de man»darme como á su apasionado y servidor que su mano »besa.=D. Sincero Veraz.

CAPÍTULO XI.

DE LAS RESULTAS QUE TUVO ESTA AVENTURA, CON LO DEMÁS QUE CONTIENE.

Tan complacido me dejó esta carta por un lado, como frio por ótro: tres ó cuatro veces sentí una especie de calofríos que parecían preludio de tercianas; y por fin, ella se acabó de leer, y yo me quedé tan callado como una estatua. Todos los de casa se miraban únos á ótros, y ningúno se atrevía á romper el silencio, hasta que un estudiantito, que solia ir á que mi Antonia le diese algunas lecciones de representado y de bailar la tirana, y en esta ocasion nos había servido para leer la carta, porque en letra de mano nunca ha estado mi Juan muy diestro, rompió oportunamente el silencio, y dijo: ¿qué es esto, señores? Deseábase con ansia esta carta, y apénas ha venido, parece que ha quitado á tódos el habla. Sin embargo, me parece que no hay en ella motivo para tanta confusion. Pidió V., señor maestro, á este D. Sincero que diese su aprobacion ó dictámen sobre la obra de

usted, y su respuesta, que está escrita con toda la atencion posible, no solamente es una aprobacion, sino una aprobacion tan completa, que se extiende hasta el título, el tema y cuanto en lo que V. le remitió. Sí, señor Nicolasito, dije yo al estudiante que se llamaba Nicolas, y le nombrábamos de este modo por la mucha confianza, y porque aún no había cumplido quince años; sí, señor Nicolasito, aprobacion y aprobacion completa; pero ¿con qué zurrapas? No siento lo que me llamas, sino el retintin con que me lo llamas. ¿No ve V. ese encono con que trata á las inmortales obras de nuestro teatro, que hasta se atreve á decir que ni úna tenemos que no tenga algunos defectos? Asegúrole á V., á fe de Crispin, que tiene esa carta muchas y muy muchas proposiciones que, no embargante su mucha cortesanía, han atravesado este corazon como si fueran otras tantas lanzas ó flechas emponzoñadas. No fuera mi dolor tanto, si este D. Sincero no fuera tan gatica de Mari-Ramos, y procediese con ménos comedimientos. Líbreme Dios de las aguas mansas; desvergüenzas quería yo, que nó cortesanías; que si él se me viniera con desvergüenzas y libertades, riyérame yo de él á carcajadas, y quedára desahogado con decirle otras tantas, que, gracias á Dios, no me faltaría caudal ni espíritu para decir, más alta es la mia, ó reirme de cuanto dijese; pero cuando viene tan modestito con el tono de quien tiene razon, no me atrevo yo á decirle cosa que no sea correspondiente á su tono; y vea V. cuál es mi pesar, que me parece que ese D. Sincero de mis pecados me ha de forzar á que confiese yo tambien que nuestras comedias son defectuosas; y ántes ciegue él y toda su casta, que pueda ver salir de mi boca confesion semejante. ¿Y qué necesidad hay de

que haga V. semejante confesion? replicó Nicolasito, que me pareció entónces un ángel descendido del cielo para mi consuelo y el de mi Antonia, que á cada palabra que decía, daba una carcajada de aprobacion. Ninguna necesidad, ninguna absolutamente hay de que V. confiese lo que le repugna. El señor don Sincero se ha tragado que V. reimprime esas comedias para burlarse de las ótras; y en eso va tan distante del blanco como en lo demás. ¿Qué se le da á usted de ello? ¿Es V. responsable de sus errores? Nó, por cierto. Ése debe de estar preocupado como tantos en contra de nuestro precioso teatro; y cuanto habla de teatro, le parece que es ir con su parecer. Esto nace, señor maestro, de tener la cabeza alterada. D. Quijote veía ejércitos de enemigos donde sólo había una manada de carneros, y gigantes donde nadie descubriera sino molinos de viento; y este nuevo D. Quijote ve una sátira muy sublime donde sólo hay una aprobacion trivial, y reprensiones á millares donde nadie ha puesto sino alabanzas. Pues, señor mio, el que esté loco el ótro por ese lado, ¿ha de ser motivo para que V. se acibare y nos dé á tódos pesadumbre? Nó, señor; en su pellejo de V., me riyera yo de su locura, y valiéndome de su aprobacion, imprimiera la obra, y con ella la carta y las notas, para que llevára eso más de que tódos se riyeran.

Bendito sea ese piquito de oro, que saber no va en canas, ni valor, en barbas, exclamé yo; y sin dejarme proseguir, me interrumpió Antonia: ¿Y cómo, si es piquito de oro? No lo sabe V. como yo: que no tiene cosa mi discípulo, que no sea oro finísimo. Haga usted cuanto le dice, y acertarálo, que así hago yo, y me va muy bien, y lo demás es andarse por las ramas: y si yo fuera V., le había de calzar unos zapa-

tos nuevos, no más que por la respuesta, que ya le van haciendo falta al pobrecito.—Dices muy bien, Antonia, que le calce Juan aquellos entapetados, que más vale que cien pares de zapatos el sosiego que ha infundido en mi ánima con su respuesta, y el descanso con que me deja su acertada resolucion.

CAPÍTULO XII.

EL BAILE CON NICOLASITO Y FIN DE LA CONSULTA.

Antes que yo acabára, ya Antonia había alcanzado los entapetados de un salto, y Juan estaba ya calzándoselos ántes que Nicolasito tuviese lugar, ó para excusarse, ó para dar las gracias. ¡Carambita con el Sr. D. Sincero! decía mi Juan calzando los zapatos: cuidado, que si no fuera porque está loco, los sordos nos habían de oir. ¿Nada más que sujetar á correccion nuestras comedias? Algunita correccion sería ella. ¡Que si quieres, correccion! Cuidado, que al señor de la correccion le va hediendo el alma, y me van dando flatos de enredarme con su pescuezo. Correccion: ¡qué bella letanía de patadas!.... Vaya, Antonia, ya el Sr. Nicolasito está calzado de nuevo: á estrenar los zapatos, y báilennos ustedes una tiranita, porque si no me divierten la purga de la correccion, no he de reparar en que el Sr. D. Sincero está loco y está léjos. No se enoje V., que le bailarémos, dijo Nicolasito, y ya los dos estaban de frente y de jarras, y Juanillo tocando la tirana en el tiplillo. A poco rato se levantó Pepa, y hurtando á Antonia el

puesto, dijo: tambien me he de holgar yo, que no he nacido del polvo, ni soy parienta del señor de las reverencias. Mire V. qué bien viene la protesta de que ama nuestras cosas, con la carga cerrada que luégo las echa: sobre que no hay sino vivir por ver..... Y entre tanto, bailaban que se las pelaban: el zapateo era de lo más fuerte y escogido, y los movimientos tan delicados, que parecía que tenían tembladeras. Recreándome estaba yo en lo interior de mi ánima de ver las habilidades y bienes que la asistencia á las comedias había traido á mi casa, cuando mi Felipa que, como solía, estaba tendida en su último rincon, se asomó. llegando con trabajo apoyada en un palo, y diciendo: ¿qué hay hoy en mi casa que parece que se hunde, y nadie me oye? Así que vió cómo bailaban, sin que nadie la respondiera, y sin decir otra palabra, alzó las manos al cielo, y se volvió á su tendedero.

Acabado de allí á poco el baile, hablamos un rato sobre la materia, y quedó determinado imprimirlo todo, sin que nos parásemos á leer las notas, porque yo propuse que, conforme se fuesen imprimiendo, me las leerían, y pondría yo ótras que sirviesen de contraveneno: que cada mártes tiene su domingo; y hablemos á coros, y oiránnos los sordos. De ese modo, dijo Nicolasito, saldrá una obra clásica, *cum notis variorum*..... ¿Y qué quiere decir eso, repliqué yo, que en verdad que me suena muy bien?—¡Y cómo que suena bien! Y áun mejor viene al caso, porque esta advertencia suele ponerse á las obras famosas, que reimprimen con anotaciones de varios sabios, y éstas suelen ser las ediciones más estimadas..... Tentaciones tuve de darle otro par de zapatos; mas dejándolo para otra ocasion, le dí un abrazo

y le dije: Apunte V. aquí, D. Nicolasito de mi corazon, apunte V. aquí esa maravillosa sentencia, que con notas de varios y muy varios ha de salir mi obra más excelente; y he de añadirla tambien la puntual noticia de todo lo que ha pasado, para que ningun ciego apasionado pueda volver á pensar lo que no me ha pasado á mí por el cerro de la imaginacion; que si yo llamo *Teatro Español burlesco*, no es porque me burle de las otras comedias, ni de cosa ninguna de este mundo, y mucho ménos del ótro, sino porque las obras que imprimo, se llaman y se han llamado siempre á boca llena *Comedias burlescas;* y si pongo aquellas palabras latinas, no es porque yo me rio de nadie, sino porque así las puso el cruel D. Severo, y quiero que se rían de él y de todas sus sátiras. Aprobado por tódos esto, Juan se puso la capa para llevar á Pepa á su casa, yo tomé la mia para ir á ver al impresor, y Nicolasito se quedó haciendo compañía á mi Antonia, porque aún no había tomado leccion aquel dia, y sentiría ella que perdiese un dia tan bello discípulo.

CAPÍTULO XIII.

CÓMO FUÍ Á TRATAR DE MI IMPRESION.

Oh, qué bien dijo aquel sabio que dijo: bien vengas, mal, si vienes solo! Íbame yo muy consolado de la pasada refriega para imprimir sin dilacion mi obra, y llevábala debajo del brazo á ella, y á su contenido entre las telas de mi corazon, y con tan gran esmero como confianza caminaba á casa del impresor, tan poseido de la gloria que de aquí me había de sobrevenir, (principalmente por haber vencido dos tan sobresalientes campeones, que ya iban allí, debajo de mi capa parda, á pasar, dentro de poco, plaza de locos, ó, por lo ménos ménos, de hombres estrafalarios y poseidos de una pasion irracional) que en cada esquina que encontraba, me paraba á contar los cartelones que tenía pegados, y decía entre mí: algo más honrada has de estar dentro de poco que lo que ahora te ves; y pocas veces te has de haber visto tan gloriosamente cargada como cuando se lea en tí, escrito de letras como la mitad del puño, el nombre, de hoy más, famoso del *Maestro Crispin Caramillo,* con su aditamento del precioso título de la obra.

Entretenido con tales ideas, y como empapado en mis venideras felicidades, llegué en casa del impresor, porque me parecía cosa acertada hacer la cuenta con la huéspeda, segun aquel antiguo proverbio de, ántes que te cases, mira lo que haces; porque sería un gran chasco, que yo fuese á emprender una cosa que, siendo mucho más costosa que lo que mis fuerzas alcanzan, hubiese de dejarla á media miel. Tuve la buena fortuna de hallar en casa al impresor, y con él estaban un señor abate muy rizado y gallardo, y un caballerito no ménos aseado, que debían de ser, como yo, pretendientes de la inmortalidad literaria que allí se reparte; mas como el dueño de casa, que me conoce muy bien, me recibiese con la cortés usual salutacion de *¿qué hay, maestro?* los dos huéspedes se pusieron en ademan de pensar en dejarnos solos, porque pensarían acaso que yo llevase ó alguna cuenta, ó cualquiera otra incumbencia de la maestría; mas yo los detuve, diciendo que nada de secreto llevaba, y lo que tenía que tratar era breve y podía decirse delante de Dios y de todo el mundo, porque era una obrita nueva que, gracias á Dios, no tenía por qué dejar de parecer en público con su cara descubierta. Detuviéronse los dos con lo que les dije, y harto me pesó de haberlos detenido, porque á las veces, segun está el mundo, es peligroso, y qué sé yo si diga que perjudicial, el que un hombre tenga buena crianza, y sepa usar de la cortesanía.

Expuse en pocas palabras mi pretension y todo mi proyecto, con los motivos que á él me estimulaban; y aunque seguía mi informe con todo ahinco, con ser éste tanto, no me estorbó que reparase en que los dos advenedizos se sonreían, y áun alguna vez los imitaba el amo de casa; pero un corazon cons-

tante y ya acostumbrado á tolerar heroicamente las persecuciones y contradicciones que esta mi muy amada empresa padecía, no podía entónces detenerse en un sonreir más ó menos, cuando no se detendría aunque los viese reir á trapo suelto. Acabada mi arenga con la misma firmeza que si nada hubiese reparado, entregué el manuscrito al amo de la oficina, suplicándole que me dijese á cuánto podría ascender la impresion. Registró con cuidado los papeles, y entre tanto los dos repasaban con la vista toda mi persona, sin observar que yo tambien los acechaba como el perrillo de mi compadre suele estar acechando dónde los oficiales ponen el cerote ó el sebo para despabilarlo. Cuidado conmigo, decía yo entre mí, que vosotros estais pensando que yo soy algun palurdo, y acercáos acá con vuestros rizos, que quince y falta os he de dar, y reirme de vosotros. Es muy posible que yo acertase en este juicio; mas no puedo asegurar que ello así fuese, porque ni yo soy zahorí, ni ellos me dijeron en lo que pensaban; y lo que piensa Sancho, sábelo él ó el diablo; al fin, para eso lo tapa el gato, para que no lo vea el amo.

CAPÍTULO XIV.

DIÁLOGO CON EL IMPRESOR.

Cuando lo hubo bien repasado, me dijo el impresor: aquí trae V., señor maestro, doce comedias burlescas, con algunas notas al pié y al márgen, y una carta pequeña; ¿se ha de imprimir con esto algun prólogo, dedicatoria ó alguna otra cosa? Hanse de imprimir, repliqué yo, unas notitas breves que yo he de poner en contraresto de las que vienen puestas, una dedicatoria de muy pocos renglones, con una historia que yo traeré, que explique con toda puntualidad todos los pasos por donde expresa ha venido, por en medio de mil dificultades, á verse, por fin, con entera sazon y en las manos del público, que no puede ménos que estimarla sobre las niñas de sus ojos.—Pero esas adiciones, con respecto al volúmen de toda la obra, ¿á qué podrán ascender?—Paréceme á mí, que poco más ó ménos, y á diferencia de un par de pliegos en todo, podrán componer una décima parte de la obra.—Muy bien, con eso tengo bastante para hacer un cálculo racional del costo que podrá tener. Supongo que V. querrá que se impriman en cuarto y

de cargazon.....—¿Qué quiere decir de cargazon y en cuartilla? ¡Una obra como ésta en cuartilla y de cargazon! Nó, señor mio, que se han de imprimir como yo quisiere, y como la obra lo merece.—No se sofoque V., maestro, esas son cosas que consisten en el gusto de cada úno, y aquí estamos para dársele á tódos. El dinero es solamente en quien consiste. Explique V. cómo quière que se haga la impresion.—Señor, yo quiero que se impriman como unos cuatro mil ejemplares; porque si imprimimos ménos, á los ocho dias ya no tendrémos ningúno, y no habrá con qué proveer las provincias de una obra tan excelente. —¿El tamaño?—Como esos libritos bonitos que viènen de fuera, que ya ve V. que en el dia no se publica cosa, aunque sea poco más que un almanaque, que no salga muy bonito, y como si fuera un libro de horas; y hacen los autores muy bien, que algo han de llevar de bueno sus obras; y dámela aseada, aunque sea jorobada. Por la misma razon, quiero que la letra, el papel, la tinta y el *rebirado* del aforro sea todo lo mejor que se pueda hacer en su casa de V.; y tengo entendido que es decir harto, porque nadie la levantará donde V. la ponga: tambien quiero, y esto, que es lo mejor, se me iba ya olvidando, y es, que los renglones vayan más anchitos que lo regular.—Entiendo á V., que lleven espacios.—Sí, señor; porque he reparado que los libros que más elogian los señores y las señoras, son los de media cuartilla larga, escritos de este modo con mucho aseo, y con su cintita: y á las veces, libros que de otro modo no se pueden despachar ni á dos cuartos, puestos de este modo, se los llevan tódos á porfía, y les parecen baratos en veinte ó treinta reales.—En buena fe que tiene usted muy buen gusto, y se conoce que trata con gentes

que le tienen.—Esa es merced que V. me hace; pues aunque debajo de una mala capa suele á las veces encontrarse un buen bebedor (y esto lo decía yo con roña, por las dos visitas), aquí no es, en verdad, el buen gusto quien me gobierna, sino el merecimiento de la empresa.—Muy bien; pero ¿ha de llevar esta impresion algun adorno?—Se supone que ha de llevarlos, y no sólo algúnos, sino tódos los que en una obra tal y tan buena como la mejor y la más pintada puedan caber. Lo primero que debe llevar es una lámina con mi retrato, que es muy puesto en razon que los que despues vinieren, sepan qué cara tenía el que tan felizmente supo acabar una obra en la cual puso tan inmenso trabajo, y que á costa de tanto sudor consiguió hacerla eterna; y no faltará algun buen buril que, por mi dinero, quiera hacerme la amistad de poner mi figura perdurable, quitándome con disimulo los efectos de mis últimos quince ó veinte años, para que las facciones salgan más agraciadas. Llevará despues sus letras laboreadas de lámina; una buena estampa de Carmona, Selma ó Ballester para cada jornada, ó, cuando ménos, para cada comedia; y en todos los principios y fines otra estampita menor, ó de los mismos, ó de ótros que les vayan muy cerca. Estos son unos adornos de que nada se puede rebajar, y cuando se trata de la mejor obra poética que se ha presentado á la prensa, á lo ménos segun á mí me parece, no podemos usar de mayor economía. —Estoy enterado en todo, señor maestro. Los artículos son muchos y muy varios, y no puedo hacer el cómputo exacto sin apuntarlo: soy con V., que muy en breve hago este cálculo.

CAPÍTULO XV.

COLOQUIO SECRETO DEL ABATE Y EL SEÑORITO.

Con inexplicable complacencia estaba yo viendo á mi impresor hacer números y más números, que tales debían de ser los garabatos que iba poniendo en el papel, y al paso que él iba aumentando los garabatos, se aumentaban en mi imaginacion los elogios que esta gran obra había de llevar de todo el mundo. Entre tanto, los dos huéspedes que estaban sentados juntos, y algo retirados de mí, se pusieron á hablar de quedo, que ya se ha hecho urbanidad esta descortesía, y no sólo se usa entre hombre y mujer, sino hasta entre dos hombres; yo, que no tenía que hacer, alargué tanta oreja con el posible disimulo; y aquí viene bien el proverbio, si lo escuchas, Blas, te arrepentirás; porque quien escucha, su mal oye; y tanto me acechas, que al fin te pesa. No tardé mucho, sin embargo que hablaban muy bajo, no tardé mucho en escuchar este pedazo de coloquio que, á manera de una pedrada que por yerro encontró con la sien, me dejó como sin sentido.—El maestro Crispin parece que se ha vuelto loco.—No tenía que volverse, replicó el caballerito rizado; há muchos años que da

muestras de estarlo..... Bien sabe Dios que tuve los más vivos deseos de embestirlos y romperles la cabeza á úno y á ótro con una horma que tenía por acaso en el bolsillo; pero me contuve..... Dios sabe por qué: estaba en rehenes mi muy amada obra, y perderla sería para mí más doloroso que perder un hijo. Sin embargo, decía entre tanto el abate: yo le tenía por un hombre regular, y parecíame, á lo ménos, medianamente sensato.—Nó, señor: ¿qué es medianamente sensato? Es y ha sido siempre un insensato. El teatro ès su manía.—¡Oh, bravo, bravísimo!—Tú lo serás y toda tu alma, murciélago de la humanidad, decía yo entre mí lleno de cólera; tú lo serás, que mi Felipa puede enseñar honradez á todas las madamas del mundo.—¡El teatro! ¿Y qué entendía de teatros este belitre? ¿Ha salido de España?—¿Qué es salir de España? Puede ser que ni áun la mitad de Madrid haya andado en su vida.—Mas esta es una chochez: un menestral sin principios, sin educacion, sin haber visto: ¡oh, sin haber visto, bo, bo, bo, bo! Esta es una chochez.

En la mano tuve la horma para santiguar al señor del bo, bo, bo, por el gran favor que me hacía; pero contúveme por no perder lo que diría el ótro. Nó, señor, le respondió; no es chochez: conózcole muy bien, y siempre le he conocido del mismo modo; es muy cabal, muy hombre de bien, y un menestral muy honrado; mas en tocándole en nuestro teatro, ni en *El Nuncio* de Toledo se dirán cosas más graciosas que las que dice (1). No cree que hay obra más exce-

---

(1) Así llaman vulgarmente en la antigua Córte visigoda al manicomio ú hospital donde se albergan los dementes. Semejante

lente en el mundo, que la más estrafalaria de las comedias, y por un minuto de *Marta aparente*, ó del *Diablo predicador*, dejaría diez representaciones enteras de *D. Sancho García*, de *Atahualpa*, ó *Sofonisba*. Es el hombre más raro de este mundo.—No digais tal, sino decid que es el eco del bajo vulgo y de la crasísima ignorancia de los actores..... Cada palabra que decía este abate me revolvía todas las entrañas: ¡crasísima ignorancia de los actores! Pues si los que llamamos actores son, como yo presumo, los comediantes, arrímese con pullas á su crasísima ignorancia, y verá cuántas vueltas puede darle el menor de ellos..... Ya conozco yo que toda su manía, dijo el señorito, nace precisamente de la costumbre. Un hombre que no ha visto otra cosa, que carece de principios para discernir, que no oye sino elogios de lo que celebra á las gentes de su esfera, y áun á múcha que, siendo de más alta clase, no es de más alto talento é instruccion; en fin, que mira á los actores con el mismo respeto que miraría á los héroes que suelen representar; un hombre, digo, de estas circunstancias, no sería extraño que fuese un eco de los ignorantes actores y del vulgo no ménos ignorante; pero es tan

---

nombre se lo adjudicó el pueblo á consecuencia de haber sido fundado en el siglo XV este caritativo asilo por D. Francisco Ortiz, canónigo de la Iglesia Primada, arcediano de Bribiesca y *nuncio* de la Santidad del papa Sixto IV en los dominios de España, si bien ocupaba aquel edificio distinto sitio del actual, cuya grandiosidad y esbeltez es debida á la munificencia del cardenal Lorenzana, quien á fines del siglo próximo pasado encargó la traza arquitectónica de tan suntuosa obra á D. Ignacio Haam, y la ejecucion de la escultura á D. Mariano Salvatierra.

(Nota del Recopilador.)

extremada su manía, que en esta materia tiene él solo las de todos los necios, y ni hay ni puede haber úno que se le adelante en el desatinado afecto á las comedias más estrafalarias; por lo mismo no puedo extrañar que haya llegado su manía al alto punto que reina hoy.

Ya no podía yo tolerar más, y estaba para reventar; se me iba un color, y se me venía ótro. ¡Amadas comedias mias! ¡Cuál era mi dolor al verlas tratar tan sin piedad por unas personas y en unas circunstancias en que eran vanas y débiles mis fuerzas! Ninguna aventura había sido de mayor riesgo. Los enemigos estaban unidos; y por lo mismo, sobre ser fuertes, estaban más fuertes; yo, por el contrario, me hallaba sin aliados y sin fuerzas. Pueblo dividido, cátale vencido. ¿Qué harás, Crispin? me decía á mí propio. D. Severo era úno solo, no se atrincheraba con razones, no era más que un apasionado mordaz: D. Sincero era más enemigo, pero le descubrimos que estaba loco; mas ahora que tú mismo estás pasando plaza de loco y de apasionado, ¿qué podrás hacer? Confirmas su dictamen si te opones; los dejas en él si callas; mas si no quieres ser tenido por loco, y te vas con la corriente: ¡si confiesas que las comedias tienen disparates! que sólo el vulgo ignorante puede..... ¡Yo confesar tal cosa! Antes cieguen que tal vean, y primero pase yo mil veces plaza de apasionado, de ignorante, de loco..... y qué sé yo. Primero vayan tras mí los muchachos gritando y tirándome tronchos, que cometa yo la inicua bajeza de decir mal de estas excelentes comedias que tantos dineros dan á las compañías.

No debía yo de decir estas cosas tan serenamente, que no hiciese algunos gestos extraordinarios, y ta-

les, que los dos conjurados lo repararon; y despues de soltar la carcajada úno y ótro, me dijo el abate con soflama: Maestro, ¿qué tiene V.? ¿Parece que le da algo? Nada, señor, le respondí, sino que me ha entrado no sé qué por este oido; me ha entrado no sé qué cosilla, y se debe de haber sentado en el estómago. Esta pulla les eché; mas ellos eran tales, que no hicieron más caso que si á una esquina se la hubiera dicho, y se tornaron á reir fuertemente, aunque poniéndose los pañuelos en la boca. Al mismo tiempo, ya rematadas sus cuentas, se levantó el impresor, y como si hubieran echado el telon, se acabó el entremes, y pasamos al principal asunto.

CAPÍTULO XVI.

PROSÍGUESE EL AJUSTE DE LA IMPRESION, Y SE RECONCILIAN CONMIGO EL ABATE Y EL SEÑORITO.

Ya está todo visto, me dijo el impresor, y sabido lo ménos que puede costar la impresion como V. lo quiere; y nombróme una montada de pesos, que me dejó lelo. ¡Válgame Dios, señor, le dije, ¡tan caras son estas cosas! Ya no me admiro yo de que algúnos digan que valen mucho algunos libritos, que ótros, que no deben de reparar en eso, dicen que no valen nada. Mis fuerzas, señor, no alcanzan tan arriba; y aunque los pesos me los volviera V. reales, no sé yo que pudiéramos salir del paso.—Pues nada hay perdido, amigo, con desistir de la empresa.—¿Es usted tambien parcial de mis enemigos? ¿Y se conjura con tódos para privar al público de la obra más primorosa y escogida que se ha proyectado?

Miéntras esto decíamos, el señorito había tomado los papeles; y leida la carta de D. Sincero, llamó al abate para que la leyese. El impresor procuró persuadirme cuán léjos estaba de tener enemiga ninguna ni conmigo ni con mi empresa; que su interes y su ga-

nancia estaba en que muchas cosas se imprimiesen: pero que le era muy costoso, no podia dejar de subir á mucho, lo cual no estaba en culpa suya; que siendo las comedias doce, eran muchas las láminas..... Cuando estas cosas estaba diciendo, se me previno de repente una idea que no puedo dejar de creer que algun espíritu superior me la infundió toda junta en la cabeza. Dígame V., dije, señor maestro, ó como á usted le llamaren, ¿y qué tendríamos si con la dedicatoria y la historia no publicásemos más que una comedia en lugar de doce, reservando las ótras para irlas imprimiendo despues úna á úna con lo que vaya produciendo la venta? Entónces, respondió, sería el costo mucho menor, pero siempre subiría mucho por el caso de los adornos.

Vamos, señores, componiéndose, dijo el abate: porque es preciso imprimir esta bella obra, sea como fuere: si estuviésemos en París ó en Lóndres, dentro de media hora se juntaría por suscricion más de lo que fuese necesario para una magnífica edicion.— Tambien aquí se dará medio de que se publique, dijo el señorito; que aquí ha tenido el maestro el más venturoso pensamiento del mundo.—No tengo yo voces para explicar lo que en aquel momento me parecieron aquellos dos hombres, si por ventura no eran más que hombres, que á mí mucho más me parecían; ni siquiera memoria me quedó de que me habían tenido por loco, y quisiera entónces metérmelos en el corazon; que al fin, obras son amores, y nó buenas razones; y, tales obras te hagan, tal corazon te pongan. Sea como ustedes quisieren, dijo el impresor; pero ya ven ustedes que el costo de las láminas y demas adornos..... ¿Qué adornos ni qué láminas? dijo el abate: obra tan profunda se degradaría con esos sobrepues-

tos. Dejemos esas costosas ediciones para los escritos magníficos, que no se destinan á que estén en manos de tódos, ó para aquellas obras superficiales y ligeras, que apénas tienen más mérito que estas galas; las matronas hermosas no necesitan engalanarse; cúbranse de pedrerías las que sólo pueden aspirar á parecer bonitas. Aquellas obras cuyo mérito consiste únicamente en una uniformidad monótona, que está publicando el trabajo que han costado para estar tolerables; salgan enhorabuena con todos esos atavíos á la francesa; mas una obra como ésta, que solamente consiste en un pensamiento feliz, profundo y sencillo, debe salir sin más adornos que su misma estructura, con toda la sencillez de las bellas ediciones á la inglesa. ¡Ah, señor abate! repliqué yo; á la inglesa quiero yo que vaya mi obra, que aunque yo no sé qué cosas son obras á la inglesa, pero deben de ser cosa muy buena, si sucede á estas obras lo mismo que á los zapatos; los que son hechos á la francesa moderna, son la cosa más bonita del mundo, y da lástima de ponerse en los piés una cosa tan delicada, pero apénas duran un dia; mas los que están bien hechos á la inglesa, solamente agrada lo que basta para no parecer feos; pero su material, su cosido y su desvirado es tan excelente, que no se les ve el fin, y cada vez parecen mejores. A la inglesa quiero yo mi impresion, con tal que de las impresiones sea lo mismo que de los zapatos.—El señor maestro es hombre de razon y buen gusto, y nó ménos de acomodarse á lo mejor; fuera viñetas, y fuera láminas, y contentémonos con una comedia.— Sea enhorabuena, como sus mercedes mandaren, que despues podrán salir las ótras, y si van sin estampas, mejor y más á la inglesa: ese es el modo con que yo quiero que se

presenten; pero parecíame á mí, si á ustedes no les desagradase, que podría, á lo ménos, llevar la estampa de mi retrato, que, por fin, es una cosa que no tiene que ver con la obra, y es una costumbre que va siendo muy usual.—No hablemos de estampa ninguna, interrumpió el abate, que cualquiera de ellas, sobre ser muy costosa, detiene la impresion; irá el retrato cuando sea tiempo.—Pero ¿cuándo ha de ser tiempo, si no lo es cuando se presenta á admirar á las gentes la mejor obra que han visto? Que aunque yo lo diga, no lo digo por alabarme, pero sé muy bien lo que vale esta obra.—Nosotros lo sabemos también, pero quizá no tendrá el mismo valor para tódos; dejemos reservado el retrato para la tercera ó cuarta edicion, cuando ya confiesen tódos, mal que les pese, el gran beneficio que les ha hecho el *maestro Crispin Caramillo*, y tengan, por lo mismo, un gran deseo de conocerle.—Ya entónces me habré yo muerto, y no podré gozar de tanta felicidad; pero ahí quedan mis hijos, y ya que no les deje otro testamento, dejaréles á lo ménos ese tesoro. Vaya sin retrato la obra, que no habemos de reñir por tan poca cosa, y no quiero yo pasar plaza de loco.

Miráronme los dos á estas palabras, y aunque se sonrieron, parecióme á mí como que se abochornaban de haber tenido de mí tan pícara opinion; y bastóme esto para acabar de sosegar el escozorcillo. El impresor, á estas razones, dijo que ya se trataba de poco; y señalando el último precio en que haría mil y quinientos ejemplares, que es el número que á él le pareció proporcionado, ofreció esmerarse en que saliese muy bien impreso, teniendo buen corrector. Aún despues de tantas rebajas, me parecía tan alto el precio, como bajo el número de los ejemplares;

pero acomodéme con úno y con ótros, porque no tuviésemos más disputas y detenciones; pero en cuanto á corregir la impresion, no sé yo de quién valerme; porque aunque sea, gracias á Dios y á mi buena fortuna, tan sabio como ustedes conocen, y mucho más que mil ótros que presumen sólo porque saben leer, pero no tengo por qué negar que no sé leer ni escribir. Sonriéronse los tres de nuevo, aunque con disimulo, y el señorito dijo: en efecto, ni tiene V. por qué negarlo, pues ciegos ha habido sabios muy afamados, y ni podían saber leer ni escribir; mas no teniendo V. ótro, yo me ofrezco desde luégo á ser el corrector, porque deseo poder decir que tengo parte en la obra, y aún no he de tener esta sola; y echando mano al bolsillo, sacó dos caretas, y prosiguió: aquí están dos ó más para que el costo de la impresion sea más llevadero.—Aún más ha de ser, que aquí están otras dos de mi parte, y queda de mi cuidado el hacer la dedicatoria, con la única condicion de que el señor maestro me la deje hacer á mi gusto. —Hágala V., señor abate, como mejor le pareciere, que en verdad que no le cuesta muy barata la libertad.—Pues tenemos despachado, dijo el impresor; no olvide V. las notas que tiene que añadir, y yo me encargaré de todo, hasta de solicitar la licencia. Escoja usted cuál de estas comedias quiere que vaya, y no tenemos más que hablar.—En verdad que me pone usted en gentil aprieto; que doyte á escoger, y doyte que entender: dejarían de parecerme á mí tódas excelentes, si yo pudiese hallar úna que fuese digna de ser privilegiada primero que cualquiera de sus compañeras; y lágrimas de sangre me costaría cada úna que por mi voto hubiera de ser desechada, aunque no fuese más que para ponerla en segundo lugar.—Us-

ted tiene mucha razon, dijo el caballerito; todas ellas son tan iguales, que ningúna puede tenerse por más ó por ménos que ninguna ótra; pero pues ello es preciso que haya de elegirse una sola, sea la suerte quien decida la eleccion, y ningúna tendrá de qué quejarse. Veamos cuál está puesta primero, y sea ésa la que se quede.—Grandemente, señor caballero, á quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga; vea usted cuál es á quien toca hacer eterno el nombre de *Crispin Caramillo*.—Registróse al momento el cuaderno, y se halló que estaba cosida la primera de tódas úna que tenía por título *El Caballero de Olmedo*; ¡oh bienaventurada tú, excelentísima comedia, que vas á tomar la delantera á todas tus compañeras, y el verte primorosamente impresa á la inglesa! Entre tanto que yo esto decía, sacó el caballero unas tijeras, y descosiendo el cuaderno, separó al venturoso caballero de sus once infelices amigos, los cuales me entregó, y yo los recibí diciendo: venid, vosotros, en merecimiento iguales, aunque seais desiguales en la fortuna; venid á estar conmigo en un amigable depósito, de donde no tardaréis en salir en la segunda y siguientes partes de mi obra.—Hace V. muy bien, dijo el abate, en aspirar á la segunda parte, si la primera fuese tan bien recibida como merece; y en caso de que no lo sea, y V. no cumpla su promesa, no será su obra de V. la primera que se haya quedado en la primera parte, sin embargo de ofrecer una pronta continuacion.—Mas una duda, señores, se me ofrece ahora, y en verdad que no he de reventar con ella en el buche. Cuando yo iba á imprimir las doce consabidas comedias con el título de *Teatro Español burlesco*, tenía mis escrúpulos, y áun sospechaba que no pareciese muy cabal y acertado el título, por-

que no caía sobre todas las comedias burlescas españolas, sino solamente sobre una miserable docena; y parecíame á mí que, para que el título no mintiese, debería comprenderlas tódas; mas si esto me sucedía imprimiendo doce, ¿qué deberá sucederme ahora que sólo imprimo úna? ¿Hemos de dar el mismo nombre de Teatro Español á una sola comedia?—Sí, señor, dijo al instante el abate, y áun ésa es una de las más apreciables circunstancias de la obra, que no hay ley ninguna que prescriba cuántas obras son necesarias para formar el nombre de teatro: tódos, por lo regular, tienen pocas, y en adelante se sabrá, con nuestro ejemplo, que basta con úna; y esto, áun sin contar con que yo he visto teatros que no tienen ningúna; dígolo, porque aunque tengan múchas, es lo mismo que no tener ningúna, si tódas son malas.—Además de eso, interrumpió el caballero, como esta obra se piensa seguir, el título no cae sobre este ensayo, sino sobre toda la coleccion. Con esto queda despachado todo; el tratado preliminar de esta edicion quede como se ha determinado, y nada tenemos que mudar ó dudar sobre ello.—Amén, dije yo, é hice una humilde reverencia al caballero.

CAPÍTULO XVII.

PRONÓSTICO Ó PROFECÍA QUE SOBRE MI OBRA SE HIZO, Y GRAN DISPUTA QUE DE AHÍ SE NOS ORIGINA.

ESTABA yo, miéntras todo esto, tan lleno y como repleto de gozo, que aún no estaba para reflexionar sobre ello; mas, sin embargo, no dejaban de subirme de cuando en cuando mis ciertos humos de admiracion, y andábame siempre saltando de una parte á ótra, por dentro de mi cabeza, una confusa duda que yo no podía resolver. No podía yo apear cómo estos caballeros que á los principios tan mal pensaron de mi obra, que sólo porque pretendía publicarla no tuvieron recelo de tenerme por loco confirmado, éstos mismos repentinamente, y sin haber pasado más palabras, se habían vuelto predicadores de su merecimiento, y habían azuzado por tener parte en la impresion áun á costa de su dinero. Esta gravísima duda me la desató en un momento una feliz casualidad.

—Acabado ya todo, dijo sentándose en un sillon el impresor: Desearía, para instruccion mia, saber cuál es el mérito tan extraordinario que encuentran ustedes en la reimpresion aseada de úna ó de muchas co-

medias burlescas, que les ha obligado con tanto empeño á facilitarla y á promoverla.—Aquí te quiero, escopeta, dije yo entónces para mi sayo.—Segun eso, respondió el caballero, ¿usted no ha leido esta carta? Diga V., pues.—Y leyóle de cabo á rabo toda la carta de D. Sincero, y áun algunas de las notas que tenía puestas la comedia. Esta lectura se interrumpía de cuando en cuando con exclamaciones muy vivas, y todo era aplauso de todos tres. —Ha visto V., decía el abate, un pensamiento más feliz, que curar disparates con disparates, y comedias extravagantes con comedias extravagantes?

—Tate, dije yo entre mí, que á estos pobres se les ha pegado la locura de D. Sincero: ¡válgame Dios! ¿Quién diría que estaban locos, viéndolos tan bien puestos y arrazonados? Ya no puedo ofenderme de que hayan pensado que yo padecía una enfermedad semejante á la suya; pues tódos los que la padecen, piensan de este modo de los ótros; lástima les tengo: vamos á ver cómo desbarran, y he de divertirme con ellos grandemente; y púseme á escuchar con gran silencio y con un ánimo bien determinado á oir mil blasfemias contra nuestro teatro, sin replicarles una palabra, si pudiese conseguirlo conmigo.

—¡Qué obra esta, dijo con gran ponderacion nuestro abate, si se hubiera concebido en otro país y, séame lícito decirlo, en otra cabeza!.... Perdone usted, maestro, que cuanto ménos pudiera esperarse de usted, tanto más elogio para V.—Usted diga cuanto quisiere, que no me entrometo yo en sus conversaciones.—Y entre mí añadí: ¡pobrecito, habla, que comprado lo tienes! Éste viene á ser un pequeño Don Quijote de nuestras comedias.

—Cuando yo estaba en París, me dolía la cabeza

de oir blasfemar de nuestros poetas dramáticos; mas como tenían razon, no sabía qué responder. Esta obra, si llega á surtir el efecto que yo deseo, nos pondrá en estado de que algun dia no puedan darnos en cara con este defecto; y el teatro, que suele ser el barómetro de la instruccion pública, mudará muy en breve la reputacion; la lástima es que sale en un país y en un tiempo que no puedo yo esperar que surta todo el efecto apetecido.—Pues ¿qué halla V. en el tiempo ó en el país en que sale esta obra, para que presumamos mal de su efecto? dijo el señorito.—Estamos en un país lleno de vulgo.—¿Y cuál no tiene? —Mas aquí son vulgo los que ménos lo parecen.—Y en todo el mundo sucede lo mismo. Al tiempo que *Marta aparente* ha llamado los ignorantes de Madrid, se ha representado en París ochenta veces *Las bodas de Figaró*, y otras tantas *El Barbero de Sevilla;* la multitud de París y de Madrid corría tras estos despropósitos, mas la gente sensata é instruida de España y de Francia los despreciaba igualmente.—¡Oh, señor! en cosas que dan en cara tan fácilmente, es más facil tener alguna idea; pero ¿cuántos son los que tienen una perfecta idea del teatro? Vase acabando el siglo XVIII, y aún se disputa sobre las unidades ó, por mejor decir, aún no se tiene una idea neta de ellas. Creen los únos que son algun bu extraordinario, y que un drama no tiene otra dificultad. Creen los ótros que son una cosa fácil, y procurando observarlas, hacen un despropósito sin interes, sin gracia, sin vigor. Las reglas teatrales se miran como caprichos franceses, y, cuando más, se colocan en la clase de las modas.—Múchos son, no obstante, los que saben que esas mismas reglas eran las mismas en Aténas y en Roma, cuando París era un bosque

mal habitado por bárbaros feroces y sanguinarios; no son ménos los que saben que esas reglas no son caprichos, sino observaciones que las dicta la misma razon natural, y que léjos de ser una moda efímera, como suele decirse, son una norma inalterable.—No dudo yo que así lo conozcan múchos; mas en la práctica tenemos muchos trabajos.—Tendrémoslos ciertamente, porque una revolucion de espíritus, ó por mejor decir, de gustos, no se hace en dos dias. Ya nuestros poetas van siguiendo en la práctica aquellas reglas que jamás nos han faltado en la teórica. Hemos visto un *Delincuente honrado*, en prosa, y pocas cosas producen hoy los extranjeros que sean mejores. —Sí, señor; pero hemos visto tambien ese mismo *Delincuente* deshonrado en verso, y tener infinitamente mayores aplausos; ¿qué esperanza pueden tener las obras excelentes, cuando los aplausos parece que están reservados para las pésimas? Peró aunque todo esto no fuere así, ¿qué se puede esperar en una estacion que debajo de cada piedra nace un crítico mordaz como una mata de rabanillo? España ha sido siempre fertilísima en grandes talentos; pero los grandes talentos suelen no brillar si los ofuscan. Si por una parte no esperan el premio del aplauso si no lisonjean los caprichos del vulgo, y por ótra son oprimidos con un diluvio de epigramas y papelillos de estos avispones literarios, ¿qué progresos pueden hacer los que, sostenidos y fomentados, pudieran ser abejas que derramasen dulcísima miel en la nacion? No se canse V.: el vulgo es muy grande, y se extiende por todas las clases; y el vulgo de la córte será siempre un obstáculo invencible para la reforma de nuestro teatro: la presente obra conseguiría todo sú efecto, si esta verdad no fuera tan vergonzosamente verda-

dera.—Mis pensamientos, señor abate, son ménos melancólicos. Nosotros mismos hemos visto comenzar una gran revolucion en nuestras ideas, y vemos que el vulgo mismo tiene muy diversas ideas que las que tenían esos propios avispones, como V. los llama; esos propios, en medio de su vituperable causticidad y de su reprensible insolencia, presentan una idea de que los pensamientos vulgares son hoy muy diversos. Subsiste, es verdad, este aura popular, que favorece los dramas desarreglados; la excelente versificacion de algunos autores, las buenas situaciones de ótros, el gracejo de ótros, y otras semejantes calidades sostienen los malos efectos de la costumbre; pero cuando se vea de bulto en esta obra que lo mismo que allí se admira se ve aquí y se conoce ridículo, ¿será posible que no se corran de admirar en una parte lo mismo que rien en ótra? Siempre he tenido yo buena opinion de mis paisanos..... si no ven otra cosa, ¿y qué pueden celebrar? Si los comediantes, ó tuvieran ménos interes y más instruccion, ó ménos influjo en la eleccion de los dramas; si se dejasen de ver despropósitos; si sólo se viesen obras arregladas, aunque fuesen endebles, el vulgo se instruiría y apreciaría las buenas, y se esforzarían los escritores que son capaces de producirlas, para ganar su aprobacion, y llegaría tiempo en que se viesen muy buenas. Hoy se ven obras, ó desarregladas ó sin talento, y hechas mal grado de las musas; los verdaderos talentos no quieren exponerse con tanta facilidad á las muchas causas que subsisten para desacreditarlos. Usted nos habla sin cesar de París. No podrá V. negar que un buen talento que hace un drama ó dos, que agraden al público y á los sabios, asegura su fortuna y su nombre; ¿querrá V. persuadirnos que no bullirían en

España las buenas obras, si hubiese entre nosotros las mismas circunstancias? ¿Qué le vale al autor que más le vale la composicion de un drama? ¿Qué crédito gana con él? Todo esto es menester mudarlo, si se ha de corregir nuestro teatro. Está lleno de despropósitos, de ignorancias, de abusos, de indecencias, de malos ejemplos, de mal lenguaje, de mal verso, de obscenidades.....

—Echa, echa, lengua de hacha, decía yo entre mí, y agradece á las dos caretas, que yo te dijera si nó cuántas son cinco.—Tiene V. mucha razon, replicó el abate; pero por eso mismo desespero yo de su remedio. Paréceme que estoy viendo la fortuna de nuestra obra. A la primera vista será celebrada como todas las que salen nuevas, y tienen un aire de sátira. Hablaráse de ella algunos dias, y comenzará muy breve la diversidad de opiniones. Lo primero será informarse de las calidades del autor; y se comenzará muy breve á tener en poco la obra, porque no pueden tardar en saber cúya es; síguense á esto las críticas, las sátiras y las desvergüenzas; para éste será un desatino; para aquél, un modo de sacar dinero; para el ótro, un tiempo perdido y mal gastado. La comedia que se reimprime la hemos visto tódos, y no hemos reparado en tal cosa: su autor no intentó lo que se le atribuye. ¿Y qué diferencia, dirá ótro, de estos despropósitos descosidos á lo que se intenta suponer que satirizan, y las comedias no son así? Esta es una mordaz sátira contra fulano ó mengano; el autor ha disfrazado su deseo de herir con el pretexto de aprovechar. Más valiera que se atuviera á sus zapatos. El partido comediante hará entónces sus esfuerzos para ahogar las vislumbres del rayo de la razon. No pasará mucho tiempo sin que el *Maestro Crispin*

se vea hecho el objeto de un entremes, el asunto de cien epigramas y el platillo de veinte cafés; se reirán á costa de la obra que se hizo para desengañar, y el teatro se quedará tan malo como se está.—Usted tiene unos pensamientos muy tristes, dijo el caballero; yo pronostico todo lo contrario, y .espero que pueda ser éste un principio para que el teatro sea lo que nuestro gobierno desea.—Quiéralo Dios, dijo el impresor, que algunas veces más iré yo á él; hoy me fastidian tanto sus insulsas gracias, que rara vez pongo en él los piés.

Espantábame yo de que éste no hubiese metido tambien su cuarto á espadas contra el teatro; pero más me espantaba de mí propio, que pude callar oyendo todos estos improperios; mas, ya conocidos por locos los que los decían, no hubiera sido prudencia el interrumpirlos.

CAPÍTULO XVIII.

ACÁBASE DE PREPARAR, Y SE DA Á LUZ LA OBRA.

Despedímonos tódos muy amigos, y no haciendo yo caso de tales despropósitos, me fuí á mi casa, donde aún estaba Nicolasito aguardando mi vuelta por no dejar solita á mi Antonia, porque mi Felipa estaba allá tendida en su rincon, y no podía hacerla compañía. Conté todo lo que me había pasado, y quedamos en prevenir al instante lo que faltaba para la impresion. Mucho tuvieron que reir los dos cuando les referí los despropósitos del abate y el señorito; y Antonia alborotaba el barrio con sus carcajadas, cuando les conté el coloquio secreto.—En verdad, decía, que no le harían á V. mucha gracia esos *apartes*.—¡Gracia! la misma que si me sacáran las muelas. No me acordaba yo entónces del mucho contento que me suelen dar los naturales *apartes* de las comedias; mas como aquello era visita y nó comedia, me parecía á mí que era descortés picardía, lo cual en las comedias me hubiera parecido invencion aguda.—Al fin, replicó Nicolasito, ya descubrió V. que ni lo úno era ni lo ótro, sino que los dos estaban tan fuera de su jui-

cio como D. Sincero: bien lo pagaron, y aunque hubieran estado cuerdos, no pudieron haber dado una satisfaccion más efectiva.—Y diciendo esto buscó su capa, se la puso, se despidió de mí, y Antonia fué á despedirle á la puerta.

Al dia siguiente llamé al que me solía escribir, y fuí dictándole esta fiel historia de todo lo acaecido para esta impresion y publicacion, segun que mejor me pude yo acordar de todo ello, que no me parece será muy diferente de como pasó; porque todas eran cosas que llegaban muy á lo vivo, y no podían, por lo mismo, despintarse tan presto; que al que le duele, cuidado tiene; y tropezon y herida tarde se olvida; y, por fin, azote y mordedura, miéntras duele, dura.

Evacuada esta mi historia, la llevé al impresor para que, miéntras yo escribía las notas, pudieran tener el gusto de leerla aquellos mis señores que ayudaban á pagar la impresion; y yo, con el contento y deseo de que viesen mi obra, no reparé en la imprudencia que cometía en mostrarles un escrito que ellos pagaban, y en el cual los llamaba locos á boca llena. Proseguí con mucha sanidad mis notas, y cuando ya estaba todo acabado, me quedé maravillado del buen genio y generosidad de estos caballeros.

Fué el caso que, viniendo yo un dia de averiguar la cuchillada del dia anterior, me encontré á los dos que había media hora que estaban aguardándome, y hablando muy alegres con mi Pepa y mi Antonia. Habían hecho que representasen el pasito de *Los Áspides de Cleopatra*, el de *El Desden, con el desden*, y qué sé yo qué ótros, y mi Antonia les había cantado algunas tiranas y algunas seguidillas que les habían caido muy en gracia; porque aunque yo lo diga, y sea ella mi sobrina, pero no las cantaria ni con tanta

elegancia, ni con tal compostura, ni la misma N. Hiciéronme mil agasajos así que entré, y no sabía yo cómo corresponderles. Tanto bueno, señores, les dije; tanto bueno por mi indigna choza?—Qué quiere usted, amigo, dijo muy risueño el caballero; Dios los cria, y ellos se juntan, como dice el refran.—No entendí yo por qué lo decía, y respondí: tambien dice, cada oveja, con su pareja; y yo no puedo hacer pareja con tan buenos señores; pero, de cualquier modo, de los señores es el honrar y favorecer á los pobres: ustedes son muy dueños de honrarme siempre y cuando que gustaren.—¿Ha dado V. algun dinero al impresor? me dijo el abate.—Nó, señor, aún no me ha pedido ninguno.—Pues á eso sólo venimos, á decir á V. que nada le dé, sino que nos entregue los papeles cuando estén acabados, que de nuestra cuenta corre todo lo demás, y nosotros pagarémos toda la impresion á beneficio de V. y de su familia.

Admirado me quedé con favor tan grande, y ni acertaba bien á bien á darles las gracias, ni caía en cuál pudiera ser el motivo de tanta largueza, y cuasi me iba persuadiendo que las habilidades de las muchachas me habían granjeado tan buenos padrinos; pero fué mayor mi admiracion, cuando supe que nada de ello era como yo sospechaba.—Apostemos, señor maestro, á que no acierta V. el verdadero motivo por qué hemos venido á hacerle este corto agasajo.—¿De dónde he de saberlo yo, si ustedes no se explican?—Pues sin que detengamos á V. con más rodeos, sepa V. que, al leer su historia, nos ha causado tanta lástima la situacion de V., cuando en nuestra conversacion secreta, sin pensar que V. lo oía, le tratamos de loco, y le pusimos tan cerca de que nos acometiese con la horma; y, por otra parte, nos ha

caido tan en gracia aquella maravillosa ingenuidad con que procura desquitarse, atribuyéndonos el mismo nombre.....—Ay, señores mios, ustedes me perdonen, y vengan acá los papeles, que quiero borrar todo aquel descarado capítulo, y poner en su lugar ótro más cortesano y correspondiente á tan caritativos caballeros que, por fin, quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija; pero de los desagradecidos dicen que está el infierno lleno, y que de los escarmentados se hacen los avisados; yo quiero enmendar mi yerro.....—Ni por imaginacion, *Maestro Crispin*, dijo el caballero; perderíamos nosotros nuestro mayor placer, si se borrase una palabra de aquel capítulo; y fuera de que eso sería faltar á la verdad histórica, no puede haber cosa en este mundo que iguale al gusto que nos da el vernos llamados locos por V. en aquellas circunstancias. No hablemos más en esto.—Sea como ustedes mandaren; pero por lo ménos me han de permitir que añada en el último capítulo un parrafito en que quede, para descargo de mi conciencia, esto mismo que ahora está pasando. —Sea en buen hora, dispóngale V. breve, y entréguenoslo todo, que no vemos la hora de ver dada al público su inmortal *Teatro burlesco.*

Con esto se despidieron, despues de dar unos dulces á las muchachas; yo rematé lo que me restaba, y lo entregué todo; y tan buena mano se dieron, que sale por fin mi obra á pasmar á cuantos la vean; y para muestra de mi mucha constancia, prudencia y habilidad se presenta al público en la forma referida.

FIN.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS DE ESTA HISTORIA.

ÍNDICE

DE LOS REFRANES QUE SE HALLAN DISEMINADOS POR EL TEATRO ESPAÑOL BURLESCO, Ó QUIJOTE DE LOS TEATROS, Y QUE HA TENIDO Á BIEN SACAR APARTE

EL REFRANERISTA ESPAÑOL,

POR NO QUEDARSE ATRAS DE LOS SUPUESTOS EDITORES DE LOS DOS FOLLETOS QUE PRECEDEN Á ESTA OBRITA.

APÉNDICE I.

ENSAYO SOBRE LA FILOSOFÍA DE SANCHO,

ESCRITO EN FRANCES

POR M. FERDINAND DENIS,

Y TRADUCIDO LIBREMENTE AL CASTELLANO

POR D. JOSÉ MARÍA SBARBI.

En cierta ocasion dijo Sancho: «Dos linajes solos hay en el mundo, como decía una abuela mia, que son: el tener, y el no tener, aunque ella al del tener se atenía.» De la misma opinion era su nieto. Siguen tantos este parecer, que, si se examina á fondo la historia, y áun la misma política, se verá como todo rueda en el eje de este dictámen de Sancho; esta es la gran cuestion que agita la sociedad, habla á los siglos pasados, habla á la edad presente, y áun al mismo Dios, por medio de una letanía secular de proverbios que no tiene principio ni fin.

Hé aquí un murmullo perpetuo que recorre la extension del mundo; y en medio de esta vibracion confusa, salmodia de todos los pueblos, se dejan oir acentos alegres ó lúgubres, cantos de alegría y gemidos amargos, las excepciones del vergonzoso egoismo y los gritos de la pobreza; pero de repente suena una voz consoladora, una pala-

bra sublime (aunque, segun mi entender y el de Sancho, no se definieron bien los proverbios llamándolos *la sabiduría de las naciones*); ésta es sencillamente la voz de la humanidad, de la humanidad que habla, llora, rie, y que jamás callará.

¿Cuándo, pues, nacieron los proverbios? Cuando el hombre comenzó á envidiar y á sufrir, y cuando osó consolarse en su miseria, burlándose de los opresores. Pero como en todas las cosas se halla mezclada la humanidad, lo sublime con lo grotesco, la expresion vehemente que hace marchar los siglos al lado de la risa ingenua, ó de la burla sangrienta y bufona que entristece á los hombres, no faltan en esta filosofía vulgar adagios y pensamientos sublimes, bajo el disfraz del refran, como la verdadera sabiduría se oculta en las palabras de Sancho.

Todo se encuentra en las cortas sentencias que los pueblos se comunican mutuamente, que se transmiten de siglo en siglo, y que lamentan en sus dolores ó cantan en sus festejos. Habrá tal proverbio en circulacion habitual de la India á la Alemania, que se podrá considerar como anterior al diluvio; y que nos manifestará la sabiduría de Enoc, así como los masto lontes de Cuvier nos anuncian la historia natural de Matusalen y de Noé.

Por ejemplo: lo que voy á decir es un proverbio de Laotseu, filósofo chino, que contiene seguramente la mayor parte de las ideas de Platon, y que se puede atribuir al mismo, porque probablemente en tal época no se había traducido el Tao.

El hombre es un niño nacido á media noche; cuando ve el sol, cree que ayer no existía.

Pobre Sancho, tú no podías presumir cuando te hallabas en la Ínsula Barataria, que, para edificacion del género humano, tu sabiduría sería colocada algun dia al lado de la de Laotseu y Platon; tú que no sabias leer, y prodigabas tan excelentes refranes; tú que hacías reir á un

rey que sólo reía escuchando tus graciosas disputas con tu señor. Pero, como queda dicho, en los proverbios está mezclado lo sublime y lo grotesco, lo festivo y lo grave, y naturalmente me inclino á este último género. En él encuentro la poesía primitiva, la psicología, y la fisiologia de las primeras edades, todas las grandes cuestiones históricas, y, sobre todo, la filosofía ecléctica, que, como el hombre, jamás se acaba. Veo aún más; veo la cuestion del progreso en un proverbio vascuence, y nó en otra parte; pues por un proverbio progresivo hay mil retrógrados; pero, en fin, la lengua vizcaina lo dice:

Deja lo bueno por lo mejor.

Seguramente no pretendo ser el primero que se haya ocupado en los grandes conocimientos que contiene la palabra viva del género humano. Desde Aristóteles hasta Nodier (1), el mérito de los proverbios ha sido muchas veces discutido, examinado y combatido. Sabido es lo que dice Vico, cuya autoridad no puedo ménos de citar: »El inventor de la nueva ciencia observa las ruinas de la sabiduría pasada y los medios de crear lo futuro. Aquél que inventó hace tres mil años un proverbio, fué en su línea un gran hombre, y descubrió tal vez una gran ley de la organizacion social; pues como dice Niebur (no aseguro si respecto de los proverbios), « la idea que en algun tiempo era suficiente para indicar la profunda meditacion del que la concibió, está hoy dia á la disposicion de todo el mundo.»

Séame permitido unir todos los venerandos nombres de la ciencia á la ignorante sabiduría del buen Sancho Panza; pues los refranes no son otra cosa que rasgos más ó ménos marcados de la sabiduría científica de toda la antigüe-

(1) Segun Sinesio, Aristóteles había formado una recopilacion de proverbios. V. *Mélanges tirés d'une petite bibliothèque.*

dad griega, etrusca, china y romana: refran hay, cuyo orígen sorprendería seguramente, que se repetía en las conversaciones familiares de Roma, y que está en uso en Madrid ó en París: Caton se divertía componiendo proverbios, y Sancho los repitió.

¡Oh Sancho! sabiduría popular, sabiduría viva, espejo grotesco de la sociedad en que el hombre se ve precisado á mirarse, y á reconocerse al ménos en uno de sus lados, el lado que hace reir, que instruye alegremente; tú eres el que dijiste para instruccion de gobernantes y gobernados:

Si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas.

Las necedades del rico por sentencias pasan en el mundo.

La rueda de la fortuna anda más lista que una rueda de molino.

Tú no presumías ser el eco del antiguo romano, al dar á entender á tu manera en las bodas de Camacho que

Estómago hambriento no escucha razones,

cuando, para tratar de desentenderte de las que te alegaba tu amo, le dijiste: «Juzgue vuesa merced, señor, de sus caballerías, y no se meta en juzgar de los temores ó valentías ajenas, que tan gentil temeroso soy yo de Dios como cada hijo de vecino; y déjeme vuesa merced despabilar esta espuma, que lo demás todas son palabras ociosas de que nos han de pedir cuenta en la otra vida» (1).

---

(1) En efecto, arengando Caton al pueblo romano, en tiempo de hambre, dijo un dia: *Arduum est, Quirites, ad ventrem auribus carentem verba facere; — ciudadanos, no es empresa muy fácil hacerse escuchar de estómago que no tiene oidos.*

(Nota del Recopilador.)

¡Ah! qué horrible proverbio, Sancho, capaz de hacer olvidar tu buen humor; pues aquella voz siniestra que salió de Roma, no parece haber conmovido á los ricos de ninguna nacion. Si no fuese así, no se hubiera dicho:

Un dia sin pan es un dia largo.

¿No parece como que se escucha un grito exhalado por la miseria, un prolongado grito de la pobreza, que suplica con terrible energía para atraer sobre sí las miradas y el socorro de su necesidad?

¡Ah! la pobreza es la que inventó la mayor parte de los proverbios, y aseguro que los ha producido más enérgicos en su religiosa simplicidad, que las más fúnebres y patéticas elegías.

Las avecitas del campo tienen á Dios por su proveedor y despensero.

Ella se encontró con el genio de Racine; ella es la que repitió con el proverbio ruso:

Dios secará lo que ha mojado.

¿Quién sino la pobreza hubiese podido hablar á un asno, al rucio de Sancho tal vez, y hallar en su miseria alguna esperanza de consuelo?

No mueras, asno mio, vendrá la primavera, y crecerá el trébol.

Si para descubrir la sabiduría de las naciones hubieses leido como yo al indio Vichnou Sarma, Erasmo, Grutero y su Florilegio, Erpenio y Escaligero, y al sutil italiano Cornazano, y á Hernan Nuñez, gran conservador de los proverbios españoles, llamado el Comendador griego; si hubieras leido al compilador Oudin, Delicado, Bellingen y

los *Illustres Proverbes nouveaux;* á Tuet y sus *Matinées Sénonoises*, y principalmente el *Dictionnaire des Proverbes* de *Mésangère*, la *Histoire générale des Proverbes* de Méry y los *Proverbes basques* de Oihenart, que contiene los proverbios vascos que difundió el Padre del género humano, habrías descubierto otros muchos adagios que hacen llorar, y que yo llamo las lágrimas de la humanidad.

Una cosa te sorprendería, á saber: cómo los hombres desde Sajonia á Bengala, desde Italia á China, y desde China á Rusia, se extendieron para lamentar iguales miserias. Este es un concierto nunca interrumpido de dolorosas correspondencias de nacion á nacion, y este dolor parece tan natural en su expresion, está tan unido á la esencia del hombre, que puede llamarse, á mi modo de ver, la poesía primitiva de los proverbios. Es bien antiguo el dicho de los españoles:

Desde que nací lloré, y cada dia nace por qué.

He pronunciado la palabra poesía; y en efecto, la hay en los proverbios, y tal vez más que en las pretendidas odas inspiradas. Los salvajes de los grandes bosques americanos, los del Asia y hasta los negros me darían, si quisiese, mil pruebas; los salvajes que no tienen muchas veces otra literatura ni otro código que los proverbios.

Escuchad á los buenos guiolofos á quienes hemos ido á atormentar hasta en las abrasadas llanuras del Senegal. Ellos dicen, dirigiéndose sin duda al destino fatal que parece empujar hácia su país á los grandes civilizadores del mundo conocido y desconocido:

Ponerse delante del sol no le impide continuar su carrera.

Nada puede bastar al hombre, sino lo que no tiene.

Asegúrase que se consuelan con estos dos proverbios:

Cubrir la sombra de arena no detiene su marcha.

El elefante nada puede hacer al tamarindo, sino sacudirlo.

Sí, pero algunas veces lo desarraiga, pobres guiolofos. Sin embargo, nosotros queremos que los habitantes del Senegal olviden sus proverbios tan poéticos, y deseamos que aprendan á leer en el Crístus, etc. Felizmente, creo que ellos tienen el buen sentido del hijo de Diderot, que jamás quiso aprender á decir B, porque no quería verse obligado á pronunciar la C, y despues todas las letras del alfabeto; cosa útil, pero enojosa, y de que puede dispensarse rigurosamente un pueblo poético, un pueblo que puede decir como Montaigne: « No juzgo que en la buena rima consista la buena poesía; la buena, la inspirada, la divina, es superior á todas las reglas. »

Y si nó, véase si son las reglas de la filosofía escolástica y de la poesía de los colegios las que han inspirado al breton de Finisterre este proverbio tan conocido:

¡Oh, Dios mio! ¡socorredme en el pasaje del Bass: mi barca es pequeña, y el mar, tan grande!

La poesía del mar, esa poesía que todos los preceptos de Vida y Boileau no hubiesen descubierto á Lamartine, ¿no está concebida en este otro adagio:

Si quieres aprender á orar, entra en el mar?

Esta es la poesía que comprendieron los antiguos bretones, que representa nuestra raza primitiva. Esta es la que comprendieron admirablemente cuando, rehusando el trabajar, exclamaron: « La tierra es muy vieja para ser generosa; conviene el aire del mar, convienen los comba-

tes á los pescadores de la isla de Rudy, porque están como los antiguos galos, tódos coronados de gloria.»

Ya que hemos hablado de la poesía de los proverbios, será conveniente caracterizar su estilo; el estilo es el hombre, el estilo es el proverbio. Los proverbios tienen seguramente un estilo privativo, el más variado y perfecto que conozco. El célebre Vico juzga que estas máximas de la sabiduría vulgar son tomadas en el mismo sentido por todas las naciones antiguas y modernas, y que sólo en su expresion siguieron distinto rumbo. Presentaré una prueba inmediata de la verdad de este parecer con un proverbio bien conocido. Los franceses dicen:

Al que se hace oveja se lo comen los lobos.

Y los españoles:

Hacéos miel, y os comerán las moscas;

lo que, á juicio de entendidos, será eternamente una verdad de la misma naturaleza. El erudito Charles Nodier, iniciado en los más ocultos secretos de la filosofía proverbial, encuentra en los refranes la revelacion de ciertos arcanos de la construccion de las lenguas, que han escudriñado con afan los sabios de todos los países; debe ser estudiado, pues en esta materia no conozco hombre más reflexivo que Nodier, y dado que él puede enseñar la parte de las lenguas que se sustrajo á las reglas de los gramáticos. «En los idiotismos populares, íntima expresion del espíritu de un pueblo, conviene buscar los giros propios y verdaderas ideologías de su lenguaje. Originalidad en las imágenes, atrevimiento en las figuras, novedad en las inversiones, ejemplos singulares de elípsis y neologismo, indagacion gustosa de eufonía: todo esto llama la atencion del gramático filósofo» Véase, pues, descubierto el secreto de Nodier; formaron los proverbios su estilo curiosamente limado, sin que la inspiracion se manifieste cansada un solo

momento; su estilo que abunda en pensamientos brillantes é inesperados, jamás comprimidos por la más variada erudicion. Todo se encuentra en los proverbios; pero desgraciadamente ningúno se ha hecho propio el estilo de Nodier.

Una cosa llama toda la atencion en el estilo de los proverbios, á saber: cómo ha sido fatal la rima á su sabiduría, tan fatal como á cierto género de poesias. ¡Cuántas preocupaciones proceden sencillamente de una consonancia arriesgada, grosera armonia, á la que tal vez no puede resistir un buen sentido vulgar!

Entre tanto, si los filósofos son los inventores de los proverbios, el pueblo les da la forma; si un proverbio es realmente bueno en su esencia primitiva, si debe servir para la instruccion ó placer del pueblo, éste, con su admirable energía de estilo, le imprimirá una forma con la que entrará en la circulacion general.

No debe, pues, causar admiracion el encontrar ciertos lugares comunes de pensamiento y áun de estilo en algunos proverbios llenos de excelente filosofía; y es que hay ciertas cosas que, áun cuando sencillas, jamás cree el hombre repetírselas suficientemente á sí mismo.

No hay gran fiesta que no comience por la víspera.

Creo que es Pascal el que dijo:

Por bella que haya sido la comedia, su fin siempre ha de ser funesto.

Probemos á caracterizar el estilo de los proverbios en las diferentes naciones.

Hay proverbios que podrían llamarse épicos, como son los del Oriente, proverbios de elevadas formas y metáforas poéticas: los libros santos contienen gran número que, con el nombre de Job y Salomon, instruyen aún al Occidente. Los proverbios indianos y helénicos pertenecen á la

esencia primitiva de la filosofía (1), como ciertas fórmulas rítmicas de la *Iliada* y *Ramayana* pertenecen á la esencia primitiva de la poesía. Por lo demás, y sin que en esto quepa exageracion, muchos proverbios modernos deben su orígen á las grandes épocas, fuentes inagotables de la poesía, códigos únicos de la filosofía y de la ciencia.

Si el estilo de los proverbios orientales es rico de imágenes é ingenioso en sus comparaciones, y, hablando con propiedad, el estilo es una parte seria, una cualidad real de los proverbios, el de los axiomas griegos es ordinariamente puro y severo. Son como un eco de las palabras de Licurgo y de Solon.

Los griegos transmitieron á los latinos la poesía, la arquitectura y los proverbios.

---

(1) Tal vez será curioso observar que los más antiguos proverbios conocidos son probablemente indios, y que se encuentran en el *Pantcha-Trantra* del Bracma Vichnou Sarma, que llamamos Pilpay ó Bidpay. El *Pantcha-Trantra* es una paráfrasis de la *Hitopadesa* (instruccion familiar). Estos dos libros de apólogos, como prueba el sabio Sacy, tienen grande analogía con el libro árabe, intitulado: *Calila y Dimna*, de donde provienen los tipos primitivos de numerosas fábulas y proverbios. Se sabe hace poco tiempo, y dudo que este hecho sea conocido de nuestros sabios, que Alfonso *el Sabio* había mandado hacer una traduccion española del *Calila*, anterior á aquélla de que Juan de Capua hizo su version latina en el siglo XIII. La *Hitopadesa*, fuente primitiva de sentencias, goza de inmensa celebridad en Bengala. Fué traducida en inglés por Ch. Wilkins, y publicada en Batha en 1787. Los aficionados á los apólogos pueden leer una parte de esta coleccion en W. Jones. Hubiese sido muy útil para la historia de los proverbios que el abad Dubois, á quien se deben preciosas tareas sobre la India, nos hubiese dado algunas aclaraciones sobre el tipo primitivo del *Pantcha-Trantra* que tradujo á la lengua francesa. Algunos críticos han mirado la segunda parte de esta obra como inventada caprichosamente por el P. Beschia; y el sabio misionero rechazó esta asercion. No dudo que así sea; pero, sin embargo, des-

Hablar del estilo de los proverbios chinos es cosa arriesgada; pero segun lo que úno puede juzgar á la vislumbre de las traducciones de Gonzalvez, Vilson y Premare, su estilo es ingenioso y original; une á las formas concisas una minuciosa variedad de imágenes, trabajo delicado propio de talentos reflexivos.

Por lo que respecta á nosotros, pobres descendientes de los pueblos bárbaros, nuestra sabiduría proverbial se deriva en parte de las grandes fuentes de la sabiduría práctica y popular, y algunas veces hemos recibido las sentencias de la antigüedad con el estilo que las caracteriza. En la edad media, estaba Salomon en la memoria de tódos, y nadie se atrevía á alterar sus palabras. En el siglo XIII, la filosofía proverbial de Bidpay ó de Calila nos fué transmitida por religiosos viajeros; vimos que Rubruquis, Marco

---

pues de las últimas tareas de los ingleses, *La historia de Gouron Paramarta y de sus discípulos*, es un cuento europeo graciosamente inventado para ridiculizar ciertos usos de los Bracmas. Esto no obstante, en nada disminuye la importancia filosófica y literaria de la primera parte. Por lo demás, tenemos algunos proverbios, á más de los de Salomon, que podemos cronológicamente oponer á los de los indios. «Conócete á ti mismo,» estaba escrito con letras de oro en el altar del templo de Apolo; y el famoso: «Nada con demasía,» gozaba de la misma prerogativa. «Es más dichoso que sabio,» pertenece á los primeros tiempos de Aténas. La antítesis de la viga y de la paja se encuentra en San Mateo y San Lúcas. Si fuese permitido revelar alguna cosa á los paremiógrafos, que tienen en la memoria la sabiduría, y por consiguiente la ciencia de todos los pueblos, les indicaría algunas fuentes en las que parece no han bebido jamás, á saber: Roebuck por lo que respecta al Asia; Burckhard, tocante á Egipto; Heckewelder, á la América del Norte; y Kingsborough, á Méjico. Lo más particular es que Burckhard, en su recopilacion, pretende encontrar las antiguas ideas de los egipcios con la ayuda de los proverbios, y revelar de este modo una parte de las maravillas que promete la lectura de los jeroglíficos.

Polo y Ascelina nos trajeron con la brújula los proverbios de Meng-tseu y de Kong-fu-tseu. Léase á Erasmo y á Grutero, y se echarán de ver en su vasta coleccion de proverbios los adagios griegos que cita Sócrates y recogió Platon. Mr. Michelet cita proverbios del Lacio, toscos como los muros ciclopenses; pero se afinan con Horacio, y ya sabemos lo que hizo Boileau.

Compuesta de tantos pueblos extranjeros, confundida con tantas naciones bárbaras la grande familia europea, tiene, sin embargo, en sus proverbios algunas formas características de estilo; y si es preciso confesarlo, esta es la única diferencia que se puede encontrar en un fondo de filosofía popular, que se hizo comun á tódos.

Los italianos se muestran sutiles, graciosos y bufones; los ingleses, graves y alegres periódicamente; los flamencos, borrachos y que conocen su interes; los rusos son brillantes como la poesía eslava; los polacos, nobles como ellos mismos; los franceses, sencillos y divertidos, malignos y filósofos austeros; pero á los españoles pertenece el verdadero estilo de los proverbios; entre ellos igualmente conviene al noble hidalgo, que al rústico plebeyo. El sonoro castellano poetiza con su acento el lugar comun más vulgar. En esta lengua las formas bruscas y cortadas del estilo proverbial moderno parecen innatas. Tan pronto es una impresion terrible; tan pronto un corto diálogo, ó una viva réplica, en la que no sabe úno qué admirar más, si el chiste, ó la candidez de Sancho (1).

---

(1) Un hombre, cuya ciencia es casi proverbial, no ha dudado conceder á los españoles la preeminencia sobre todas las otras naciones por lo que respecta á proverbios. Saumaise ha dicho: *Inter europœos Hispani in his excellunt, Itali vix cedunt, Galli proximo sequuntur intervallo.* Casi puede úno persuadirse que principalmente en la Peninsula se formalizó esta filosofía vulgar de los proverbios, que tanto ha tomado de la antigüedad. Efectivamente, en la Edad media judíos y moros, aunque enemigos por religion, buscaban con igual ardor los despojos de la sabiduría orien-

Los siglos cambian el estilo de los proverbios de la misma manera que mudan todas las cosas; esto prueban, al que los quiere leer, los manuscritos llenos de polvo que nuestros padres consagraron á su explicacion. Si se desea la prueba, la ofrece, entre otros muchos, el siguiente refran:

Quien con muchachos se echa, cagado se levanta.

Andando el tiempo, y siendo seguramente más delicados los oidos de los modernos que los de sus antepasados, se suavizó el estilo de dicho refran en los términos siguientes:

Quien con niños se acuesta, sucio amanece.

---

tal para regalarlos al resto de Europa. ¡Cosa curiosa! Los paremiógrafos españoles buscan hasta en los proverbios del siglo XV la explicacion de ciertos usos derivados de los griegos y de los fenicios. Lo cierto es que el refran español, esencialmente poético en sí mismo, ha dado sus formas métricas á los más antiguos romances. Un sabio no duda afirmar, probándolo con numerosas citas, que del mismo origen se derivan todos los metros usados en la literatura española. Se encuentran redondillas, y bajo este título se comprenden los versos que no tienen más de ocho sílabas. Las cuatro especies de redondillas son fáciles de conocer. Redondilla mayor, de ocho sílabas; redondilla menor, de seis; endecha, de siete; y quebrados, de cinco. Sin alejarme mucho de la opinion de Saumaise, no dudaré poner inmediatamente despues de los proverbios españoles los provenzales; el sabio y respetable M. Raynouard, á quien conviene recurrir en todo lo que pertenece á las literaturas del Mediodía de Europa, me había indicado esta opinion, y me he convencido de ella. He introducido, como se verá, algunos excelentes proverbios provenzales en los *Viajes del Brama*. Los puse tambien en un diccionario provenzal frances, impreso en Marsella. La bibliografía de los proverbios españoles es tan poco conocida, que no puedo resistir al deseo de indicar dos ó tres recopilaciones curiosas. La más antigua se publicó en Zaragoza, en 1539, y se intitula: *Libro de refranes*, compilado por el órden

Hay una cosa más importante que observar en el estilo de los proverbios, esto es, que ciertas máximas parecen ininteligibles, porque son la expresion de un órden de cosas enteramente extinguido.

Pero esto nos conduciría á las altas regiones de la filosofía: y si he hablado del estilo de los proverbios, no es ménos interesante hablar especialmente de su moral: lo contrario sería desdeñar completamente el punto real de su primer orígen, ó al ménos el que contemplaba el sabio

---

del a, b, c, en el cual se contienen cuatro mil y quinientos refranes. En 1541, el famoso D. Iñigo Lopez de Mendoza hizo por órden de D. Juan II otra curiosa coleccion de ellos. En 1568 Juan de Mal Lara publicó en fólio la *Filosofía vulgar;* y ésta es sin duda en la que bebió el admirable Cervántes. Todo el mundo conoce la coleccion de Hernan Nuñez Pinciano, publicada en 1616; pero lo que no se sabe tan generalmente es que se hizo nueva edicion, en Madrid, en 1804, en cuatro volúmenes en 8.°, y que contiene más de seis mil proverbios. Añadiré que en Nuremberg se acaba de publicar una bibliografía completa de paremiógrafos, en un volúmen en 8.° Nuestras bibliotecas poseen numerosas colecciones manuscritas de proverbios franceses; citaré, entre ótras, *Les Proverbes ruraux*, de la biblioteca del Arsenal, y el libro de Cristina de Pisan, que se encuentra en la Biblioteca Real (*a*).

(*a*) Nada prueba mejor lo poco conocida que es la bibliografía de los refranes españoles, como dice arriba el autor de este primer *Apéndice*, que los infinitos yerros en que cae él mismo al dar noticia de solas cuatro colecciones de paremiólogos de nuestra nacion. En efecto: ni la más antigua que poseemos se publicó en Zaragoza en 1559; ni en 1541 pudo mandar el rey D. Juan II, ni cumplir D. Iñigo López de Mendoza cosa alguna, supuesto que habia bastantes años que ambos estaban mascando tierra; ni Cervántes bebió toda su ciencia paremiológica en la *Filosofía vulgar* de Juan de Mal Lara, dado que usa muchos refranes que no existen entre los recopilados por aquel docto sevillano; ni..... pero esto merece párrafo aparte.

En cierta ocasion iba de viaje un andaluz, y, como se hubiese extraviado, preguntó á otro viajero que le deparó la divina Providencia para sacarle de fatigas: «Diga V., compadre, ¿es éste el camino de Jerez?» A lo que respondió pronta y desenfadadamente el interrogado: «Ni V. es mi compadre, ni éste es el camino de Jerez.»

¡ Et voici, cependant, comme on écrit l' histoire !

(Nota del Recopilador.)

del siglo XVII, que intituló su compilacion metódica de los proverbios: *Tratado de la prudencia* (1).

Una cosa me choca en la lectura de la numerosa recopilacion que tengo á la vista; un proverbio *decente* (digámoslo así), tiene casi siempre su parte contraria, su parodia vergonzosa. En esta extravagante union ¿qué se hizo de la sabiduría de las naciones? ¿Qué dirémos, por ejemplo, de este adagio:

Quien no roba no se hace ropa?

Y despues de la más patética de las máximas, ¿cómo leerémos sin sorpresa:

No hace poco quien su mal echa á ótro?

Resuélvase, pues, esta dificultad sin la adopcion del sistema radical de los principios.

En medio del monstruoso maridaje de estas máximas opuestas, una cosa viene de golpe á aliviar el pensamiento, á saber: que los hombres de todos los países y de todas las edades tienen realmente un instinto fuerte de la belleza moral, que triunfa por la expresion; los buenos proverbios son los más hermosos.

Algunas veces, sin embargo, gusta la moral de tomar una forma grotesca, posponiendo una forma elevada. Armada de una sal cómica, rayo espontáneo de algun genio maligno, se dirige más fácilmente á la multitud festiva, segun conoció muy bien Rabelais:

El sabio busca la luz, y el loco se la da.

---

(1) Ant. Dumont, pseudónimo del abad Arnoux, compuso una coleccion paremiográfica, que lleva por título *Traité de la prudence.*

No sabré explicar en cuántos pueblos he encontrado el siguiente sublime proverbio del Evangelio. Se ha disfrazado y diversificado de mil modos: lo encuentro en el turbante morisco, en la bóina del vasco, en el casco del caballero, y áun vestido de mandarin; y estoy seguro que no dejaría de ser conocido entre los pobres habitantes de Guiolo.

Si tu sombrero te lastima, no lo pongas en la cabeza de tu prójimo.

Despues de este proverbio cosmopolita que aparece al dar la vuelta por el mundo, severo, rústico ó natural, sin alterar su divina esencia, citaré úno que encuentro en una antigua recopilacion francesa:

Perdona á tódos, y nada á tí.

No hablaré más de la moral de los proverbios. Encuentro de golpe el pensamiento del progreso en un diccionario popular de los vascos, y tal vez causará risa, pues esta cuestion agita á todo el mundo, y mi proverbio es muy viejo. Fuera de broma: hay un espantoso proverbio nacido en la otra parte de los mares, y que contiene, con caractéres sangrientos, una de las cuestiones filosóficas de más boga en nuestros tiempos, una de aquellas cuestiones que dominan la historia y la filosofía de un siglo. Hablo de las razas y de su genio.

Golpear un negro es alimentarlo, golpear un indio es matarlo.

Sí, este proverbio contiene, en su concision atroz, una espantosa verdad; así es como se hace trabajar al negro, y morir al indio: esta es la simple tolerancia del negro y la sombría desesperacion del americano. Pero despues de tal proverbio es preciso exclamar con Sakspeare: ¡oh cosa horrible!

Es fácil de comprender, despues de este proverbio europeo, el proverbio de los caribes que cita M. Humboldt:

Nosotros solos somos pueblo, los demas hombres son para nuestro servicio.

Echemos una rápida ojeada sobre los conquistadores de estos fieros salvajes. Los españoles decían en el siglo XVI:

La guerra es la fiesta de los muertos.

¿Quién no reconocerá igualmente el genio sufrido y grave del mismo pueblo, movido por el dogma de la fatalidad, dogma recibido de los moros y transmitido hasta nuestra época por las palabras de un estoicismo lisonjero:

Pues la casa se quema, calentémonos tódos?

Pero veamos hasta dónde llega la arrogancia castellana:

En los ojos y en la frente se lee el corazon.

Y descendiendo ahora á la pintura interior y á los detalles de la vida privada, ¿no se echa de ver la vanidad del hidalgo que no tiene otra cosa que su capa y su espada, en esta antigua máxima andaluza, inventada indudablemente por algun linajudo:

Sirve al noble aunque sea pobre, pues tiempo vendrá en que te pagará?

Toda la austeridad filosófica de los franceses del siglo XVI se encierra en esto:

El más rico sólo se lleva una sábana al morir;

que es lo mismo que dió á entender Sancho por estas ingeniosas palabras:

No ocupa más piés de tierra el cuerpo del papa que el del sacristan.

Contémplese tambien el amor de la alegre independencia:

Más vale ser cabeza de raton, que cola de leon.

Fácil me sería multiplicar las citas, y buscarlas en la misma China ó India; encontraría toda la paciencia de un sutil comerciante de Canton, ó la resignacion estóica de un letrado que pasa la vida aprendiendo las ochenta mil claves chinescas en ciertos proverbios llegados recientemente del *Imperio del medio:*

Limando, de una viga se hace una aguja.

Esto dice tanto como los volúmenes en fólio de Dubaldo y de Premare. Hay seguramente una verdad muy nacional en el adagio que enseña á la Europa que:

Si el perro muerde al pobre, el hombre venera al rico.

Pero sería impropio rendir mayor homenaje á los habitantes de Pekin, que á los de Lóndres ó París. Este es uno de los grandes proverbios universales sin filiacion conocida, y que debía haber dejado de formularizar la sabiduría de los discípulos de Kong-fu-tzen.

Réstame probar que se hallan en los proverbios todas las grandes leyes políticas que rigen al mundo; y me causa admiracion que el ingenioso y sabio Lerminier no haya bebido en esta fuente. Desde luégo, sin salir de la moral de Canton, encuentro una sentencia proverbial, que en todo

rigor puede llamarse el criterio de todas las reflexiones filosóficas sobre los gobiernos antiguos y modernos:

Ser rey, gentil-hombre ó ministro, es el sueño de una noche, es un reino de mil años, es una partida de ajedrez.

Nadie negará, segun creo, la cualidad retórica de esta otra sentencia bien conocida:

El que es villano no ama al noble.

Es un antiguo proverbio frances, en el que Niebuhr y Mr. Michelet pueden encontrar rigurosamente todas las evoluciones simbólicas, orgánicas y críticas de la sociedad.

Oigamos á la Santa Hermandad inventando:

Con el ojo y con la fe no jugaré.

Y despues la preciosa síntesis de este adagio:

La letra con sangre entra.

¡Cosa maravillosa! Tódos, hasta los mismos sansimonianos, encuentran en los proverbios la esencia de su doctrina, y, lo que es más, su aplicacion; desgraciadamente entre los chinos es solamente donde está en boga esta máxima de la aristocracia del talento:

Mil estudiantes, mil nobles;
Mil jugadores, mil pobres.

Ayudándome un poco de la clave chinesca, hubiese leido tal vez *mil ociosos.*

Y véase cuan naturalmente me encamina este rumbo á la ciencia. Desde el salvaje Miamis, que dijo que *el sol es el padre de los colores*, hasta el payo del abate Jerbet, que escuchando un excelente sermon, exclamó: *Si el oido no*

comprende, el alma entiende; todas las verdades de las ciencias físicas y de la psicología pueden hallarse en los proverbios. De este modo el buen Sancho acostumbra á decir, gracias á un refran:

Más vale un dia del discreto, que toda la vida del ignorante;

lo cual, dicho sea de paso, no es otra cosa que la apreciacion de las capacidades.

Sería algo difuso probar cómo la geología, la astronomía y la fisiología reciben brillantes aclaraciones de los proverbios. El cèlebre Mateo Laensbergh, que no dejó de ser el más célebre matemático de Lieja, es de este parecer: pero lo cierto es que el *Gran Diccionario de las ciencias médicas*, con todas sus notabilidades aún no ha podido destronar la doctrina de la escuela de Salerno, tan natural en sus recetas y fácil en su régimen, que con tal escuela puede úno dejar de temer el cólera-morbo. ¿Qué nos pueden decir las comisiones médicas para preservarnos de esta enfermedad, que no se dijese en el año del Señor 1099 por aquella docta asamblea que unió afortunadamente la poesía á la medicina, y la medicina á la poesia?

Supuesto que hemos hecho mencion de la poesía, véase si en este momento no pudiéramos sacar partido del proverbio español:

Más vale un puñado de natural, que dos manos llenas de ciencia.

¡Oh buen Sancho! si tú no lo has dicho, así lo sentías; y esto ha contribuido no poco á darte la gloriosa inmortalidad de que gozas y gozarás eternamente.

A propósito de la inmortalidad, no encuentro más que un proverbio de la antología griega, que pueda poner acordes entre sí á Wolf y Mr. de Fortia d'Uran, Schubart y Tiersh, á los partidarios exclusivos de Diascevastes y de Chorizon-

te, y á los defensores absolutos del emblema y de la alegoría.

Cedite, jam cœlum patria Mœonidæ est (1).

Antes de abandonar esta parte completamente literaria de los adagios, ¿no convendria hablar del proverbio en el drama, y del drama en el proverbio? Dejo á los filósofos críticos que fijen el valor de las expresiones; pero me parece que un pensamiento domina en el inventor del proverbio dramático. Cuando Carmontelle nos pinta el gracioso escándalo de la sociedad de su tiempo, su astucia equívoca, su costumbre de calumniar almibaradamente, y, sobre todo, á los hombres tan altaneros en su misma impudencia, y tan vanos en su fatuidad, se ve úno precisado á decir: «Se han hecho llamar perversos para distinguirse de los criados que sólo son pícaros.»

Cuando se leen ciertos proverbios dramáticos del dia, que pintan con delicados colores las sutiles pasiones de una sociedad corrompida, ¿deja de acudir á la memoria un pensamiento de Byron? Este es, que todos los partidarios de la danza del mundo caerán en olvido cuando se concluya el baile.

Cuando Clara Gazul dice un proverbio, se oye una voz vehemente en que se mezclan la alegría y los lloros, la palabra del hombre y el grito de la pasion.

Para dar fin, digo: que si los proverbios han animado maravillosamente sus pinturas al apoderarse del drama, tambien el drama puede ser pintado á su vez por el pro-

---

(1) Este verso de Sannázaro, que no es otra cosa que la version de Antípater, se tradujo así: «Homero es inmortal: el cielo es su patria.»

verbio. ¿La poética de nuestras comedias no está en este dicho:

Úno toma mujer, vive con ótra, y sólo se ama á sí mismo?

¿No es esta la sentencia característica del siglo y del teatro?

¡Ah! ¿dejaría de tener ahora ese *egoismo* que Antonio de Sala, ántes que madama Staël, llamaba el amor de su tiempo? No hace, pues, muchos años que vivía este ingenioso traductor del sabio *Bacon*, cuya animada conversacion era un tejido de proverbios que había recogido en Roma, Canton, Sumatra, en todo el universo, y que repetía en su desvan para engañar el hambre entre un cálculo náutico y una cuestion de psicología. Él es quien decía desdeñosamente de la historia antigua (pues había leido en el mundo entero): «Los muertos aconsejan mal á los vivos;» y á propósito de nuestras grandes disputas suscitadas con motivo de reforma literaria: «Para agradaros será necesario trastornarlo todo á cada minuto, copiando modelos.» Tenía costumbre de terminar sus largos discursos (pues era sordo) con este adagio suyo:

Trabajad, trabajad; el que comienza un libro es discípulo del que lo acaba.

Un filósofo ecléctico, hombre de poca fe é incrédulo, me decía poco há: «Los proverbios tienen de comun con los milagros, el que hoy en dia no se hacen; el mundo parece sordo á estos dos poderosos medios de enseñanza.»— A lo que le repliqué: «Os engañais; todos los dias se hacen proverbios y milagros.» Los viajes en que el vapor cumple en pocos minutos lo que la imaginacion más caprichosa puede soñar rápidamente, sería un hecho milagroso á los ojos de la antigüedad. La maravilla inútil de Mongolfier es un milagro que espera un gran pensamiento. Saber dirigir el rayo, este era el milagro de los sacerdotes de Etruria;

milagro que permanece hoy dia y se ofrece sin cesar á nuestros ojos. Nada digo del magnetismo; pero leed el producto de una célebre academia..... Milagros, milagros doblemente atestiguados. Lo mismo sucede con los proverbios; se trata solamente de descubrirlos, es necesario buscarlos. Hay únos, como en todas las épocas y países, que minan lentamente las instituciones por su poder oculto; hay ótros que excitan los ánimos perezosos con sus sales picantes: fuego brillante del artificio del pensamiento, que pronto iluminará el universo, porque la Francia se habrá ocupado ene llo.

Los primeros son graves, su marcha es mesurada; la multitud mira como oscuras para guiarla las luces misteriosas y casi divinas que, para iluminar un dia las edades, adunan todos los pensamientos. Marchad un poco hácia ellos, y os veréis súbitamente iluminados: abrid á Vico, Ballanche, Herder, Oberman, madama Staël, *Los castillos del rey de Bohemia*, Juan Pablo Richter, principalmente, y encontraréis proverbios que no tardarán en girar por el mundo; porque el tiempo de los altos pensamientos llegará, como dice el poeta: «Ya se oyen manosear las hojas del libro del destino.»

Un escritor de nota, llamado Coissin, enseñó, por medio de una sentencia proverbial, la causa por qué el mundo es tan lento en la formacion de nuevos adagios.

«Largo tiempo se escribió con símbolos y con letras ántes de poder organizar un pensamiento con hombres.»

La dificultad de adoptar ciertos pensamientos modernos de nuestros autores, está explicada tambien en esta expresion de la palingenesia:

«Sabido es que la elocuencia no es solamente del autor que habla, sino tambien está en los que escuchan.»

Creamos que nuestra edad, sus tristezas sombrías, sus dolorosos gemidos y sus laboriosos estudios serán revelados á los siglos venideros por estas expresiones de Ballanche:

«Una gran tristeza se apoderó de ellos; se vieron disgustados de la vida, sin osar desear la muerte.»

Si, como estoy persuadido, pasan algun dia á la categoría de proverbios estos grandes pensamientos filosóficos, ó los que les son análogos, todas las luchas de nuestra literatura, y de las literaturas venideras, tendrán el desenlace, por medio de este adagio, de las instituciones sociales. «Llamamos romántica la literatura en que el pensamiento hace un esfuerzo contra la palabra fija;» y no dejará de ser importante y curioso comparar esta frase con el proverbio chino del cual puede llamarse corolario: «La escritura no basta para expresar la fuerza de la palabra; las palabras no podrían expresar completamente el pensamiento.»

Los proverbios, estas voces vivas de los siglos pasados y eclipsados, tuvieron su estado de pensamientos oscuros ántes de adquirir la cualidad real de proverbios; por tanto, esta denominacion no puede aplicarse á una máxima, sino despues que haya sido admitida en el lenguaje habitual de un pueblo. En nuestro tiempo, en que todo marcha tan apresurado, vemos y verémos aún algunas de estas transformaciones que han sido el producto de los largos dias de la antigüedad.

Quisiera que se dieran prisa en hacer proverbio una frase que me causa admiracion, y que he leido en el abate *Jerbet*, y dos versos que encuentro en Lamartine. ¿Qué es un vaso de agua en el universo? El precio de la eternidad, si lo dais á un pobre.

Mirad hácia adelante y nó hácia atras.

El que corre se dirige á Jehová.

A todos los que se fatigan con mis citas, y que desean concluya el tratado de los proverbios, diré que no solamente nuestro siglo ha creado proverbios conocidos de tódos, sino que ha perfeccionado ótros para mayor edificacion de los siglos venideros, y que no deben desdeñarse por tanto los estudios sobre el actual. Nuestros padres dijeron:

«Pobreza no es vileza.» La sociedad exclamó: «Es aún peor.» «Grande amor es morir por la persona amada.» Nosotros decimos: «Murió de amor y de una fluxion de pecho.» Nuestros padres repetían en el siglo XVI: «Amor puede mucho, el dinero lo puede todo.» Hemos dividido nosotros este proverbio en dos, aunque queda la parte más poética y consoladora para la enseñanza del género humano.

Haced, pues, oir una voz más sonora. La palabra es todo lo que queda en este mundo despues que el hombre se ha despedido de él; es el testigo inmortal ó sublime que un siglo presenta ante otro siglo para que le juzgue. Inventad prontamente otros proverbios; inventadlos con los hombres que he nombrado, y con tantos ótros que, careciendo de un derecho pecunario de elegibilidad, sólo tienen una palabra débil, una voz que gime solitaria, pensamientos que se replegan en sí mismos, ó que se consumen en esfuerzos inútiles, despues de haber esparcido vanamente las luces de su ingenio. Tiempo es de recogerlos; en ellos está cifrada la enseñanza general. Inventad nuevos proverbios para que los siglos venideros no os juzguen más malos que vuestros adagios populares, ó que vuestras máximas de sociedad. Más valeis vosotros que vuestra sabiduría vulgar; recoged los cenagosos despojos, y tomad otras máximas; de lo contrario (no me canso en repetirlo como Lichtemberg, gran inventor de proverbios alemanes), en lugar del famoso *quod erat demonstrandum*, será preciso añadir debajo de vuestros tratados de moral y de psicología: *Kirie eleison:* Señor, tened piedad.

APÉNDICE II.

Llevado de mi curiosidad, me arrimé á leer un cartelon muy grande, en el que ví á mucha distancia impreso el nombre de Sancho Panza; reconocí que servía para publicar las *Instrucciones económicas y políticas* que había dado á su hijo, siendo gobernador de la Ínsula Barataria, y que, por añadidura, tenía aquello de *útil para los doctos, y necesaria para los ignorantes.*

Confieso ingenuamente que el cartel me hizo formar una idea grandísima de la obra que anunciaba; ayudándome á ello la pasion vehementísima que tengo á la *Historia de D. Quijote*, en la que, siempre que la leo, encuentro un deleite grande, especialmente en aquella natural y sencilla agudeza con que Sancho se explica en toda ella. Yo así la comprendo; ótros juzgarán de diverso modo.

Los repetidos chascos que había experimentado, comprando algunos libritos publicados con el mismo aparato, creyendo hallar en ellos alguna utilidad ó provecho, me habían hecho formar el firme propósito de no comprar ótro; pero el amor que á Sancho Panza profeso, me obligó á darlo por nulo; y sin reflexionar en mis necesidades, que no son pocas (desatendiéndolas tódas por hacerme con una obra que me había figurado gustosa), me dirigí á las gradas de San Felipe el Real con el fin de comprarla. Pregunté por el puesto en que se vendía, é informado, me encaminé á él, y la pedí.

Cuando ví su volúmen, quedé como hombre acometido

de un pasmo repentino. ¡Válgame Dios, dije, qué expuestos estamos al error cuando, sin reflexion, nos dejamos arrastrar de nuestra pasion! Mucho tiempo estuve dudando si la compraría ó nó, juzgándola ya en el número de las múchas que no me habían servido sino para el desengaño. Poco faltó para no irme sin ella; pero Sancho determinó la duda, y la pedí, soltando con la una mano cuatro cuartos que me pidieron por ella, y tomándola con la ótra.

No quise leerla allí mismo; consideré que las palabras de Sancho necesitan tiempo, quietud y silencio para mascarlas, tragarlas y digerirlas; y, sin más detenerme, me fuí á mi cuarto, en el que lo leí todo, hasta aquello de «en Madrid, con las licencias necesarias;» y no habiendo hallado en él lo que había imaginado, esto es, aquella agudeza y gracia que con tanta frecuencia me hace reir en el Sancho de Cervántes, me puse pensativo sobre la mesa, reclinando la cabeza sobre la mano derecha.

En esta disposicion, fueron tantos los discursos que de tropel acometieron á mi mollera, que me ví en la precision de aplicar la otra mano para sostenerla. Uno de ellos fué el volverme á las gradas de San Felipe, y obligar al que me lo había vendido á que me volviese mis cuatro cuartos, y tomase su papel, quisiese ó nó; pero luégo vino ótro haciendo el papel de abogado, diciendo: —¿Qué culpa tiene el librero de que el papel no sea de tu gusto? La culpa está en el autor, ó quizas en que tú no penetras lo que dice.

El que más fatiga me dió fué el de mi poca reflexion en quebrantar mi buen propósito. Yo mismo me maldecía, y culpaba mi inconstancia. ¡Cuánto mejor, decia, te hubiera estado el permanecer firme en tu determinacion, y no te hallarías ahora con este disgusto y sin los cuatro cuartos! ¿Esta es la obra útil á los doctos y necesaria á los ignorantes? ¿En cuál de estas clases debo yo comprenderme? ¿En la primera? Será vanidad conocida. Y en la segunda, hablando con ingenuidad, no lo permite el amor propio; de lo que saqué la consecuencia que la obra no era

para mi, y que el autor no me habia engañado, y sólo si mi inadvertencia y poca consideracion; y sin dar lugar á que otro discurso me acometiese, me salí á la calle, dando al traves á todos mis tristes pensamientos; y procurando divertir la imaginacion con aquellos objetos que nos distraen y apartan de los cuidados, me encaminé al Prado, en donde encontré á un amigo que en mi semblante conoció mi disgusto

Preguntóme la causa de él, si acaso no era reservada. Yo le dije:—Entre amigos son muy pocas las que lo son; —y seguidamente le conté lo que me había sucedido.

—Otro creí, dijo, fuese el motivo; eso no merece la pena que padece. Muchas veces he parado mi consideracion en lo mucho que se escribe, y la poca utilidad que de leerlo se saca. Es cierto que en algunas cosas, en este siglo, se han hecho grandes progresos, y que se leen múchas buenas; pero esto sólo lo vemos en algunas traducciones. Tambien sale una ú otra obra original, que merece estimacion general; pero son poquísimas en comparacion de la infinidad que diariamente se publican. Para leer solamente los carteles que amanecen en las esquinas, se necesita emplear gran parte de la mañana. Esté V. persuadido que en la república literaria, como en el Océano, hay flujo y reflujo y, por consiguiente, nos debemos figurar que ahora nos hallamos en la creciente; lo que debemos hacer es estarnos en la orilla, y escoger, de entre la multitud de conchas que en ella quedan, úna que sea madre de perlas.

Yo gasté mucho tiempo mi dinero en comprar los que salían, pero desistí de mi intento, porque llegué á conocer que mi caudal no era suficiente, y porque conocí que no merecían todos ellos el que se perdiese el tiempo en leerlos. No dejo de conocer que mi voto no es decisivo; pues ingenuamente conficso á V. que no tengo todas las luces que se requieren para formar un juicio perfecto. No he visto esa *Instruccion*, y me alegrára leerla, solamente por ver original la causa de su sentimiento.

—Dos son, le respondí: el haberme dejado seducir por

el cartelon, y el desembolso de mis cuatro cuartos. Aquí la tiene V.; pero será mejor que nos vayamos á la entrada de San Fermin, en donde la leerá V. á su gusto. — Así lo hicimos; y entregándosela, la leyó con tanto cuidado como yo puse en observar el efecto que en él ocasionaba. Nada noté; y apénas dió fin, dijo: — Segun lo que V. me ha dicho que dice el cartel, no dejo de extrañar la demasiada satisfaccion. ¿Qué docto habrá que ignore los documentos que en él da? Amigo, veo que tiene V. mucha razon para arrepentirse de la compra, pero nó para una desazon tan grande por la bagatela de cuatro cuartos.

— Más quisiera, le dije, que de un bofeton me hubieran arrancado cuatro muelas. — No dejó de reirse un poco con mi expresion; y luégo que acabó con la risa, en un tono magistral me dijo: — En mano de V. está el tomar satisfaccion de ellos, y áun de ótros desembolsados anteriormente. Coja V. la pluma, y escriba cualquier cosa, que no teniendo expresion contraria á la Religion, Gobierno y buenas costumbres, se le permitirá imprimirla y venderla.

En este mismo papel tiene V. una grande doctrina, para perder el miedo, de la que puede aprovecharse; y en este gran consejo que Sancho da á su hijo: «Que no ande »gastando el tiempo malamente en examinar si les falta »aquello que llama el vulgo literato (¡qué expresion tan »arrogante!) órden, método, crítica, colocacion, propie»dad, buen gusto, estilo elegante, y otras carretillas que »se aprenden de memoria en las tertulias, diciendo lo que »saben, sin saber lo que se dicen, y haciendo como las »avispas, etc.» Observando V. puntualmente esto, hace dos cosas buenas: la úna, no embarazarse con su ignorancia; y la ótra, dar al público un testimonio auténtico de que no hay papel, por malo que sea, que no tenga algo que sea útil. ¿Qué va V. en ello á perder? Todo está reducido á que digan de V. otro tanto; y áun esto se remedia con no poner nombre alguno en el papel (lo que no faltará quien lo atribuya á modestia), ó sacándolo en nombre de algun escritor de fama. —

En esto nos salimos al paseo, en donde dimos algunas vueltas, siguiendo en su conversacion, con la mayor eficacia, en empeñarme á la venganza, escribiendo; diciéndome que para llenar un pliego no cabal de papel, no se necesita de mucho trabajo. Cuando le pareció que me tenía bastante inclinado á hacerlo, se despidió de mí, y ambos nos fuimos del Prado.

Yo quedé con su persuasion envuelto en otra infinidad de discursos; parecía mi imaginacion una devanadera en las vueltas que daba al rededor de los cuatro cuartos, que era el punto céntrico de todos ellos. Hasta las diez en que me puse á cenar, no hice otra cosa que devanarme los sesos sobre la materia de que había de escribir. Lo cierto es que ni áun cenar como acostumbro me dejaron mis discursos. Me fuí á la cama, en donde pensaba que lo conseguiría, pero no fué asi. ¿Quién creerá que me asaltó úno tan endemoniado, que quiso hacerme creer que todo cuanto el amigo me había dicho era por burlarse de mí? Y me hubiera vencido, si no hubiera tenido contra sí la satisfaccion que de su amistad tenía experimentada, y el espíritu de venganza que me dominaba por el recobro de mis cuartos enajenados. Tantas veces como de ellos me acordaba, otras tantas vueltas daba en la cama.

Rendido, por fin, de tanto bregar, entregué al sueño los sentidos, pero nó el espíritu, que inmediatamente empezó á remover todas aquellas ideas que, recientes, vagueaban por el desvan de los sesos.

Aunque el cuarto estaba sin luz, en mi fantasía apareció magníficamente iluminado; é inmediatamente ví en él (sin saber cómo ni por dónde habían venido) dos hombres, á quienes ni conocía, ni desconocía (¡qué extrañeza de fantasía!), y que se arrimaron á una hermosa y rica mesa que había, sobre la que estaba el papel de las *Instrucciones* (yo no lo había sacado del bolsillo despues que en él lo metí, cuando me lo volvió el amigo).

Uno de ellos empezó á leerlo, y arqueando un poco las

cejas y todo el semblante en ademan de alegría, dejando el papel, habló así.

—Cuando el sosiego de que gozas, amado Sancho, no hubiera sido bastante recompensa de los dolorosos acontecimientos que te sucedieron en el discurso de nuestras aventuras, ya en el manteamiento de la venta, ya en la pérdida de tu rucio, ya en los palos y coces que sufriste, y ya en las inclemencias que con resignacion toleraste, bastaba este papel para darlos por bien empleados. Oye con atencion. Y leyéndolo en voz clara todo él, conocí, entre tanto, por las palabras que habia hablado, que eran Don Quijote y Sancho; y observé que el cuerpo de éste, durante la leccion, se movía como si padeciese una convulsion; y áun me pareció que por dos ó tres veces había querido impedir el que continuase en ella; pero el respeto debido á su señor lo había contenido hasta que concluyó.

Entónces, con aire como de hombre enfadado, habló así:—Cuando íbamos por el mundo buscando lo que Vmd. llamaba aventuras, sin embargo de la mucha fidelidad con que á Vmd. servía, no me era permitido el que saliese de mi boca un refran, sin que me la tapase al instante con un Hi de puta, que me dejaba temblando. Yo no sé cómo ahora ha podido tener paciencia para leer seguidamente una multitud de ellos tan grande, sin haber hecho el papel más pedazos que letras tiene. Bien conozco que consistirá en que los mios no venían á pelo cuando los decía; y éstos deben hacerlo mejor. ¿Y es esto de lo que yo me había de alegrar tanto, que sólo ello bastaría á hacerme olvidar los trabajos de mi vida? Estoy por decir que ningúno me disgustó tanto como este papel maldito, que todo es una pura mentira, porque yo no dije en mi vida tal cosa.

—No lo entiendes, Sancho, dijo D. Quijote; debes alegrarte y estar agradecido al autor por el buen concepto que de tí tiene formado.

—Yo le perdonaría de muy buena gana, replicó Sancho, el buen concepto, porque no me levantase un falso testimonio tan notorio.

—Ya te he dicho que no lo entiendes, dijo D. Quijote; has de saber que en el mundo ha habido, hay y habrá tres clases de escritores. Unos escriben con el fin de instruir; ótros, por hacer su nombre inmortal; y ótros, por ganar dinero, y son los más. En estas clases de autores hallarás buenos, medianos y malos. En los que escriben por el interes, es tanta la abundancia de estos últimos, que han llegado á hostigar á todos los aficionados á los libros, tanto, que apénas se determinan á comprar ótro que los de aquel autor á quien ya conocen por otras producciones que le han granjeado la estimacion general. Éste no encubre su nombre, ni va á los sepulcros á arrancar algúno de los que descansan, y gozar la misma estimacion. Solamente lo hacen aquellos escritores malos, que no pueden vender con el suyo los libros que han dado á luz; y así se valen de estas patrañas para engañar y seducir á que los compren, aprovechándose del nombre de aquéllos que más fama tienen. Vé aquí lo que sucede al autor de este papelito. Él ha visto con sus mismos ojos, y ha oido con sus mismas orejas los muchos elogios que han merecido, merecen y merecerán los refranes que de tu boca salieron, y que escribió fielmente Cide Hamete Benengeli, y dió á luz Miguel de Cervántes; se ha aprovechado de aquella vehemente pasion que tuviste á ellos y que yo contuve. Movido de su interes, no le pareció que te ofendía en poner en tu boca ó publicar en tu nombre todo ese almacen de ellos, que guardaba en la memoria; y así, no sólo no debes inquietarte, sino que debes estarle agradecido.

Sólo hay un inconveniente en estos hurtos que se hacen sin malicia, y es, la averiguacion de cuáles son las verdaderas obras de los autores, que tanto fatiga á los críticos.

Me explicaré más claro para que me entiendas. Supongo que nuestra historia, escrita por Cide y dada á luz por Cervántes, se conserve dentro de mil años, y que á este papel le suceda lo mismo. Los sabios que en aquel tiempo haya leerán la primera, y verán en ella un Sancho perfecto

como Dios te hizo y tu madre te parió; leerán este papel, y te verán hecho un sabio completo, que da reglas á los hombres para que sepan vivir; verán que no solamente no eres ignorante, sino que hablas en latin. Sin remedio se han de quebrar la cabeza en averiguar y aclarar cuál de éstos fué el Sancho verdadero, ó si hubo dos Sanchos en el mundo. —

A esto dijo Sancho: —Asegúrese Vmd., que puede ser que el Sancho de ese papeluco no sea yo.

—Amigo, replicó D. Quijote, en eso seguro estoy, porque no deja la menor duda el dictado de gobernador de la Ínsula Barataria, en cuya cronología no ha habido ni habrá otro Sancho que tú, como no sea apócrifo.

—¿Y quiere Vmd., replicó Sancho, que no me inquiete, viendo mi fama expuesta en los siglos venideros? Es una grandísima bellaquería; y así, señor, por aquella fidelidad con que siempre serví á Vmd., disponga el que salgamos otra vez al mundo (pidiendo ántes licencia), y desengañarémos á tódos los que en él viven de que nada de cuanto hay en este papel dije en mi vida, ni ménos lo soñé; que jamás conocí una letra, ni ménos supe una palabra de latin. Si en esto no se pone remedio, mañana me harán hablar en moro ó en hereje, y dirán lo que se les antoje. El que tuviere su buche lleno de refranes, vomítelos por su boca, y si no quiere por ella, busque la de algun Bartolo, y deje la mia quieta y sosegada; no me meto en si son buenos ó malos; eso que se lo juzgue cada úno..... iba á decir un par de ellos que venían al caso (como todos cuantos dije); pero no quiero, sólo porque se sepa que de mi boca no salieron más refranes que los que están en la historia de nuestras proezas.

—Jamás, amigo Sancho, te he oido hablar con más juicio; haces bien en eso, apruebo tu buen discurso; y sólo desapruebo tu inquietud, que no hay motivo para ella. No hace mucho tiempo que á mí me hicieron escolástico, y otro dia me harán militar ó letrado, canónigo ó fraile; pero por eso no me inquieté, ni me inquietaré, por más

que quieran transformarme. D. Quijote fuí, y D. Quijote seré, y lo mismo te sucede y te sucederá.

—Yo me conformo, dijo Sancho depuesto el enfado; pero me ocurre una duda, y no he de dejar de preguntarla. ¿Si será, señor, el autor de este papel aquel maldito encantador que tanto nos persiguió en el mundo?

—Nó, Sancho, respondió D. Quijote; no hay otro encanto que el dinero. Lo que conviene es que nos valgamos de algun apasionado de nuestra confianza, para que, en nuestro nombre, suplique á quien pueda remediarlo (por evitar el inconveniente de las dudas dentro de mil ó dos mil años), que no permita que nuestro nombre, tal cual es, nadie sea osado á ponerlo al frente de sus obras, sean buenas ó sean malas; nosotros no nos metemos en que escriban ó dejen de escribir. —

En este mismo punto un gato que tengo en el cuarto sintió, sin duda, algun raton, y, por cogerle, dió un golpe contra una silla, y ésta contra un cofre, y con el ruido disperté, quedándome á oscuras, sin D. Quijote y sin Sancho.

Triste me quedé con su ausencia; y de buena gana le hubiera perdonado al gato la falta de no cumplir con su obligacion, porque no hubiera inquietado mi sueño. No pude quedarme dormido otra vez, y pasé lo restante de la noche volviendo á mis discursos.

Lo primero que me ocurrió fué el haber dejado mis camaradas de cuarto el papel, sin haber hecho un rigoroso exámen de él; sin duda conocerían que no merecía tal trabajo. Luégo me acordé del dictámen del amigo, y seguidamente me ocurrió la especie de que en lo que yo le había contado de mi disgusto, en la conversacion que habíamos tenido en el paseo, y en el sueño que acababa de tener, tenía material suficiente para llenar un pliego de papel. Constante en esta determinacion, aguardé que viniese el dia, sin que de manera alguna se me pusiese delante mi insuficiencia. Me vestí, y me puse á escribirlo todo, como lo has visto; y al llegar aquí, me ocurrieron las dudas que verás si no te cansas.

Fué la primera, que yo había escrito lo del sueño en la misma conversacion que habían tenido, poniéndolo todo en su misma boca; pero quedó esta dificultad disuelta, no engañándote con publicarla en su nombre.

Luégo me acordé que no había puesto título á mi papel, y seguidamente cuál debía ser. Aquí desmayé, y cuasi dejé el papel, como lo ves. Como mi deseo era sólo el de resarcirme de los cuatro cuartos, la conciencia empezó á remorderme y á representarme que éste era un hurto de peor calidad que el de que se queja Sancho. En esta sazon llamó mi amigo á la puerta, que el deseo de saber el fruto que habían sacado sus persuasiones, le había hecho venir á visitarme. Vió todo lo que tenía escrito, y sin detenerse, me dijo: — Sale V. de su dificultad poniendo en el mismo título el desengaño, é inventa V. una cosa que hasta ahora no tengo noticia lo haya practicado escritor alguno, y es poner al pié de la obra el título de ella. Conclúyala V., y llámela *Engaña bobos y Saca dinero*, y con esto no pueden culparle en nada de lo que reprende.

Así lo hice, y si acaso no te parece bien, te pido encarecidamente no des entrada en tu imaginacion á aquel maldito pensamiento que á mí me quiso hacer volver á las gradas de San Felipe, que es lo único que dará cuidado al autor del *Engaña bobos y Saca dinero*.

CON LICENCIA.

MADRID:

EN LA IMPRENTA DE JOSEPH HERRERA.

1790.

ÍNDICE.



